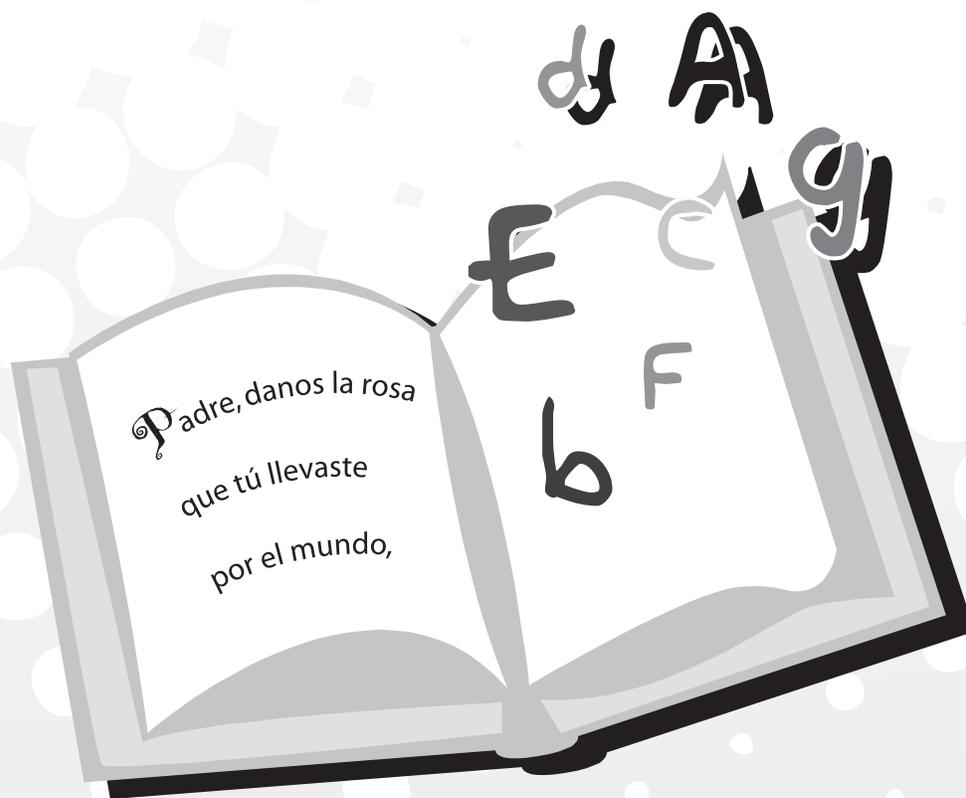


Ministerio de Educación Pública
Dirección de Recursos Tecnológicos en Educación
Departamento de Documentación e Información Electrónica

ANTOLOGÍA DE TEXTOS DE LECTURA OBLIGATORIA CICLO DIVERSIFICADO ESPAÑOL



Al Desarrollo por la Educación

2008

CRÉDITOS:

COMPILACIÓN Y REVISIÓN FILOLÓGICA:

Mario Alberto Marín González
Asesor filológico y pedagógico
Departamento de Documentación e Información Electrónica

LEVANTADO DE TEXTO:

Ivannia Ortega Mena
Departamento de Documentación e Información Electrónica

DIAGRAMACIÓN Y DISEÑO DE PORTADA:

Gabriela Cruz Martínez
Departamento de Diseño, Producción y Gestión de Recursos Tecnológicos

San José, Costa Rica
2008

Prohibida su reproducción total o parcial, por cualquier medio, incluyendo los informáticos y el fotocopiado, sin la autorización escrita de la Dirección de Recursos Tecnológicos en Educación del Ministerio de Educación Pública.

PRESENTACIÓN

Es interés del Ministerio de Educación Pública promover el gusto por la lectura mediante acciones educativas que faciliten al estudiantado la comprensión del texto, el aprecio por lo literario y la adquisición de criterios que les permitan apreciar lo bello y lo bueno en lo que leen. La lectura, al igual que el habla, es un medio que promueve la comprensión humana, aportando la ventaja de que esta comprensión es fácilmente contextualizada en el espacio y en el tiempo. Por la influencia de la lectura, los niños, niñas y jóvenes de hoy pueden conocer mejor su pasado y su presente, y pueden visualizar el futuro que les corresponderá construir.

Diversas acciones se desarrollan con el fin de hacer una realidad este propósito. En el plano cotidiano, se busca que desde el aula se desarrolle el hábito de la lectura. Si bien la familia puede jugar un papel importante en este aspecto, la educación costarricense no puede dejar de atender esta responsabilidad pues está en condiciones de hacerlo de manera sistemática e informada, apoyándose en el conocimiento sobre las necesidades e intereses de la población estudiantil de acuerdo con la etapa en que se encuentra en su desarrollo humano, y en el conocimiento de las mejores prácticas pedagógicas. En el plano formal, es decir, como aprendizaje por promover desde la asignatura de Español, se ha establecido una lista de lecturas obligatorias para la Educación Media. Estas lecturas se seleccionan a partir de varios criterios, entre ellos, la concordancia con los programas de esta asignatura, la edad de los estudiantes y las estudiantes y la calidad literaria de las obras.

No obstante, nada de esto es posible si el estudiantado no tiene acceso a estas obras. En los últimos años, el Ministerio de Educación Pública ha realizado una fuerte inversión en la compra de libros para escuelas y colegios y en el fortalecimiento de las bibliotecas escolares. Dentro de estas acciones que promueven una educación de mayor calidad y más justa y equitativa se enmarca el presente proyecto de elaboración de una antología de las lecturas obligatorias de Español del Ciclo Diversificado. Esta antología, concebida sin fines comerciales ni de lucro, estará a disposición del estudiantado nacional, en las bibliotecas de sus colegios o liceos, en especial para aquellas poblaciones que enfrentan mayores dificultades de acceso a los recursos necesarios para el aprendizaje.

Valga esta oportunidad para recordar a todos los educadores y las educadoras del país su responsabilidad de hacer de la sociedad costarricense una sociedad lectora, y por lo tanto, más crítica e informada para el ejercicio pleno de la ciudadanía. Esta no es una tarea exclusiva del docente de Español ni de las lecciones de Español. La civilización ha convertido a la lectura en una condición inherente a su esencia, por lo tanto, la educación adquiere un compromiso en el que todos los actores educativos deben involucrarse.



Alejandrina Mata Segreda
Vice Ministra Académica de Educación Pública

860.08
M337a

Marín González, Mario Alberto, comp.

Antología de textos de lectura obligatoria Ciclo Diversificado
Español / Mario Alberto Marín González. - 1.ed.- San José, C.R.:
Ministerio de Educación Pública, 2008.

106 p. : 28 x 22 cm.

ISBN 978-9977-60-203-5

1. Literatura Latinoamericana. 2. Lectura Interpretativa.
3. Compresión de lectura. I. Marín González, Mario Alberto, comp.
II. Título

INTRODUCCIÓN

Llegar efectivamente al muchacho y a la muchacha de secundaria es un objetivo educativo más que loable, y sobre todo, si se pretende brindarles todos aquellos recursos didácticos posibles que estimulen el aprendizaje, en consonancia con los programas de estudio vigentes.

En nuestro caso concreto, hemos elaborado esta “**Antología de textos de lectura obligatoria Ciclo Diversificado Español**” pensando, precisamente, en facilitar a los estudiantes y docentes la adquisición de un material didáctico que les permita un acercamiento a la lectura y que promueva en ellos un gusto por la actividad lectora. He aquí el motor que impulsó la elaboración de la presente antología. Por lo tanto, no priva en ésta ningún interés comercial ni de lucro.

Las siguientes páginas, aparte de contener las lecturas breves de los Programas vigentes de Décimo y Undécimo Años de Español, organizadas por género literario, vienen con el insumo de una sección de lecturas recreativas de autores costarricenses, en las cuales, los jóvenes lectores y sus profesores o profesoras podrán ampliar la panorámica de temas acerca de la literatura costarricense, así como degustar textos narrativos de Adela Ferreto, Yolanda Oreamuno y Uriel Quesada; poemas de Eunice Odio, Carlos Rafael Duverrán y Rodrigo Quirós; ensayos de José Marín Cañas y Luis Ferrero; así como prosa poética de Carmen Naranjo y Graciela Moreno, entre otros.

Cabe destacar, dentro de los textos antologados de los Programas de Español del Ciclo Diversificado, las excelentes traducciones realizadas por el joven académico costarricense Guillermo González Campos, profesor de la Universidad de Costa Rica y especialista en Lenguas Clásicas, quien vertiera del griego y del latín, respectivamente, los textos poéticos de Safo de Lesbos y de Cayo Valerio Catulo.



Kattia Solórzano May
Directora

Dirección de Recursos Tecnológicos en Educación

AUTORIDADES MINISTERIALES:

Leonardo Garnier Rímolo
Ministro de Educación

Alejandrina Mata Segreda
Viceministra Académica de Educación

Silvia Víquez Ramírez
Viceministra Administrativa de Educación

Kattia Solórzano May
Directora
Dirección de Recursos Tecnológicos en Educación

Maribel Castro Arias
Jefa
Departamento de Documentación e Información Electrónica

Gladys Corrales Segura
Jefa
**Departamento de Diseño, Producción y
Gestión de Recursos Tecnológicos**

TABLA DE CONTENIDO

Presentación.....	3
Introducción.....	5
Objetivos del Programa de Español de la Educación Diversificada.....	9
Textos de lectura obligatoria Décimo Año.....	11
Textos de lectura obligatoria Undécimo Año.....	12

TEXTOS ATINENTES A DÉCIMO AÑO

Narrativa: Cuento: Clarisa.....	15
La casa de Asterión.....	24
La sequía.....	26
Lírica: Oda a Afrodita.....	30
Los heraldos negros.....	31
Un carnívoro cuchillo.....	32
Penélope.....	34
Ensayo: Abel y Caín en el ser histórico de la nación costarricense.....	35

TEXTOS ATINENTES A UNDÉCIMO AÑO

Narrativa: Cuento: Cartas de mamá.....	43
Greta.....	54
A medida que nos vamos conociendo.....	56
Lírica: Poema 85 y Poema 87.....	60

En la playa.....	61
Los jóvenes.....	63
El Encuentro: Poema III.....	65
Ensayo: La palabra crea objetos.....	66

LECTURAS RECREATIVAS DE AUTORES

COSTARRICENSES

• El buen Sibú sembró los árboles e hizo los animales, y le enseñó al bribri los oficios.....	71
• Las estrellas de mi paraguas.....	74
• La lagartija de la panza blanca.....	77
• La clase de Matemáticas.....	79
• Ensueños de niño.....	81
• Estancias y días:	
Estancia I	84
Primer lunes de agosto de 1964	84
Estancia IV	86
Miércoles de agosto de 1981.....	87
• Rubén de América.....	88
• Aquí tienes, Señor.....	91
El fondo de la cruz.....	92
• Mauro Fernández.....	93
Cautivo.....	94
• Soy una mosca.....	95

NUESTROS AUTORES SELECCIONADOS:

(Datos bio-bibliográficos).....	99
---------------------------------	----

OBJETIVOS DEL ESPAÑOL EN LA EDUCACIÓN DIVERSIFICADA

1. Mejorar el desempeño personal, social y la identidad cultural, mediante una formación idiomática adecuada.
2. Aprovechar el instrumento de la lengua para la práctica de los valores de la idiosincrasia costarricense, que promueva el respeto, la solidaridad y equidad.
3. Favorecer el respeto por la diversidad, mediante la presentación de las variedades lingüísticas, geográficas, sociales, estilísticas e históricas de la lengua española.
4. Propiciar la producción de textos orales y escritos adecuados, tanto en sus niveles lingüísticos como conceptuales.
5. Utilizar, en forma adecuada y eficaz, la lengua oral y escrita, tanto en aspectos de recepción como de emisión.
6. Favorecer la madurez morfosintáctica para su adecuada aplicación en la producción oral y escrita.
7. Incrementar la adquisición léxica, para una mayor riqueza en la comprensión y producción de textos, orales y escritos.
8. Fortalecer el reconocimiento del texto literario como un sistema de ficción.
9. Robustecer la capacidad de comprensión lectora.
10. Identificar el constante cambio de las diferentes categorías, en cada uno de los géneros (lírica, narrativa, drama y ensayo), con el fin de obtener una visión global del proceso de transformación permanente de la literatura.
11. Propiciar un instrumental básico para la acción investigativa, la redacción de proyectos e informes de investigación.
12. Perfeccionar el desarrollo de habilidades de comprensión lectora en sus niveles fundamentales: literal y de reorganización de lo explícito, inferencial o figurativo, evaluativo y apreciativo, aplicativo y recreativo.
13. Posibilitar el desarrollo de la criticidad ante los diversos discursos, conocimientos, costumbres e informaciones del medio nacional e internacional.

14. Estimular las capacidades argumentativas del estudiantado, con el fin de lograr discursos fundamentados, coherentes y cohesionados.
15. Desarrollar, por medio de la lengua, la capacidad de juicio para la toma de posiciones ante problemas de salud, ecológicos, sociales y económicos.
16. Propiciar, mediante el uso idiomático, una actitud de compromiso para el mejoramiento de la salud física, mental y social de las personas, la familia y la comunidad.
17. Robustecer la comprensión de que la lectura de todo texto y del literario, en particular, implica una competencia de la persona lectora como sujeto participante, para el enriquecimiento de su actividad de percepción y de desciframiento.
18. Favorecer la creatividad y el aprecio por el arte.
19. Fomentar el gusto por la lectura de textos no literarios y literarios.
20. Evidenciar, en la producción de textos literarios, un desarrollo discursivo y semántico adecuados.
21. Desarrollar habilidades y destrezas comunicativas que permitan la crítica y autocrítica de los mensajes expresados y escuchados.
22. Fomentar el aprecio y cultivo del idioma como instrumento básico de comunicación.
23. Comprender la importancia del ordenamiento historiográfico (Vanguardia y Postvanguardia) como un recurso que permite obtener una visión global de la cultura, y en particular, de la evolución de la literatura latinoamericana.

TEXTOS DE LECTURA OBLIGATORIA DÉCIMO AÑO

Epopeya

- Homero. **La Odisea**

Narrativa

a. Novela

- De Cervantes Saavedra, Miguel. Primera parte del Quijote
- Herra, Rafael Ángel. **Viaje al reino de los deseos**

b. Cuento

- Salazar Herrera, Carlos. “La sequía” (En: **Cuentos de angustias y paisajes**)
- Allende, Isabel. “Clarisa”. (En: **Cuentos de Eva Luna**)
- Borges, Jorge Luis. “La casa de Asterión” (En: **El aleph**)

Lírica

- Safo. “Oda a Venus”
- Vallejos, César. “Los heraldos negros”
- Hernández, Miguel. “Un carnívoro cuchillo”
- Rojas, Marta. “Penélope” (En: “**La sonrisa de Penélope y su costumbre del adiós**”)

Drama

- Esquilo. **Prometeo encadenado**
- Casona, Alejandro. **Los árboles mueren de pie**
- Shakespeare. **Hamlet**

Ensayo

- Bonilla, Abelardo. “Abel y Caín en el ser histórico de la nación costarricense”

TEXTOS DE LECTURA OBLIGATORIA UNDÉCIMO AÑO

Narrativa

a. Novela

- De Cervantes Saavedra, Miguel. Segunda parte del Quijote
- Carpentier, Alejo. **El reino de este mundo**
- Gutiérrez, Joaquín. **La hoja de aire**
- García Márquez, Gabriel. **Crónica de una muerte anunciada**

b. Cuento

- Cortázar, Julio. “Cartas de mamá” (En: **El cuento hispanoamericano**, de Seymour Menton)
- Macaya, Emilia. “Greta” (En: **La sombra en el espejo**)
- Viquez, Alí. “A medida que nos vamos conociendo” (En: **A medida que nos vamos conociendo**)

Lírica

- Catulo. “Poema 85”, “Poema 87”
- Alegría, Claribel. “En la playa” (En: **Huésped de mi tiempo**)
- Aleixandre, Vicente. “Los jóvenes” (I, II, III)
- Azofeifa, Isaac Felipe. De “El encuentro”, “Poema III” (En: **Cima del gozo**)

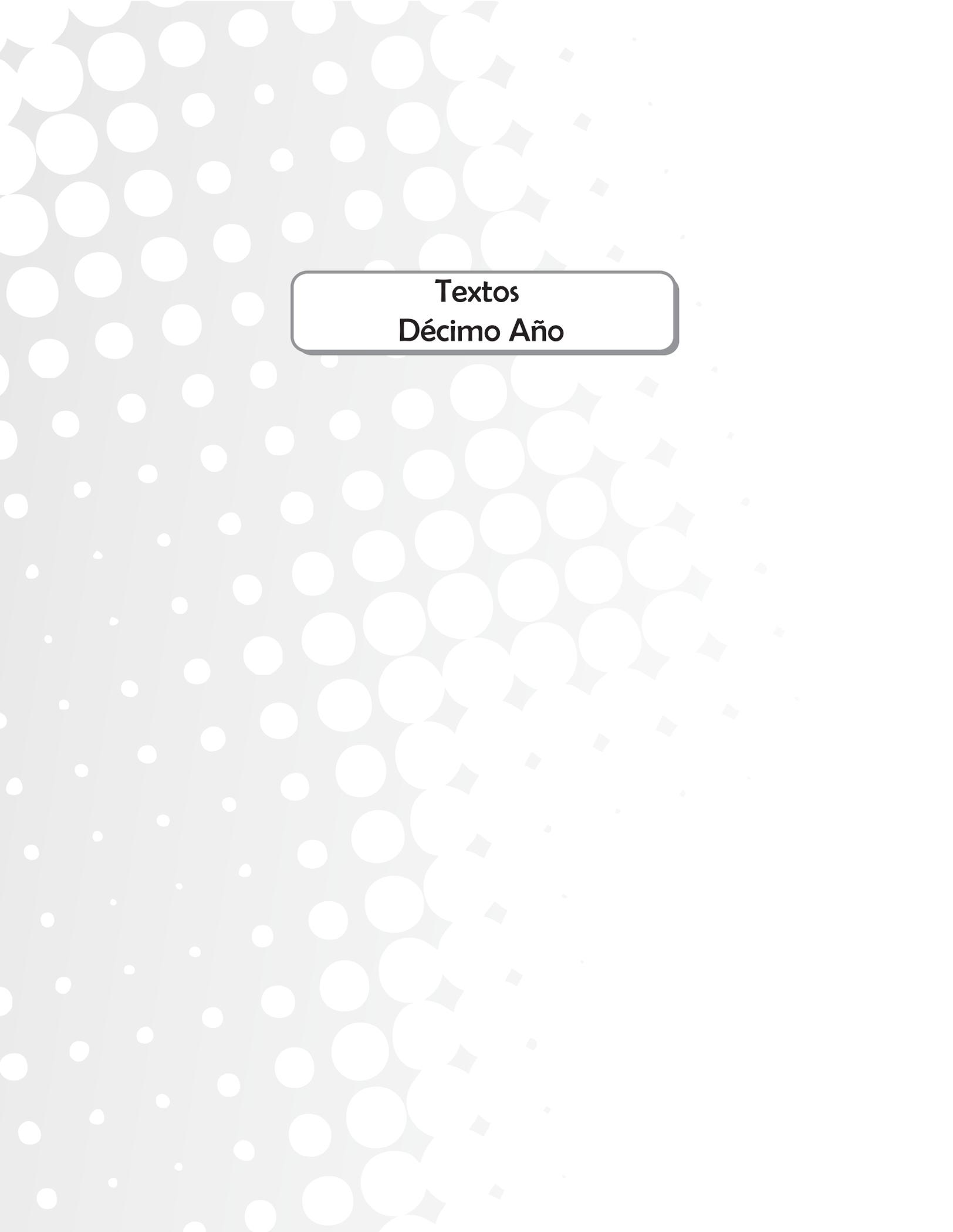
Drama

- Plauto. **El avaro (La Olla o La aurularia)**
- Tennessee, Williams. **La noche de la iguana**
- Rojas, Miguel. **El anillo del pavo real**

Ensayo

- Calvo, Yadira. “La palabra crea objetos” (En: **A la mujer por la palabra**)

Programas de estudio aprobados por el Consejo Superior de Educación, en sesión CSE-62-2000, del 19 de diciembre del 2000, y actualizados y ratificados en el año 2005.



Textos
Décimo Año

CLARISA

Isabel Allende, chilena

Clarisa nació cuando aun no existía la luz eléctrica en la ciudad, vio por televisión al primer astronauta levitando sobre la superficie de la luna y se murió de asombro cuando llegó el Papa de visita y le salieron al encuentro los homosexuales disfrazados de monjas. Había pasado la infancia entre matas de helechos y corredores alumbrados por candiles de aceite. Los días transcurrían lentos en aquella época. Clarisa nunca se adaptó a los sobresaltos de los tiempos de hoy, siempre me pareció que estaba detenida en el aire color sepia de un retrato de otro siglo. Supongo que alguna vez tuvo cintura virginal, porte gracioso y perfil de medallón, pero cuando yo la conocí ya era una anciana algo estrafalaria, con los hombros alzados como dos suaves jorobas y su noble cabeza coronada por un quiste sebáceo, como un huevo de paloma, alrededor del cual ella enrollaba sus cabellos blancos. Tenía una mirada traviesa y profunda, capaz de penetrar la maldad más recóndita y regresar intacta. En sus muchos años de existencia alcanzó fama de santa y después de su muerte muchos tienen su fotografía en un altar doméstico, junto a otras imágenes venerables, para pedirle ayuda en las dificultades menores, a pesar de que su prestigio de milagrera no está reconocido por el Vaticano y con seguridad nunca lo estará, porque los beneficios otorgados por ella son de índole caprichosa: no cura ciegos como Santa Lucía ni encuentra marido para las solteras como San Antonio, pero dicen que ayuda a soportar el malestar de la embriaguez, los tropiezos de la conscripción y el acecho de la soledad. Sus prodigios son humildes e improbables, pero tan necesarios como las aparatosas maravillas de los santos de catedral.

La conocí en mi adolescencia, cuando yo trabajaba como sirvienta en casa de La Señora, una dama de la noche, como llamaba Clarisa a las de ese oficio. Ya entonces era casi puro espíritu, parecía siempre a punto de despegar del suelo y salir volando por la ventana. Tenía manos de curandera y quienes no podían pagar un médico o estaban desilusionados de la ciencia tradicional esperaban turno para que ella les aliviara los dolores o los consolara de la mala suerte. Mi patrona solía llamarla para que le aplicara las manos en la espalda. De paso, Clarisa hurgaba en el alma de La Señora con el propósito de torcerle la vida y conducirla por los caminos de Dios, caminos que la otra no tenía mayor urgencia en recorrer, porque esa decisión habría descalabrado su negocio. Clarisa le entregaba el calor curativo de sus palmas por diez o quince minutos, según la intensidad del dolor, y luego aceptaba un jugo de fruta como recompensa por sus servicios. Sentadas frente a frente en la cocina, las dos mujeres charlaban sobre lo humano y lo divino, mi patrona más de lo humano y ella más de lo divino, sin traicionar la tolerancia y el rigor de las buenas maneras. Después cambié de empleo y perdí de vista a Clarisa hasta un par de décadas más tarde, en que volvimos a encontrarnos y pudimos restablecer la amistad hasta el día de hoy, sin hacer mayor caso de los diversos obstáculos que se nos interpusieron, inclusive el de su muerte, que vino a sembrar cierto desorden en la buena comunicación.

Aun en los tiempos en que la vejez le impedía moverse con el entusiasmo misionero de antaño, Clarisa preservó su constancia para socorrer al prójimo, a veces incluso contra la voluntad de los beneficiarios, como era el caso de los chulos de la calle República, quienes debían soportar, sumidos en la mayor mortificación, las arengas públicas de esa

buena señora en su afán inalterable de redimirlos. Clarisa se desprendía de todo lo suyo para darlo a los necesitados, por lo general solo tenía la ropa que llevaba puesta y hacia el final de su vida le resultaba difícil encontrar pobres más pobres que ella. La caridad se convirtió en un camino de ida y vuelta y ya no se sabía quién daba y quién recibía.

Vivía en un destartalado caserón de tres pisos, con algunos cuartos vacíos y otros alquilados como depósito a una licorería, de manera que una ácida pestilencia de borracho contaminaba el ambiente. No se mudaba de esa vivienda, herencia de sus padres, porque le recordaba su pasado abolengo y porque desde hacía más de cuarenta años su marido se había enterrado allí en vida, en un cuarto al fondo del patio. El hombre fue juez de una lejana provincia, oficio que ejerció con dignidad hasta el nacimiento de su segundo hijo, cuando la decepción le arrebató el interés por enfrentar su suerte y se refugió como un topo en el socavón maloliente de su cuarto. Salía muy rara vez, como una sombra huidiza, y solo abría la puerta para sacar la bacinilla y recoger la comida que su mujer le dejaba cada día. Se comunicaba con ella por medio de notas escritas con su perfecta caligrafía y de golpes en la puerta, dos para sí y tres para no. A través de los muros de su cuarto se podían escuchar su carraspeo asmático y algunas palabrotas de bucanero que no se sabía a ciencia cierta a quién iban dirigidas.

—Pobre hombre, ojalá Dios lo llame a Su Lado cuanto antes y lo ponga a cantar en un coro de ángeles —suspiraba Clarisa sin asombro de ironía; pero el fallecimiento oportuno de su marido no fue una de las gracias otorgadas por La Divina Providencia, puesto que la ha sobrevivido hasta hoy, aunque ya debe de tener más de cien años, a menos que haya muerto y las toses y maldiciones que se escuchan sean sólo el eco de ayer.

Clarisa se casó con él porque fue el primero que se lo pidió y a sus padres les pareció que un juez era el mejor partido posible. Ella dejó el sobrio bienestar del hogar paterno y se acomodó a la avaricia y la vulgaridad de su marido sin pretender una fortuna mejor. La única vez que se le oyó un comentario nostálgico por los refinamientos del pasado fue a propósito de un piano de cola con el cual se deleitaba de niña. Así nos enteramos de su afición por la música y mucho más tarde, cuando ya era una anciana, un grupo de amigos le regalamos un modesto piano. Para entonces ella había pasado casi sesenta años sin ver un teclado de cerca, pero se sentó en el taburete y tocó de memoria y sin la menor vacilación un Nocturno de Chopin.

Un par de años después de la boda con el juez, nació una hija albina, quien apenas comenzó a caminar acompañaba a su madre a la iglesia. La pequeña se deslumbró en tal forma con los oropeles de la liturgia, que comenzó a arrancar los cortinajes para vestirse de obispo y pronto el único juego que le interesaba era imitar los gestos de la misa y entonar cánticos en un latín de su invención. Era retardada sin remedio, sólo pronunciaba palabras en una lengua desconocida, babeaba sin cesar y sufría incontrolables ataques de maldad, durante los cuales debían atarla como un animal de feria para evitar que masticara los muebles y atacara a las personas. Con la pubertad se tranquilizó y ayudaba a su madre en las labores de la casa. El segundo hijo llegó al mundo con un dulce rostro asiático, desprovisto de curiosidad, y la única destreza que logró adquirir fue equilibrarse sobre una bicicleta, pero no le sirvió de mucho porque su madre no se atrevió nunca a dejarlo salir de la casa. Pasó la vida pedaleando en el patio en una bicicleta sin ruedas fija en un atril.

La anormalidad de sus hijos no afectó el sólido optimismo de Clarisa, quien los consideraba almas puras, inmunes al mal, y se relacionaba con ellos sólo en términos de afecto. Su mayor preocupación consistía en preservarlos incontaminados por sufrimientos terrenales, se preguntaba a menudo quién los cuidaría cuando ella faltara. El padre, en cambio, no hablaba jamás de ellos, se aferró al pretexto de los hijos retardados para sumirse en el bochorno, abandonar su trabajo, sus amigos y hasta el aire fresco y sepultarse en su pieza, ocupado en copiar con paciencia de monje medieval los periódicos en un cuaderno de notario. Entretanto su mujer gastó hasta el último céntimo de su dote y de su herencia y luego trabajó en toda clase de pequeños oficios para mantener a la familia. Las penurias propias no la alejaron de las penurias ajenas y aun en los períodos más difíciles de su existencia no postergó sus labores de misericordia.

Clarisa poseía una ilimitada comprensión por las debilidades humanas. Una noche, cuando ya era una anciana de pelo blanco, se encontraba cosiendo en su cuarto cuando escuchó ruidos desusados en la casa. Se levantó para averiguar de qué se trataba, pero no alcanzó a salir, porque en la puerta tropezó de frente con un hombre que le puso un cuchillo en el cuello.

—Silencio, puta, o te despacho de un solo corte —la amenazó. —No es aquí, hijo. Las damas de la noche están al otro lado de la calle, donde tienen la música.

—No te burles, esto es un asalto.

—¿Cómo dices? —sonrió incrédula Clarisa—. ¿Y qué me vas a robar a mí?

—Siéntate en esa silla, voy a amarrarte.

—De ninguna manera, hijo, puedo ser tu madre, no me faltes el respeto.

—¡Siéntate!

—No grites, porque vas a asustar a mi marido, que está delicado de salud. Y de paso guarda el cuchillo, que puedes herir a alguien —dijo Clarisa.

—Oiga, señora, yo vine a robar —masculló el asaltante desconcertado.

—No, esto no es un robo. Yo no te voy a dejar que cometas un pecado. Te voy a dar algo de dinero por mi propia voluntad. No me lo estás quitando, te lo estoy dando, ¿está claro? —Fue a su cartera y sacó lo que le quedaba para el resto de la semana—. No tengo más. Somos una familia bastante pobre, como ves. Acompáñame a la cocina, voy a poner la tetera.

El hombre se guardó el cuchillo y la siguió con los billetes en la mano. Clarisa preparó té para ambos, sirvió las últimas galletas que le quedaban y lo invitó a sentarse en la sala.

—¿De dónde sacaste la peregrina idea de robarle a esta pobre vieja?

El ladrón le contó que la había observado durante días, sabía que vivía sola y pensó

que en aquel caserón habría algo que llevarse. Ése era el primer asalto, dijo, tenía cuatro hijos, estaba sin trabajo y no podía llegar otra vez a casa con las manos vacías. Ella le hizo ver que el riesgo era demasiado grande, no sólo podían llevarlo preso, sino que podía condenarse al infierno, aunque en verdad ella dudaba que Dios fuera a castigarlo con tanto rigor, a lo más iría a parar al purgatorio, siempre que se arrepintiera y no volviera a hacerlo, por supuesto. Le ofreció incorporarlo a la lista de sus protegidos y le prometió que no lo acusaría a las autoridades. Se despidieron con un par de besos en las mejillas. En los diez años siguientes, hasta la muerte de Clarisa, el hombre le enviaba por correo un pequeño regalo en cada Navidad.

No todas las relaciones de Clarisa eran de esa calaña, también conocía a gente de prestigio, señoras de alcurnia, ricos comerciantes, banqueros y hombres públicos, a quienes visitaba buscando ayuda para el prójimo, sin detenerse a especular cómo sería recibida. Cierta día se presentó en la oficina del diputado Diego Cienfuegos, conocido por sus incendiarios discursos y por ser uno de los pocos políticos incorruptibles del país, lo cual no le impidió ascender a ministro y acabar en los libros de historia como padre intelectual de un cierto tratado de la paz. En esa época Clarisa era joven y algo tímida, pero ya tenía la misma tremenda determinación que la caracterizó en la vejez. Llegó donde el diputado a pedirle que usara su influencia para conseguir una nevera moderna a las Madres Teresianas. El hombre la miró pasmado, sin entender las razones por las cuales él debía ayudar a sus enemigas ideológicas.

—Porque en el comedor de las monjitas almuerzan gratis cien niños cada día, y casi todos son hijos de los comunistas y evangélicos que votan por usted —replicó mansamente Clarisa.

Así nació entre ambos una discreta amistad que habría de costarle muchos desvelos y favores al político. Con la misma lógica irrefutable conseguía de los jesuitas becas escolares para muchachos ateos, de la Acción de Damas Católicas ropa usada para las prostitutas de su barrio, del Instituto Alemán instrumentos de música para un coro hebreo, de los dueños de viñas fondos para los programas de alcohólicos.

Ni el marido sepultado en el mausoleo de su cuarto, ni las extenuantes horas de trabajo cotidiano, evitaron que Clarisa quedara embarazada una vez más. La comadrona le advirtió que con toda probabilidad daría a luz otro anormal, pero ella la tranquilizó con el argumento de que Dios mantiene cierto equilibrio en el universo, y tal como Él crea algunas cosas torcidas, también crea otras derechas, por cada virtud hay un pecado, por cada alegría una desdicha, por cada mal un bien y así, en el eterno girar de la rueda de la vida todo se compensa a través de los siglos. El péndulo va y viene con inexorable precisión, decía ella.

Clarisa pasó sin prisa el tiempo de su embarazo y dio a luz un tercer hijo. El nacimiento se produjo en su casa, ayudada por la comadrona y amenizado por la compañía de las criaturas retardadas, seres inofensivos y sonrientes que pasaban las horas entretenidos en sus juegos, una mascullando galimatías en su traje de obispo y el otro pedaleando hacia ninguna parte en una bicicleta inmóvil. En esta ocasión la balanza se movió en el sentido justo para preservar la armonía de la Creación y nació un muchacho fuerte, de ojos sabios y manos firmes, que la madre se puso al pecho, agradecida. Catorce meses después Clarisa dio a luz otro hijo con las características del anterior.

—Estos crecerán sanos para ayudarme a cuidar a los dos primeros —decidió ella, fiel a su teoría de las compensaciones, y así fue, porque los hijos menores resultaron derechos como dos cañas y bien dotados para la bondad.

De algún modo, Clarisa se las arregló para mantener a los cuatro niños sin ayuda del marido y sin perder su orgullo de gran dama, solicitando caridad para sí misma. Pocos se enteraron de sus apuros financieros. Con la misma tenacidad con que pasaba las noches en vela fabricando muñecas de trapo o tortas de novia para vender, batallaba contra el deterioro de su casa, cuyas paredes comenzaban a sudar un vapor verdoso, y les inculcaba a los hijos menores sus principios de buen humor y de generosidad con tan espléndido efecto que en las décadas siguientes estuvieron siempre junto a ella soportando la carga de sus hermanos mayores, hasta que un día éstos se quedaron atrapados en la sala de baño y un escape de gas los trasladó apaciblemente al otro mundo.

La llegada del Papa se produjo cuando Clarisa aún no cumplía ochenta años, aunque no era fácil calcular su edad exacta, porque se la aumentaba por coquetería, nada más que para oír decir cuan bien se conservaba a los ochenta y cinco que pregonaba. Le sobraba ánimo, pero le fallaba el cuerpo, le costaba caminar, se desorientaba en las calles, no tenía apetito y acabó alimentándose de flores y miel. El espíritu se le fue desprendiendo en la misma medida en que le germinaron las alas, pero los preparativos de la visita papal le devolvieron el entusiasmo por las aventuras terrenales. No aceptó ver el espectáculo por televisión, porque sentía una desconfianza profunda por ese aparato. Estaba convencida de que hasta el astronauta en la luna era una patraña filmada en un estudio de Hollywood, igual como engañaban con esas historias en las cuales los protagonistas se amaban o se morían de mentira y una semana después reaparecían con sus mismas caras, padeciendo otros destinos. Clarisa quiso ver al Pontífice con sus propios ojos, para que no fueran a mostrarle en la pantalla a un actor con paramentos episcopales, de modo que tuvo que acompañarla a vitorearlo en su paso por las calles. Al cabo de un par de horas defendiéndonos de la muchedumbre de creyentes y de vendedores de cirios, camisetas estampadas, policromías y santos de plástico, logramos vislumbrar al Santo Padre, magnífico dentro de una caja de vidrio portátil, como una blanca marsopa en su acuario. Clarisa cayó de rodillas, a punto de ser aplastada por los fanáticos y por los guardias de la escolta. En ese instante, justamente cuando teníamos al Papa a tiro de piedra, surgió por una calle lateral una columna de hombres vestidos de monjas, con las caras pintarrajeadas, enarbolando pancartas en favor del aborto, el divorcio, la sodomía y el derecho de las mujeres a ejercer el sacerdocio. Clarisa hurgó en su bolso con mano temblorosa, encontró sus gafas y se las colocó para cerciorarse de que no se trataba de una alucinación.

— Vámonos, hija. Ya he visto demasiado — me dijo, pálida.

Tan desencajada estaba, que para distraerla ofrecí comprarle un cabello del Papa, pero no lo quiso, porque no había garantía de su autenticidad. El número de reliquias capilares ofrecidas por los comerciantes era tal, que alcanzaba para rellenar un par de colchones, según calculó un periódico socialista.

—Estoy muy vieja y ya no entiendo el mundo, hija. Lo mejor es volver a casa.

Llegó a su caserón extenuada, con el fragor de campanas y vítores todavía retumbándole en las sienes. Partió a la cocina a preparar una sopa para el juez y a calentar agua para darle a ella una infusión de camomila, a ver si eso la tranquilizaba un poco. Entretanto Clarisa, con una expresión de gran melancolía, colocó todo en orden y sirvió el último plato de comida para su marido. Puso la bandeja ante la puerta cerrada y llamó por primera vez en más de cuarenta años.

—¿Cuántas veces he dicho que no me molesten?, protestó la voz decrepita del juez.

—Disculpa, querido, solo deseo avisarte que me voy a morir.

—¿Cuándo?

—El viernes.

—Está bien — y no abrió la puerta.

Clarisa llamó a sus hijos para darles cuenta de su próximo fin y luego se acostó en su cama. Tenía una habitación grande, oscura, con pesados muebles de caoba tallada que no alcanzaron a convertirse en antigüedades, porque el deterioro los derrotó por el camino. Sobre la cómoda había una urna de cristal con un Niño Jesús de cera de un realismo sorprendente, parecía un bebé recién bañado.

—Me gustaría que te quedaras con el Niñito, para que me lo cuides, Eva.

—Usted no piensa morirse, no me haga pasar estos sustos.

—Tienes que ponerlo a la sombra, si le pega el sol se derrite. Ha durado casi un siglo y puede durar otro si lo defiendes del clima.

Le acomodé en lo alto de la cabeza sus cabellos de merengue, le adorné el peinado con una cinta y me senté a su lado, dispuesta a acompañarla en ese trance, sin saber a ciencia cierta de qué se trataba, porque el momento carecía de todo sentimentalismo, como si en verdad no fuera una agonía, sino un apacible resfrío.

—Sería bien bueno que me confesara, ¿no te parece, hija?

—¡Pero qué pecados puede tener usted, Clarisa!

—La vida es larga y sobra tiempo para el mal, con el favor de Dios.

—Usted se irá derecho al cielo, si es que el cielo existe.

—Claro que existe, pero no es tan seguro que me admitan. Allí son bien estrictos —murmuró. Y después de una larga pausa agregó: —Repasando mis faltas, veo que hay una bastante grave...

Tuve un escalofrío, temiendo que esa anciana con aureola de santa me dijera que había eliminado intencionalmente a sus hijos retardados para facilitar la justicia divina, o que no creía en Dios y que se había dedicado a hacer el bien en este mundo solo porque en la balanza le había tocado esa suerte, para compensar el mal de otros, mal que a su vez carecía de importancia, puesto que todo es parte del mismo proceso infinito. Pero nada tan dramático me confesó Clarisa. Se volvió hacia la ventana y me dijo ruborizada que se había negado a cumplir sus deberes conyugales.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—Bueno... Me refiero a no satisfacer los deseos carnales de mi marido, ¿entiendes?

—No.

—Si una le niega su cuerpo y él cae en la tentación de buscar alivio con otra mujer, una tiene la responsabilidad moral.

—Ya veo. El juez fornicar y el pecado es de usted.

—No, no. Me parece que sería de ambos, habría que consultarlo.

—¿El marido tiene la misma obligación con su mujer?

—¿Ah?

—Quiero decir que si usted hubiera tenido otro hombre, ¿la falta sería también de su esposo?

—¡Las cosas que se te ocurren, hija! —Me miró atónita.

—No se preocupe, si su peor pecado es haberle escamoteado el cuerpo al juez, estoy segura de que Dios lo tomará en broma.

—No creo que Dios tenga humor para esas cosas.

—Dudar de la perfección divina ese sí es un gran pecado, Clarisa.

Se veía tan saludable que costaba imaginar su próxima partida, pero supuse que los santos, a diferencia de los simples mortales, tienen el poder de morir sin miedo y en pleno uso de sus facultades. Su prestigio era tan sólido, que muchos aseguraban haber visto un círculo de luz en torno de su cabeza y haber escuchado música celestial en su presencia, por lo mismo no me sorprendió, al desvestirla para ponerle el camisón, encontrar en sus hombros dos bultos inflamados, como si estuviera a punto de reventarle un par de alas de angelote.

El rumor de la agonía de Clarisa se regó con rapidez. Los hijos y yo tuvimos que atender a una inacabable fila de gentes que venían a pedir su intervención en el cielo para diversos favores o simplemente a despedirse. Muchos esperaban que en el último momento ocurriera un prodigio significativo, como que el olor a botellas rancias que infectaba

el ambiente se transformara en perfume de camelias o su cuerpo refulgiera con rayos de consolación. Entre ellos apareció su amigo, el bandido, quien no había enmendado el rumbo y estaba convertido en un verdadero profesional. Se sentó junto a la cama de la moribunda y le contó sus andanzas sin asomo de arrepentimiento.

—Me va muy bien. Ahora me meto nada más que en las casas del barrio alto. Le robo a los ricos y eso no es pecado. Nunca he tenido que usar violencia, yo trabajo limpiamente, como un caballero —explicó con cierto orgullo.

—Tendré que rezar mucho por ti, hijo.

—Rece, abuelita, que eso no me puede hacer mal.

También La Señora apareció compungida a darle el adiós a su querida amiga, trayendo una corona de flores y unos dulces de alfajor para contribuir al velorio. Mi antigua patrona no me reconoció, pero yo no tuve dificultad en identificarla a ella, porque no había cambiado tanto, se veía bastante bien, a pesar de su gordura, su peluca y sus extravagantes zapatos de plástico con estrellas doradas. A diferencia del ladrón, ella venía a comunicar a Clarisa que sus consejos de antaño habían caído en tierra fértil y ahora ella era una cristiana decente.

— Cuénteselo a San Pedro, para que me borre del libro negro — le pidió.

—¿Qué tremendo chasco se llevarán estas buenas personas si en vez de irme al cielo acabo cocinándome en las pailas del infierno... —comentó la moribunda, cuando por fin pude cerrar la puerta para que descansara un poco.

—Si eso ocurre allá arriba, aquí abajo nadie lo sabrá, Clarisa.

—Mejor así.

Desde el amanecer del viernes se congregó una muchedumbre en la calle y a duras penas sus hijos lograron impedir el desborde de creyentes dispuestos a llevarse cualquier reliquia, desde trozos de papel de las paredes hasta la escasa ropa de la santa. Clarisa decaía a ojos vista y por primera vez dio señales de tomar en serio su propia muerte. A eso de las diez se detuvo frente a la casa un automóvil azul con placas del Congreso. El chofer ayudó a descender del asiento trasero a un anciano, que la multitud reconoció de inmediato. Era don Diego Cienfuegos, convertido en prócer después de tantas décadas de servicio en la vida pública. Los hijos de Clarisa salieron a recibirlo y lo acompañaron en su penoso ascenso hasta el segundo piso. Al verlo en el umbral de la puerta, Clarisa se animó, volvieron el rubor a sus mejillas y el brillo a sus ojos.

—Por favor, saca a todo el mundo de la pieza y déjanos solos — me sopló al oído.

Veinte minutos más tarde se abrió la puerta y don Diego Cienfuegos salió arrastrando los pies, con los ojos aguados, maltrecho y tullido, pero sonriendo. Los hijos de Clarisa, que lo esperaban en el pasillo, lo tomaron de nuevo por los brazos para ayudarlo y entonces, al verlos juntos, confirmé algo que ya había notado antes. Esos tres hombres tenían el mismo porte y perfil, la misma pausada seguridad, los mismos ojos sabios y manos firmes.

Esperé que bajaran la escalera y volví donde mi amiga. Me acerqué para acomodarle las almohadas y vi que también ella, como su visitante, lloraba con cierto regocijo.

—Fue don Diego su pecado más grave, ¿verdad? —le susurré.

—Eso no fue pecado, hija, sólo una ayuda de Dios para equilibrar la balanza del destino. Y ya ves cómo resultó de lo más bien, porque por dos hijos retardados tuve otros dos para cuidarlos.

Esa noche murió Clarisa sin angustia. De cáncer, diagnosticó el médico al ver sus capullos de alas; de santidad, proclamaron los devotos apiñados en la calle con cirios y flores; de asombro, digo yo, porque estuve con ella cuando nos visitó el Papa.



LA CASA DE ASTERIÓN

Jorge Luis Borges, argentino

Y la reina dio a luz un hijo que se llamó
Asterión.

APOLODORO, Biblioteca, III, I

Sé que me acusan de soberbia, y tal vez de misantropía, y tal vez de locura. Tales acusaciones (que yo castigaré a su debido tiempo) son irrisorias. Es verdad que no salgo de mi casa, pero también es verdad que sus puertas (cuyo número es infinito)¹ están abiertas día y noche a los hombres y también a los animales. Que entre el que quiera. No hallará pompas femeniles aquí ni el bizarro aparato de los palacios, pero sí la quietud y la soledad. Asimismo hallará una casa como no hay otra en la faz de la tierra. (Mienten los que declaran que en Egipto hay una parecida.)

Hasta mis detractores admiten que no hay un solo mueble en la casa. Otra especie ridícula es que yo, Asterión, soy un prisionero. ¿Repetiré que no hay una puerta cerrada, añadiré que no hay una cerradura? Por lo demás, algún atardecer he pisado la calle; si antes de la noche volví, lo hice por el temor que me infundieron las caras de la plebe, caras descoloridas y aplanadas, como la mano abierta. Ya se había puesto el sol, pero el desvalido llanto de un niño y las toscas plegarias de la grey dijeron que me habían reconocido. La gente oraba, huía, se prosternaba; unos se encaramaban al estilobato del templo de las Hachas, otros juntaban piedras. Alguno, creo, se ocultó bajo el mar. No en vano fue una reina mi madre; no puedo confundirme con el vulgo, aunque mi modestia lo quiera.

El hecho es que soy único. No me interesa lo que un hombre pueda transmitir a otros hombres; como el filósofo, pienso que nada es comunicable por el arte de la escritura. Las enojosas y triviales minucias no tienen cabida en mi espíritu, que está capacitado para lo grande; jamás he retenido la diferencia entre una letra y otra. Cierta impaciencia generosa no ha consentido que yo aprendiera a leer. A veces lo deploro, porque las noches y los días son largos.

Claro que no me faltan distracciones. Semejante al carnero que va a embestir, corro por las galerías de piedra hasta rodar al suelo, mareado. Me agazapo a la sombra de un aljibe o a la vuelta de un corredor y juego a que me buscan. Hay azoteas desde las que me dejo caer, hasta ensangrentarme. A cualquier hora puedo jugar a estar dormido, con los ojos cerrados y la respiración poderosa.

(A veces me duermo realmente, a veces ha cambiado el color del día cuando he abierto los ojos.) Pero de tantos juegos el que prefiero es el de otro Asterión. Finjo que viene a visitarme y que yo le muestro la casa. Con grandes reverencias le digo: *Ahora volvemos a la encrucijada anterior o Ahora desembocamos en otro patio o Bien decía yo que te gustaría la canaleta o Ahora verás una cisterna que se llenó de arena o Ya verás como el sótano se bifurca*. A veces me equivoco y nos reímos buenamente los dos.

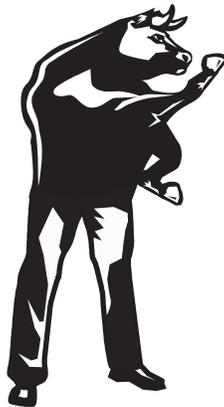
No sólo he imaginado esos juegos; también he meditado sobre la casa. Todas las partes de la casa están muchas veces, cualquier lugar es otro lugar. No hay un aljibe, un patio, un abrevadero, un pesebre; son catorce [son infinitos] los pesebres, abrevaderos, patios, aljibes. La casa es del tamaño del mundo; mejor dicho, es el mundo. Sin embargo, a fuerza de fatigar patios con un aljibe y polvorientas galerías de piedra gris he alcanzado la calle y he visto el templo de las Hachas y el mar. Eso no lo entendí hasta que una visión de la noche me reveló que también son catorce [son infinitos] los mares y los templos. Todo está muchas veces, catorce veces, pero dos cosas hay en el mundo que parecen estar una sola vez: arriba, el intrincado sol; abajo, Asterión. Quizá yo he creado las estrellas y el sol y la enorme casa, pero ya no me acuerdo.

Cada nueve años entran en la casa nueve hombres para que yo los libere de todo mal. Oigo sus pasos o su voz en el fondo de las galerías de piedra y corro alegremente a buscarlos. La ceremonia dura pocos minutos. Uno tras otro caen sin que yo me ensangrienté las manos. Donde cayeron, quedan, y los cadáveres ayudan a distinguir una galería de las otras. Ignoro quiénes son, pero sé que uno de ellos profetizó, en la hora de su muerte, que alguna vez llegaría mi redentor. Desde entonces no me duele la soledad, porque sé que vive mi redentor y al fin se levantará sobre el polvo. Si mi oído alcanzara todos los rumores del mundo, yo percibiría sus pasos. Ojalá me lleve a un lugar con menos galerías y menos puertas. ¿Cómo será mi redentor?, me pregunto. ¿Será un toro o un hombre? ¿Será tal vez un toro con cara de hombre? ¿O será como yo?

El sol de la mañana reverberó en la espada de bronce. Ya no quedaba ni un vestigio de sangre.

— ¿Lo crearás, Ariadna? — dijo Teseo — .El minotauro apenas se defendió.

A Marta Mosquera Eastman



LA SEQUÍA

Carlos Salazar Herrera, costarricense

Muy parecido estaba a uno de esos “tocadores de ocarina” que esculpieron sus antepasados.

Sin moverse, pasmado, horas y horas en cuclillas.

Piedra con musgo era así su cara, al reflejo de las matas que todavía podían ser verdes.

Al reflejo de las matas junto a la entrada, afuera, estuvo siempre el indio echando raíces... y el corazón.

A fuerza de estar ahí, el indio había cogido el color del rancho.

El rancho, en el vientre de la montaña seca por la sequía, fue volviéndose sonoro.

Rancho horquetado, amarras de bejuco, hojas de plátano, corteza de palmito... y tierra.

Adentro, estaba la india compañera.

Charco de agua clara de esos que repiten a la luna, era por dentro la india. ¡Cosas de la montaña!

No llovía. Se cansaron los yigüirros de pedir agua.

Cayeron las hojas de los árboles grandes. La tierra y el sol se bebieron el río.

Hojas, hojas, hojas. Amarillas las hojas que no pudieron sostenerse más. Hojas secas en todos los rincones de la selva. Secos los bañaderos de los chanchos y el sexo de las flores. Sin agua los bejucos de agua y la cortadura de los arroyos. Secas las narices de los animales... Un corazón y secándose otro.

La india fue saliendo del rancho a pasos torpes. Se detuvo. Miró al indio. Miró al rancho. Miró la picada. Miró otra vez al indio, al indio su hombre. Se acercó a él hasta tocarlo. Esperó. Esperó, pero el indio no abría la boca, no la miraba, no se movía.

La india se dio a caminar huyendo despacio, muy despacio.

Allí quedóse el indio. La cabeza incrustada en las manos. Los codos amarrados sobre las rodillas. Los pies con raíces en la tierra.

El silencio abríase, alargándose en el rancho que se fue pareciendo a rancho en donde no vive nadie.

Ella se lo había dicho. Le había anunciado que se iba para siempre, porque ya no podía más. Porque él no la miraba, porque no le hablaba, porque no la quería.

Porque aquel silencio le estaba doliendo como una úlcera.

Él quiso decirle algo, pero como jamás le dijo nada, esa vez tampoco.

El indio no sabía decir, no le salía, no estaba en él.

Y la india quería un poco de palabras para asustar el silencio. Un poco de ternura para acortar las horas. Alguna vez una sonrisa para dar color al rancho. Quizás una caricia... pero... era mucho pedir.

El indio y la india no se podían encontrar donde se hacen uno solo los caminos.

Tiempo atrás, cierta vez, yendo la india por el interior de la selva, halló a mirar a un manigordo con su hembra. El macho lamía la piel de su compañera, se restregaba contra ella, daba saltos, la miraba; acercábasele, estilizando ondulaciones con su lomo moteado a trechos. La hembra contestaba agradecida con igual ternura; en las pupilas se veía. Después... después se echaron juntos y todavía se prodigaban.

La india vio que el indio no era así.

Huía la mujer, lento el paso. En las hojas arrugadas se le hundían los pies hasta los tobillos, y en el pecho una congoja le subía hasta los ojos.

No quiso ni pudo dejar al indio cuando vio a los manigordos, pero ahora sí. ¡Ahora que estaba para tener un hijo!... Ahora sí abrazó la huida con todo su cuerpo y con toda su alma.

Huía, con un miedo espantoso de que aquel hombre fuera a aplastarle a su indiecito con una mirada indiferente.

No quería tampoco a su hijo para ella sola. Quería compartirlo, pero por partes iguales. Quería dividirlo en dos cariños para que tocara media tristeza y media alegría a cada uno.

¡Era demasiado para ella sola!

¡Dios mío! ¡Se han secado todos los ríos!

Para que el indio no fuera a aplastar al indiecito con una mirada indiferente... Por eso, no se lo había dicho. Él, su hombre, no sabía que iba a tener un hijo. Se quedaría por siempre sin saberlo. El embarazo estaba a la vista. Él podría haberlo adivinado si se hubiese puesto a mirarla... Pero el indio no la miraba.

La vereda se extendía reverberando calor. ¡Largo y sombrío camino como la vida!

“¿Y si lo supiera? —pensó la india, iluminada la cara con lumbre de ella misma—.

¿Tal vez si lo supiera? —Y detuvo la huida—. ¡Tal vez lo está esperando!”

Y empezó a caminar, ahora con dirección al rancho.

Caminó ligero... más ligero. Corría. Lo desanduvo todo. Quebró las hojas arrugadas, que sonaron como campanas pequeñísimas... o latidos.

¡Qué corto y qué largo es el camino!

De allá lejos cogió la casa con los ojos. Afuera estaba el indio, como lo había dejado. Seguía parecido a los tocadores de ocarina en piedra.

Piedra con musgo. En cuclillas. Color de rancho. Junto a la entrada, afuera.

Echando raíces. Mudo, y el corazón...

Llegó la india con miedo. Como una de esas perras sin dueño que van a robarse una tajada de carne. Tuvo miedo.

Y el indio sin moverse.

La mujer tragó un puñado de valor y se lo contó todo. Se lo dijo en una sola frase, y esperó el efecto.

Fue un instante demasiado largo. ¡Cómo dura el silencio!...

El indio experimentó una alegría millonaria de gozo. Toda la vida la había esperado.

Quiso abrazar a su india con su indiecito adentro. Quiso decir lo que no podía decir. Quiso reír, gritar... No pudo.

Quiso abrirse con las manos el pecho, para que ella pudiera verlo por dentro. Quiso darle las gracias... Pero nada dijo.

Quedó inmóvil, con la cabeza metida entre las manos.

El indio no podía hablar. No estaba en él. Era cerrado, con una gran sequía adentro. Así lo había parido su madre.

La india tornó a huir, montaña adentro.

El indio todavía quiso llamarla, pero la voz no le salía; levantarse, pero tenía los pies con raíces.

Quedó sentado en cuclillas, como los tocadores de ocarina.

Intentó mirarla, pero vio turbio.

“¿También me estaré haciendo ciego?”

Se restregó los ojos. Estaba sudando.

Luego comenzó a empañarse nuevamente la figura de la india huyendo del silencio.

Aquello no era sudor...

¡Le salía de los ojos!



ODA A AFRODITA

Safo de Lesbos, Grecia Antigua

ποικιλόθρον' ἀθανάτ' Ἀφροδίτα,
παῖ Δίος δολόπλοκε, λίσσομαί σε,
μή μ' ἄσαισι μηδ' ὀνίαισι δάμνα,
πότνια, θῦμον,

ἀλλὰ τιδ' ἔλθ', αἶ ποτα κατέρωτα
τὰς ἔμας αὔδας αἰοῖσα πῆλοι
ἔκλυες, πάτρος δὲ δόμον λίποισα
χρῦσιον ἦλθες

ἄρμ' ὑπασδεύξαισα· κάλοι δέ σ' ἄγον
ᾧκεες στρουῦθοι περὶ γᾶς μελαίνας
πύκνα δίννεντες πτέρ' ἀπ' ὠρανῶϊθε-
ρος διὰ μέσσω

αἶψα δ' ἐξίκοντο· σὺ δ', ᾧ μάκαιρα,
μειδιαίσαισ' ἀθανάτῳ προσώπῳ
ἦρε' ὅττι δηῦτε πέπονθα κῶττι
δηῦτε κάλημμι

κῶττι μοι μάλιστα θέλω γένεσθαι
μαινόλαι θύμῳ· τίνα δηῦτε πείθω
...σάγην ἐς σὰν φιλότατα; τίς σ', ᾧ
Ψάπφ', ἀδικῆει;

καὶ γὰρ αἰ φεύγει, ταχέως διώξει,
αἰ δὲ δῶρα μὴ δέκετ', ἀλλὰ δώσει,
αἰ δὲ μὴ φίλει, ταχέως φιλήσει
κῶνκ ἐθέλοισα.

ἔλθε μοι καὶ νῦν, χαλέπαν δὲ λῦσον
ἐκ μερίμναν, ὅσσα δέ μοι τέλεσσαι
θῦμος ἰμέρρει, τέλεσον, σὺ δ' αὐτὰ
σύμμαχος ἔσσο.

Inmortal Afrodita, la del trono decorado,
hija de Zeus, trenzadora de engaños, te
suplico
que no domines con aflicciones ni angustias
mi ánimo¹, señora;

más bien, ven aquí, como otras veces, cuando,
al oír mi voz desde lejos, me escuchaste
y, dejando la casa del padre,
viniste luego de que tu dorada

carroza alistaste. Te conducían bellos
gorriones veloces sobre la negra tierra,
los cuales batían las fuertes alas desde el
cielo,
a través del éter.

Pronto llegaron y tú, dichosa,
con tu rostro inmortal sonriendo,
preguntabas por qué otra vez sufría,
por qué otra vez te llamaba

y qué era lo que mi perturbado ánimo
tanto deseaba que ocurriera: “¿A quién
convenzo esta vez de que acepte tu cariño?²
¿Quién, Safo, te hace daño?”

Pues si te rehúye, pronto te perseguiré;
si no acepta regalos, los dará;
si no ama, pronto amaré,
aunque ella no quiera.”

Ven a mí también ahora, déjame libre
de mi penosa ansiedad y eso que mi ánimo
anhela que me des, dámelo; tú misma
sé mi compañera en la batalla.

¹ Siguiendo a la tradición, traducimos la palabra griega *thymos* como ‘ánimo’; sin embargo, dicha opción dista mucha de ser satisfactoria. En la Grecia arcaica, el *thymos* era una especie de “órgano” en el que residían los sentimientos y los impulsos emocionales, algo así como nuestra noción de “corazón”, pero sin un equivalente fisiológico (aún y cuando el *thymos* reside en el pecho de los seres humanos). Decir “mi *thymos* desea” equivale, en cierta medida, a decir “mi corazón desea”.

² En esta parte del poema, hay una laguna en el original griego. La traducción es una conjetura basada en el contexto

Traducción de Guillermo González Campos, filólogo clásico, profesor de la Universidad de Costa Rica.

Los Heraldos Negros

César Vallejo, peruano

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... ¡Yo no sé!

Son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.

Y el hombre... Pobre... ¡Pobre! Vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como charco de culpa, en la mirada.

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!



UN CARNÍVORO CUCHILLO

Miguel Hernández, español

Un carnívoro cuchillo
de ala dulce y homicida
sostiene un vuelo y un brillo
alrededor de mi vida.

Rayo de metal crispado
fulgentemente caído,
picotea mi costado
y hace en él un triste nido.

Mi sien, florido balcón
de mis edades tempranas,
negra está, y mi corazón,
y mi corazón con canas.

Tal es la mala virtud
del rayo que me rodea,
que voy a mi juventud
como la luna a la aldea.

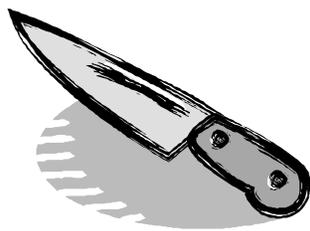
Recojo con las pestañas
sal del alma y sal del ojo
y flores de telarañas
de mis tristezas recojo.

¿Adónde iré que no vaya
mi perdición a buscar?
Tu destino es de la playa
y mi vocación del mar.

Descansar de esta labor
de huracán, amor o infierno
no es posible, y el dolor
me hará a mi pesar eterno.

Pero al fin podré vencerte,
ave y rayo secular,
corazón, que de la muerte
nadie ha de hacerme dudar.

Sigue, pues, sigue cuchillo,
volando, hiriendo. Algún día
se pondrá el tiempo amarillo
sobre mi fotografía.



PENÉLOPE

Marta Rojas, costarricense

Si hay que decir adiós, se dice
Si hay que llorar, se llora
¡Todo tiene su tiempo!

Hoy
con la aguja de mi reloj
con las puntadas del esfuerzo
el amor
los besos
con el hilo vivido
tejo
¡Éste es mi tiempo!

Mañana
con las mismas agujas
con las mismas puntadas
con el mismo hilo
con toda mi voluntad
mi pericia y mi cuidado
tal vez, como Penélope, desteja



**ABEL Y CAÍN EN EL SER HISTÓRICO
DE LA NACIÓN COSTARRICENSE**
Abelardo Bonilla, costarricense

Existe hoy en Costa Rica, como en todos los países cultos, aunque en todos sea necesariamente preocupación de minoría, un interés creciente por conocer, más profundamente, el ser de la nación, que hasta ahora solo nos ha sido dado en su exterioridad por los ensayos históricos y sociológicos. Priva la impresión, no siempre razonada pero intuitivamente certera, de que, en el trasfondo de nuestra historia nacional, tal como ha sido trazada corrientemente, queda una penumbra de grandes posibilidades hasta la cual no han penetrado los métodos usuales de investigación.

El propósito de este ensayo es aportar una contribución a ese interés creciente, desde una posición —una actitud más bien nueva—, contribución que juzgamos más fértil y de más ricas posibilidades, por el punto de vista desde el cual enfocamos el problema histórico, siempre que esta introducción al tema tenga la fortuna de madurar y concretarse, posteriormente, en estudios más vastos y de mayor rigor.

Expondremos brevemente el punto de partida y el método de nuestro empeño.

La nación es, en primer lugar, un hecho vital y, en consecuencia, histórico. Es, además, un fenómeno social, político y económico. Estos tres últimos aspectos —lo externo y cambiante han sido hasta ahora las rutas principales del historiador, que olvida, en su preocupación documental, el plano profundo de la vida o lo capta únicamente y de modo fragmentario en las biografías o en períodos aislados de la existencia de los pueblos.

La historia, tratada en esta forma, nos da imágenes de superficie, inertes, como las que proporciona la placa fotográfica corriente y muy diversas sin duda a las que podría proporcionar —es una metáfora que no carece de probabilidades— una pantalla de fluoroscopia que nos revelara la interioridad viva del ser histórico.

La comprensión y vivencia del hecho nacional no se obtendrán nunca desde el punto de vista de los aspectos externos, porque estos son únicamente manifestaciones parciales de una realidad más profunda: la vida auténtica de la nación costarricense, para lo cual, como para todas las sociedades humanas, vivir es la necesidad inexorable, de determinación, en un estado común y hacia un destino común.

¿Existe esta condición colectiva en Costa Rica? Es evidente que en nuestra nacionalidad faltan muchos nexos de tipo social. No es solamente el predominio del individualismo lo que nos caracteriza. No existe un dogma nacional. No hay intención ni propósitos comunes y los valores, inexistentes o muy esfumados, no han llegado todavía a imprimir su dinamismo en la marcha de la nación.

Es indispensable explorar y fijar las causas de esta realidad.

Durante los tres siglos de coloniaje, que constituyeron nuestro período de formación nacional, no se consiguió formar una ciudad. Es este un hecho fundamental y determinante en nuestro ser histórico.

Cartago, el mayor núcleo de población y sede de los gobernadores, no fue una ciudad. Su magnitud física y humana era mínima; su acción directora y centralizadora se debía exclusivamente a que era el principal asiento de la raza blanca; carecía de medios de trabajo y sus gentes buscaron en los siglos XVII y XVIII la expansión rural y la disgregación, primero hacia el Atlántico y después hacia las regiones occidentales. Y no para fundar nuevos núcleos de convivencia sino para aislarse en sus haciendas. Varias fundaciones iniciales desaparecieron y fue dura y, en gran parte, estéril la lucha de las autoridades por congregarse a los colonos en los primeros centros de población: Villa Vieja, Villa Nueva de la Boca del Monte y Villa Hermosa*, hitos que señalaron la formación de nuestra democracia rural y que consolidaron la herencia individualista española.

En los orígenes del individualismo español, además de la mezcla original de razas, se ha apuntado como causa principal la de la dureza y aridez del suelo peninsular, que impide el crecimiento de la población y obliga al hombre a un esfuerzo personal exagerado que no halla compensación en el rendimiento. Esta circunstancia, por la pobreza y las condiciones económicas generales, fue aún más grave en Costa Rica y sus hombres —por la ausencia de la ciudad y de sus medios de cultura— desarrollaron a través de varias generaciones una individualidad fuerte y agreste, externa o de continente, sin el contenido espiritual de la personalidad. El español, pueblo de acción, desvió hacia la guerra el exceso de energía. El costarricense, mínimo en número, pobre y aislado, se concentró en la tierra y en la intimidad huraña del yo, de un yo en lucha como lo veremos más adelante.

Por la naturaleza del suelo y porque la ganadería fue la primera actividad de los colonos españoles, fue el nuestro originalmente un pueblo de pastores, que se vio impelido más tarde a serlo de labradores, mas no por vocación, sino porque la esclavitud de los indios y de los negros le presentaba la posibilidad de progresar con poco esfuerzo. La democracia rural y el patriarcalismo no fueron nunca construcciones de la razón ni decantación de un proceso histórico, sino raíz vital de un modo de ser íntimo del costarricense. Éste es el punto de partida hacia una vivencia de nuestro ser histórico.

El relato del Génesis, psicológicamente profundo, nos da en Abel el tipo humano del pastor, soñador y poco afanoso, incapaz de esfuerzo y de tomar la vida en sentido activo, y nos ofrece en Caín —el hermano mayor y responsable— el arquetipo del labrador, del hombre de acción, dominado por la envidia. Abel muere a manos de Caín y éste, cansado de las faenas de la tierra, funda la ciudad de Henoch. La historia nada sabe sobre esta ciudad, el primer intento de los hombres por superar las formas de vida familiar y tribal y el primer movimiento hacia un convenio de carácter colectivo y político, pero es muy probable, que el propósito de unidad y dirección que movió a Caín encontrara fuertes resistencias de los labradores y, especialmente, de los pastores.

* Villa Vieja, Villa Nueva de la Boca del Monte y Villa Hermosa, nombres con que se conocieron durante la Colonia las actuales ciudades de Heredia, San José y Alajuela, respectivamente.

Ciudad y campo, entonces como hoy, no son únicamente dos planos de coexistencia sino dos distintas concepciones de la vida que tienen una base histórica y que, además, determinan la estructura de una nación. Durante el proceso formativo colonial dominó el campo en Costa Rica y no fue sino en el siglo XIX cuando, por obra del mayor desarrollo económico y del espíritu liberal, se inició en San José la consolidación de la ciudad y con ella la del Estado, pero predominando en ellos un espíritu campesino, el de Abel, que se ha manifestado hasta hoy en individualismo, libertad y actitud negativa para todas las formas de asociación y de empresa colectiva. Alguna vez será necesario estudiar lo que significó la afirmación de la ciudad, la de San José principalmente, en la evolución política y cultural del país.

Ahora no tratamos el problema sociológico. No son las diferencias o el desequilibrio entre ciudad y campo los que nos interesa, puesto que las consecuencias que de ellos se derivarán, nos mantendrían siempre en la superficie del problema. Es necesario penetrar en el fondo de la cuestión y tratar de llegar a una estructura de conexiones históricas desde la clave misma de tal estructura, que es el individuo, arquitecto de la conciencia nacional. Sus defectos y sus grandezas, lo que ha realizado aislada o colectivamente, pueden revelarnos lo presente y abrirnos nuevas perspectivas para lo futuro. El tema del Génesis, desarrollado en nuestro tiempo por la filosofía existencial, nos proporciona un amplio campo de análisis, en cuanto abarca el problema del aislamiento, el de el otro y de las relaciones interhumanas.

Los existencialistas contemporáneos no encuentran relación posible, cordial y plena, entre el *yo* y *el otro*, en cuanto el *yo* es siempre sujeto y centro del universo, lo que sitúa al hombre en soledad irrenunciable y hace teóricamente imposible toda auténtica vida social. *El otro* es para el *yo* un objeto, es decir, un sistema de experiencias que está fuera de su alcance. La vida social provoca inevitablemente el choque, y sospechamos que en el *otro* objeto, hay también un *yo* que es a su vez y en su intimidad sujeto; sujeto que nos invade, que rompe nuestra libertad y nos hace sentir la fuerza y la problemática de la vida ajena. En esa lucha constante el *yo* se empeña en devolver la acción aprehensora, liberándose de la condición de objeto y tratando de mantener a el *otro* en su condición de objeto. Los resultados posibles de la relación pueden ser la indiferencia, la envidia, el odio y el amor.

En pueblos de tradición secular en la vida colectiva o en pueblos de profundo sentido religioso, las relaciones interhumanas, sin llegar a la relación absoluta, se acercan a ella por el imperativo de lo que Heidegger llama "*mitsein*" (ser con otro) y la facilitan por los medios internos y externos de comunicación social: lengua, religión, identidad de intereses, empresas comunes y unidad política.

En pueblos jóvenes —y sobre todo en los que se han formado en las difíciles condiciones del costarricense— la relación es mínima y el choque más fuerte y definido. El hombre se ha recluso en su intimidad mucho más que en otros pueblos por espíritu de defensa, y los resultados del conflicto entre hombre y hombre han sido la indiferencia y la envidia, dos rasgos que se han señalado muchas veces, pero que no se han estudiado seriamente en sus causas y efectos.

La indiferencia —la más pobre actitud del hombre— ha moldeado a la nación en un material blando de formas desdibujadas y ha sido causante de la ausencia de sensibilidad característica de nuestro pueblo. Ser indiferente es situarse al margen del espíritu y de los grandes problemas humanos; es limitarse a tener una imagen óptica del mundo, eliminando las dimensiones de profundidad; es desconocer, por necedad o egoísmo, el riquísimo tesoro de las relaciones entre el yo y el mundo, del que se acendran la existencia auténtica, la inquietud religiosa y la emoción de la belleza. Nuestros estudiosos se han preguntado por qué carecemos de un arte popular en la esfera de lo lírico; por qué no se reconocen categorías intelectuales ni se respetan los valores individuales, con excepción de los políticos; por qué ante las obras más serias adopta el costarricense medio la actitud burlona que llamamos “choteo” y por qué encuentran los más elevados propósitos una atmósfera de escepticismo y no filosófico ciertamente. La respuesta no ofrece dudas si la derivamos del concepto ontológico de indiferencia que hemos expuesto.

La envidia no es un vicio local, puesto que ha enfermado el alma del hombre desde los primeros tiempos, pero en los pueblos de acentuado individualismo actúa sin los efectos de estímulo que puede tener y se convierte en una destructora fuerza negativa. El yo no soporta la invasión de el *otro* y, sin la personalidad suficiente para superarlo o sin la humildad necesaria para elevarlo hacia el amor, se encasilla en el egoísmo y toma el camino de la envidia que conduce al odio. Intenta recobrar su libertad y se somete a una esclavitud mayor, la que envenenó el alma de Caín. Visible —y bien diríamos palpable— es la volición individual y colectiva del costarricense de igualar a todos; a cortar, por todos los medios que estén a su alcance, el vuelo de los mejores y a negar, sin conocerlos, los valores ajenos. La murmuración despiadada es el tema favorito de nuestras tertulias mundanas, en las que todo motivo elevado se halla *in partibus infidelium*. No existe en el costarricense medio, por desconocimiento de su propia intimidad, una autovaloración: se valoran mirando a los demás e inquiriendo afanosamente el juicio que les merece a los demás, pero al mismo tiempo juzgamos a éstos desde su propia y supuesta superioridad. De aquí que cualquier alteración de estas relaciones niveladoras, en prejuicio de su egoísmo, lo subleve y lo haga creer ingenuamente que se intenta situarlo ante una falsificación de valores.

Nada revela mejor la interioridad de un pueblo que sus espectáculos y aficiones favoritas, en los que salen a la superficie móviles y reacciones que en los momentos de quietud se mantienen ocultos. La intimidad espiritual del ateniense se manifestaba en las Panateneas, la del romano en el circo. Verdad es que no toleraríamos las sangrientas exhibiciones del Coliseo, pero estamos muy cerca de los juegos de fuerzas menores del circo, en que el yo encuentra un escape sin compromiso y se acepta colectivamente a *el otro* —colectiva y provisionalmente— porque no invade nuestra individualidad sino que la exalta, reflejándola en él.

La política, el fútbol —para citar dos espectáculos predilectos del costarricense— y el afán inmoderado de riqueza material (no en cuanto la riqueza es aspiración justa para satisfacer necesidades vitales, sino en cuanto es espectáculo para los demás e intento de dominio egoísta), tienen mucho de circo y han creado categorías sociales que se respetan sobre las de la dignidad, el saber y el arte: la de los altos funcionarios oficiales, la de las “estrellas” deportivas y la de los ricos. Categorías, desde luego, que son ocasionales y que se destruyen cuando pasa la función.

La política, no en su significación superior sino en su carácter circense, es —como el fútbol, como los juegos de gallos, los toros o el cine— una forma de catarsis de la presión histórica y actual a que está sometido el yo en su aislamiento y es en ella, o en menor escala en las canchas de fútbol, donde se concreta la única emoción colectiva y superficial de los costarricenses.

No sería completo el análisis si únicamente consideráramos los defectos, la acción de Caín. Abel ha tenido y tiene una proyección importante en nuestra vida nacional.

El individualismo, aunque no dé grandes personalidades sino como excepción, ha tenido la virtud de librarnos del gregarismo socialista y de conservar ciertas conquistas democráticas. La emoción colectiva de tipo político de que antes hablamos, ha abandonado muchas veces la posición personalista y frívola para penetrar en las aguas profundas. La Campaña Nacional de 1856 y las reacciones del pueblo en 1889 y en 1948* demuestran que hay realidades, y sobre todo posibilidades brillantes, en los momentos decisivos en que el destino ha hecho un llamado a la conciencia nacional.

Por otra parte, el costarricense se ha librado quizás más que otros pueblos de la abstracción de las ideas generales, acostumbrándose a objetivarlas en el hombre. Esto implica necesariamente una poda de disciplina mental, pero aleja del racionalismo e impide caer en el dominio inconsciente de las masas y del no menos inconsciente del Estado absoluto.

Finalmente, el espíritu de Abel se conserva en el sentido patriarcal y pastoril de nuestro pueblo. La vida inauténtica, individualmente, es desolada, vacía e insoportable. Generalizada en la colectividad, elude los grandes problemas y economiza la tragedia en que éstos se resuelven. En el fondo de las aguas no somos distintos a la mayoría de los humanos. En la superficie, por compensación y conformidad, ofrecemos la apariencia de los lagos serenos y atrayentes.

Pueden ser enmendadas y rectificadas muchas cosas, todas las que no están en la naturaleza misma de lo humano y en la tremenda soledad angustiosa del hombre ante lo infinito y ante su destino. La comprensión vital de la realidad histórica de nuestro ser, la educación y la voluntad son tres rutas directas hacia ese propósito.

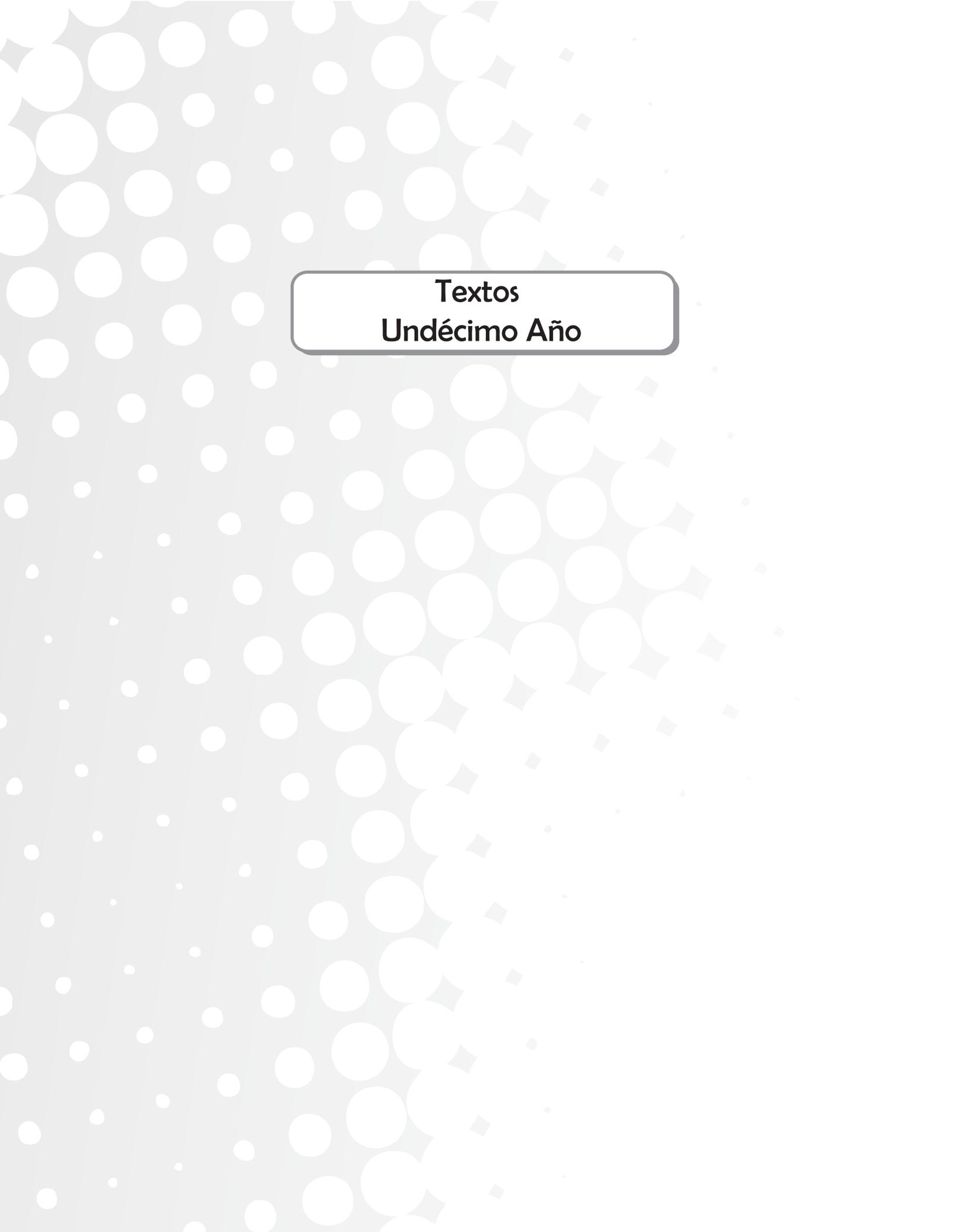
* Reacciones del pueblo en 1889 y 1948. El 7 de noviembre de 1889 el pueblo costarricense se movilizó no para dar un golpe de estado ni una “asonada” sino con el propósito de hacer respetar la libertad de elegir. En 1948 el pueblo —estudiantes, profesores, abogados, médicos y campesinos—, se levantó en armas porque la Asamblea Legislativa había desconocido el triunfo del candidato de oposición, el periodista Otilio Ulate, para el mandato presidencial de 1948-1952. José Figueres jefeó las rápidas acciones militares. Este movimiento defendió dos grandes principios de la tradición democrática costarricense: la tradición civilista y el respeto a la libre elección mediante comicios, fuera de toda presión del gobierno.

Las vías formativas del costarricense tienen que ser corregidas de las desviaciones en que hoy se hallan. La educación pública —una de nuestras mejores realizaciones cuando no se había “modernizado”— está hoy empeñada en problemas puramente metodológicos, por los cuales comienza a olvidar sus fines. La religión se limita a una enseñanza formal y externa, que no se diferencia de la enseñanza elemental y práctica de cualquier ciencia positiva. Carecemos casi por completo de una educación filosófica y, principalmente, de una educación estética que cure el mal ya crónico de la insensibilidad para los grandes valores del espíritu. Nos falta adquirir y llevar a la práctica un concepto claro y adecuado de las relaciones sociales, es decir, resolver el problema esencial de nuestro tiempo: el del individuo en la colectividad.

“El hombre en colectividad no es el hombre con el hombre. No se libra a la persona de su aislamiento unciéndolo a otras vidas”, dice el filósofo Martin Buber en su profunda obra *¿Qué es el hombre?*, al someter a juicio tanto al individualismo como al socialismo, defendiendo la tesis de que sólo entre personas auténticas puede darse una relación auténtica.

El ser fundamental de un pueblo no puede darse ni en el individualismo ingenuo, en el que hemos vivido los costarricenses, ni en el colectivismo doctrinario, al que se nos quiere lanzar. Ambos extremos son abstracciones, lo mismo en lo filosófico que en lo político: “El individuo es un hecho de la existencia en la medida en que entra en relaciones vivas con otros individuos; la colectividad es un hecho de existencia en la medida en que se edifica con unidades vivas de relación”. El pensador judío, como término a la lucha entre el *yo* y el *otro* y como base de una convivencia social libre y auténtica, propone la solución ontológica del *entre*, que ahora comienzan a estudiar la filosofía y la sociología contemporáneas.

Una evolución en el campo social, un nuevo rumbo en la marcha de nuestra comunidad hacia su destino, no pueden surgir de acciones, programas externos y exclusivamente políticos. La base sólida de toda empresa constructiva en ese sentido debe ser eminentemente cultural. Su técnica y sus fines tienen que derivar de una comprensión filosófica, vivencia y razón en procesos complementarios, del ser histórico de la nación.



Textos
Undécimo Año

CARTAS DE MAMÁ

JULIO CORTÁZAR, ARGENTINO

Muy bien hubiera podido llamarse libertad condicional. Cada vez que la portera le entregaba un sobre, a Luis le bastaba reconocer la minúscula cara familiar de José de San Martín para comprender que otra vez más habría de franquear el puente. San Martín, Rivadavia, pero esos nombres eran también imágenes de calles y de cosas, Rivadavia al seis mil quinientos, el caserón de Flores, mamá, el café de San Martín y Corrientes donde lo esperaban a veces los amigos, donde el mazagrán tenía un leve gusto a aceite de ricino. Con el sobre en la mano, después del *Merci bien, madame Durand*, salir a la calle no era ya lo mismo que el día anterior, que todos los días anteriores. Cada carta de mamá (aun antes de esto que acababa de ocurrir, este absurdo error ridículo) cambiaba de golpe la vida de Luis, lo devolvía al pasado como un duro rebote de pelota. Aun antes de esto que acababa de leer —y que ahora releía en el autobús entre enfurecido y perplejo, sin acabar de convencerse—, las cartas de mamá eran siempre una alteración del tiempo, un pequeño escándalo inofensivo dentro del orden de cosas que Luis había querido y trazado y conseguido, calzándolo en su vida como había calzado a Laura en su vida y a París en su vida. Cada nueva carta insinuaba por un rato (porque después él las borraba en el acto mismo de contestarlas cariñosamente) que su libertad duramente conquistada, esa nueva vida recortada con feroces golpes de tijera en la madeja de lana que los demás habían llamado su vida, cesaba de justificarse, perdía pie, se borraba como el fondo de las calles mientras el autobús corría por la *rue de Richelieu*. No quedaba más que una parva libertad condicional, la irrisión de vivir a la manera de una palabra entre paréntesis, divorciada de la frase principal de la que sin embargo es casi siempre sostén y explicación. Y desazón, y una necesidad de contestar en seguida, como quien vuelve a cerrar una puerta.

Esa mañana había sido una de las tantas mañanas en que llegaba carta de mamá. Con Laura hablaban poco del pasado, casi nunca del caserón de Flores. No es que a Luis no le gustara acordarse de Buenos Aires. Más bien se trataba de evadir nombres (las personas, evadidas hacía ya tanto tiempo, pero los nombres, los verdaderos fantasmas que son los nombres, esa duración pertinaz). Un día se había animado a decirle a Laura: «Si se pudiera romper y tirar el pasado como el borrador de una carta o de un libro. Pero ahí queda siempre, manchando la copia en limpio, y yo creo que eso es el verdadero futuro». En realidad, por qué no habían de hablar de Buenos Aires donde vivía la familia, donde los amigos de cuando en cuando adornaban una postal con frases cariñosas. Y el rotograbado de *La Nación* con los sonetos de tantas señoras entusiastas, esa sensación de ya leído, de para qué. Y de cuando en cuando alguna crisis de gabinete, algún coronel enojado, algún boxeador magnífico. ¿Por qué no habían de hablar de Buenos Aires con Laura? Pero tampoco ella volvía al tiempo de antes, solo al azar de algún diálogo, y sobre todo cuando llegaban cartas de mamá, dejaba caer un nombre o una imagen como moneda fuera de circulación, objetos de un mundo caduco en la lejana orilla del río.

—*Eh oui, fait lourd*—dijo el obrero sentado frente a él.

«Si supiera lo que es el calor —pensó Luis—. Si pudiera andar una tarde de febrero por la avenida de Mayo, por alguna callecita de *Liniers*.»

Sacó otra vez la carta del sobre, sin ilusiones: el párrafo estaba ahí, bien claro. Era perfectamente absurdo pero estaba ahí. Su primera reacción, después de la sorpresa, el golpe en plena nuca, era como siempre de defensa. Laura no debía leer la carta de mamá. Por más ridículo que fuese el error, la confusión de nombres (mamá habría querido escribir «Víctor» y había puesto «Nico»), de todos modos Laura se afligiría, sería estúpido. De cuando en cuando se pierden cartas; ojalá ésta se hubiera ido al fondo del mar. Ahora tendría que tirarla al wáter de la oficina, y por supuesto unos días después Laura se extrañaría: «Qué raro, no ha llegado carta de tu madre». Nunca decía tu mamá, tal vez porque había perdido a la suya siendo niña. Entonces él contestaría: «De veras, es raro. Le voy a mandar unas líneas hoy mismo», y las mandaría, asombrándose del silencio de mamá. La vida seguiría igual, la oficina, el cine por las noches, Laura siempre tranquila, bondadosa, atenta a sus deseos. Al bajar del autobús en la *rue de Rennes* se preguntó bruscamente (no era una pregunta, pero cómo decirlo de otro modo) por qué no quería mostrarle a Laura la carta de mamá. No por ella, por lo que ella pudiera sentir. No le importaba gran cosa lo que ella pudiera sentir, mientras lo disimulara. (¿No le importaba gran cosa lo que ella pudiera sentir, mientras lo disimulara?) No, no le importaba gran cosa. (¿No le importaba?) Pero la primera verdad, suponiendo que hubiera otra detrás, la verdad más inmediata por decirlo así, era que le importaba la cara que pondría Laura, la actitud de Laura. Y le importaba por él, naturalmente, por el efecto que le haría la forma en que a Laura iba a importarle la carta de mamá. Sus ojos caerían en un momento dado sobre el nombre de Nico, y él sabía que el mentón de Laura empezaría a temblar ligeramente, y después Laura diría: «Pero qué raro... ¿qué le habrá pasado a tu madre?». Y él habría sabido todo el tiempo que Laura se contenía para no gritar, para no esconder entre las manos su rostro desfigurado ya por el llanto, por el dibujo del nombre de Nico temblándole en la boca.

En la agencia de publicidad donde trabajaba como diseñador, releó la carta, una de las tantas cartas de mamá, sin nada de extraordinario fuera del párrafo donde se había equivocado de nombre. Pensó si no podría borrar la palabra, reemplazar Nico por Víctor, sencillamente reemplazar el error por la verdad, y volver con la carta a casa para que Laura la leyera. Las cartas de mamá interesaban siempre a Laura, aunque de una manera indefinible no le estuvieran destinadas. Mamá le escribía a él; agregaba al final, a veces a mitad de la carta, saludos muy cariñosos para Laura. No importaba, la leía con el mismo interés, vacilando ante alguna palabra ya retorcida por el reuma y la miopía. «Tomo Saridon, y el doctor me ha dado un poco de salicilato...» Las cartas se pasaban dos o tres días sobre la mesa de dibujo; Luis hubiera querido tirarlas apenas las contestaba, pero Laura las releía, a las mujeres les gusta releer las cartas, mirarlas de un lado y de otro, parecen extraer un segundo sentido cada vez que vuelven a sacarlas y a mirarlas. Las cartas de mamá eran breves, con noticias domésticas, una que otra referencia al orden nacional (pero esas cosas ya se sabían por los telegramas de *Le Monde*, llegaban siempre tarde por su mano). Hasta podía pensarse que las cartas eran siempre la misma, escueta y mediocre, sin nada interesante. Lo mejor de mamá era que nunca se había abandonado a la tristeza que debía causarle la ausencia de su hijo y de su nuera, ni siquiera el dolor —tan a gritos, tan a lágrimas al principio— por la muerte de Nico. Nunca, en los dos años que llevaban ya en París, mamá había mencionado a Nico en sus cartas. Era como Laura, que tampoco lo nombraba. Ninguna de las dos lo nombraba, y hacía más de dos años que Nico había muerto. La repentina mención de su nombre a mitad de la carta era casi un escándalo. Ya el solo hecho de que el nombre de Nico apareciera de golpe en una frase, con la N larga y temblorosa, la o con una cola torcida; pero era peor, porque el nombre se situaba en una frase incomprensible y absurda, en algo que no podía ser otra cosa que

un anuncio de senilidad. De golpe mamá perdía la noción del tiempo, se imaginaba que... El párrafo venía después de un breve acuse de recibo de una carta de Laura. Un punto apenas marcado con la débil tinta azul comprada en el almacén del barrio, y a quemarropa: «Esta mañana Nico preguntó por ustedes». El resto seguía como siempre: la salud, la prima Matilde se había caído y tenía una clavícula sacada, los perros estaban bien. Pero Nico había preguntado por ellos.

En realidad hubiera sido fácil cambiar Nico por Víctor, que era el que sin duda había preguntado por ellos. El primo Víctor, tan atento siempre. Víctor tenía dos letras más que Nico, pero con una goma y habilidad se podían cambiar los nombres. Esta mañana Víctor preguntó por ustedes. Tan natural que Víctor pasara a visitar a mamá y le preguntara por los ausentes.

Cuando volvió a almorzar, traía intacta la carta en el bolsillo. Seguía dispuesto a no decirle nada a Laura, que lo esperaba con su sonrisa amistosa, el rostro que parecía haberse desdibujado un poco desde los tiempos de Buenos Aires, como si el aire gris de París le quitara el color y el relieve. Llevaban más de dos años en París, habían salido de Buenos Aires apenas dos meses después de la muerte de Nico, pero en realidad Luis se había considerado como ausente desde el día mismo de su casamiento con Laura. Una tarde, después de hablar con Nico que estaba ya enfermo, se había jurado escapar de la Argentina, del caserón de Flores, de mamá y los perros y su hermano (que ya estaba enfermo). En aquellos meses todo había girado en torno a él como las figuras de una danza: Nico, Laura, mamá, los perros, el jardín. Su juramento había sido el gesto brutal del que hace trizas una botella en la pista, interrumpe el baile con un chicotear de vidrios rotos. Todo había sido brutal en esos días: su casamiento, la partida sin remilgos ni consideraciones para con mamá, el olvido de todos los deberes sociales, de los amigos entre sorprendidos y desencantados. No le había importado nada, ni siquiera el asomo de protesta de Laura. Mamá se quedaba sola en el caserón, con los perros y los frascos de remedios, con la ropa de Nico colgada todavía en un ropero. Que se quedara, que todos se fueran al demonio. Mamá había parecido comprender, ya no lloraba a Nico y andaba como antes por la casa, con la fría y resuelta recuperación de los viejos frente a la muerte.

Pero Luis no quería acordarse de lo que había sido la tarde de la despedida, las valijas, el taxi en la puerta, la casa ahí con toda la infancia, el jardín donde Nico y él habían jugado a la guerra, los dos perros indiferentes y estúpidos. Ahora era casi capaz de olvidarse de todo eso. Iba a la agencia, dibujaba afiches, volvía a comer, bebía la taza de café que Laura le alcanzaba sonriendo. Iban mucho al cine, mucho a los bosques, conocían cada vez mejor París. Habían tenido suerte, la vida era sorprendentemente fácil, el trabajo pasable, el departamento bonito, las películas excelentes. Entonces llegaba carta de mamá.

No las detestaba; si le hubieran faltado habría sentido caer sobre él la libertad como un peso insoportable. Las cartas de mamá le traían un tácito perdón (pero de nada había que perdonarlo), tendían el puente por donde era posible seguir pasando. Cada una lo tranquilizaba o lo inquietaba sobre la salud de mamá, le recordaba la economía familiar, la permanencia de un orden. Y a la vez odiaba ese orden y lo odiaba por Laura, porque Laura estaba en París, pero cada carta de mamá la definía como ajena, como cómplice de ese orden que él había repudiado una noche en el jardín después de oír una vez más la tos apagada, casi humilde de Nico.

No, no le mostraría la carta. Era innoble sustituir un nombre por otro, era intolerable que Laura leyera la frase de mamá. Su grotesco error, su tonta torpeza de un instante —la veía luchando con una pluma vieja, con el papel que se ladeaba, con su vista insuficiente—, crecería en Laura como una semilla fácil. Mejor tirar la carta (la tiró esa tarde misma) y por la noche ir al cine con Laura, olvidarse lo antes posible de que Víctor había preguntado por ellos. Aunque fuera Víctor, el primo tan bien educado, olvidarse de que Víctor había preguntado por ellos.

Diabólico, agazapado, relamiéndose, Tom esperaba que Jerry cayera en la trampa, Jerry no cayó, y llovieron sobre Tom catástrofes incontables. Después Luis compró helados, los comieron mientras miraban distraídamente los anuncios en colores. Cuando empezó la película, Laura se hundió un poco más en su butaca y retiró la mano del brazo de Luis. Él la sentía otra vez lejos, quién sabe si lo que miraban juntos era ya la misma cosa para los dos, aunque más tarde comentaran la película en la calle o en la cama. Se preguntó (no era una pregunta, pero cómo decirlo de otro modo) si Nico y Laura habían estado así de distantes en los cines, cuando Nico la festejaba y salían juntos. Probablemente habían conocido todos los cines de Flores, toda la rambla estúpida de la calle Lavalle, el león, el atleta que golpea el gongo, los subtítulos en castellano por Carmen de Pinillos, los personajes de esta película son ficticios, y toda relación... Entonces, cuando Jerry había escapado de Tom y empezaba la hora de Barbara Stanwyck o de Tyrone Power, la mano de Nico se acostaría despacio sobre el muslo de Laura (el pobre Nico, tan tímido, tan novio), y los dos se sentirían culpables de quién sabe qué. Bien le constaba a Luis que no habían sido culpables de nada definitivo; aunque no hubiera tenido la más deliciosa de las pruebas, el veloz desapego de Laura por Nico hubiera bastado para ver en ese noviazgo un mero simulacro urdido por el barrio, la vecindad, los círculos culturales y recreativos que son la sal de Flores. Había bastado el capricho de ir una noche a la misma sala de baile que frecuentaba Nico, el azar de una presentación fraternal. Tal vez por eso, por la facilidad del comienzo, todo el resto había sido inesperadamente duro y amargo. Pero no quería acordarse ahora, la comedia había terminado con la blanda derrota de Nico, su melancólico refugio en una muerte de tísico. Lo raro era que Laura no lo nombrara nunca, y que por eso tampoco él lo nombrara, que Nico no fuera ni siquiera el difunto, ni siquiera el cuñado muerto, el hijo de mamá. Al principio le había traído un alivio después del turbio intercambio de reproches, del llanto y los gritos de mamá, de la estúpida intervención del tío Emilio y del primo Víctor (Víctor preguntó esta mañana por ustedes), el casamiento apresurado y sin más ceremonia que un taxi llamado por teléfono y tres minutos delante de un funcionario con caspa en las solapas. Refugiados en un hotel de Adrogué, lejos de mamá y de toda la parentela desencadenada, Luis había agradecido a Laura que jamás hiciera referencia al pobre fantoche que tan vagamente había pasado de novio a cuñado. Pero ahora, con un mar de por medio, con la muerte y dos años de por medio, Laura seguía sin nombrarlo, y él se plegaba a su silencio por cobardía, sabiendo que en el fondo ese silencio lo agravaba por lo que tenía de reproche, de arrepentimiento, de algo que empezaba a parecerse a la traición. Más de una vez había mencionado expresamente a Nico, pero comprendía que eso no contaba, que la respuesta de Laura tendía solamente a desviar la conversación. Un lento territorio prohibido se había ido formando poco a poco en su lenguaje, aislándolos de Nico, envolviendo su nombre y su recuerdo en un algodón manchado y pegajoso. Y del otro lado mamá hacía lo mismo, confabulada inexplicablemente en el silencio. Cada carta hablaba de los perros, de Matilde, de Víctor, del salicilato, de la paga de la pensión. Luis había esperado que alguna vez mamá aludiera a su hijo para aliarse con ella frente a Laura, obligar cariñosamente a Laura a que aceptara la existencia póstuma de Nico. No porque

fuera necesario, a quién le importaba nada de Nico vivo o muerto, pero la tolerancia de su recuerdo en el panteón del pasado hubiera sido la oscura, irrefutable prueba de que Laura lo había olvidado verdaderamente y para siempre. Llamado a la plena luz de su nombre el íncubo se hubiera desvanecido, tan débil e inane como cuando pisaba la tierra. Pero Laura seguía callando el nombre de Nico, y cada vez que lo callaba, en el momento preciso en que hubiera sido natural que lo dijera y exactamente lo callaba, Luis sentía otra vez la presencia de Nico en el jardín de Flores, escuchaba su tos discreta preparando el más perfecto regalo de bodas imaginable, su muerte en plena luna de miel de la que había sido su novia, del que había sido su hermano.

Una semana más tarde Laura se sorprendió de que no hubiera llegado carta de mamá. Barajaron las hipótesis usuales, y Luis escribió esa misma tarde. La respuesta no lo inquietaba demasiado, pero hubiera querido (lo sentía al bajar la escalera por las mañanas) que la portera le diese a él la carta en vez de subirla al tercer piso. Una quincena más tarde reconoció el sobre familiar, el rostro del almirante Brown y una vista de las cataratas del Iguazú. Guardó el sobre antes de salir a la calle y contestar al saludo de Laura asomada a la ventana. Le pareció ridículo tener que doblar la esquina antes de abrir la carta. El Bobby se había escapado a la calle y unos días después había empezado a rascarse, contagio de algún perro sarnoso. Mamá iba a consultar a un veterinario amigo del tío Emilio, porque no era cosa de que el Bobby le pegara la peste al Negro. El tío Emilio era de parecer que los bañara con acaroína, pero ella ya no estaba para esos trotes y sería mejor que el veterinario recetara algún polvo insecticida o algo para mezclar con la comida. La señora de al lado tenía un gato sarnoso, vaya a saber si los gatos no eran capaces de contagiar a los perros, aunque fuera a través del alambrado. Pero qué les iba a interesar a ellos esas charlas de vieja, aunque Luis siempre había sido muy cariñoso con los perros y de chico hasta dormía con uno a los pies de la cama, al revés de Nico que no le gustaban mucho. La señora de al lado aconsejaba espolvorearlos con dedeté por si no era sarna, los perros pescan toda clase de pestes cuando andan por la calle; en la esquina de Bacacay paraba un circo con animales raros, a lo mejor había microbios en el aire, esas cosas. Mamá no ganaba para sustos, entre el chico de la modista que se había quemado el brazo con leche hirviendo y el Bobby sarnoso.

Después había como una estrellita azul (la pluma cucharita que se enganchaba en el papel, la exclamación de fastidio de mamá) y entonces unas reflexiones melancólicas sobre lo sola que se quedaría si también Nico se iba a Europa como parecía, pero ese era el destino de los viejos, los hijos son golondrinas que se van un día, hay que tener resignación mientras el cuerpo vaya tirando. La señora de al lado...

Alguien empujó a Luis, le soltó una rápida declaración de derechos y obligaciones con acento marsellés. Vagamente comprendió que estaba estorbando el paso de la gente que entraba por el angosto corredor del metro. El resto del día fue igualmente vago, telefoneó a Laura para decirle que no iría a almorzar, pasó dos horas en un banco de plaza releyendo la carta de mamá, preguntándose qué debería hacer frente a la insania. Hablar con Laura, antes de nada. Por qué (no era una pregunta, pero cómo decirlo de otro modo) seguir ocultándole a Laura lo que pasaba. Ya no podía fingir que esta carta se había perdido como la otra, ya no podía creer a medias que mamá se había equivocado y escrito Nico por Víctor, y que era tan penoso que se estuviera poniendo chocha. Resueltamente esas cartas eran Laura, eran lo que iba a ocurrir con Laura. Ni siquiera eso: lo que ya había ocurrido desde el día de su casamiento, la luna de miel en Adrogué, las noches en que se habían querido

desesperadamente en el barco que los traía a Francia. Todo era Laura, todo iba a ser Laura ahora que Nico quería venir a Europa en el delirio de mamá. Cómplices como nunca, mamá le estaba hablando a Laura de Nico, le estaba anunciando que Nico iba a venir a Europa, y lo decía así, Europa a secas, sabiendo tan bien que Laura comprendería que Nico iba a desembarcar en Francia, en París, en una casa donde se fingía exquisitamente haberlo olvidado, pobrecito.

Hizo dos cosas: escribió al tío Emilio señalándole los síntomas que lo inquietaban y pidiéndole que visitara inmediatamente a mamá para cerciorarse y tomar las medidas del caso. Bebió un coñac tras otro y anduvo a pie hacia su casa para pensar en el camino lo que debía decirle a Laura, porque al fin y al cabo tenía que hablar con Laura y ponerla al corriente. De calle en calle sintió cómo le costaba situarse en el presente, en lo que tendría que suceder media hora más tarde. La carta de mamá lo metía, lo ahogaba en la realidad de esos dos años de vida en París, la mentira de una paz traficada, de una felicidad de puertas para afuera sostenida por diversiones y espectáculos, de un pacto involuntario de silencio en que los dos se desunían poco a poco como en todos los pactos negativos. Sí, mamá, sí, pobre Bobby sarnoso, mamá. Pobre Bobby, pobre Luis, cuánta sarna, mamá. Un baile del club de Flores, mamá, fui porque él insistía, me imaginé que quería darse corte con su conquista. Pobre Nico, mamá, con esa tos seca en que nadie creía todavía, con ese traje cruzado a rayas, esa peinada a la brillantina, esas corbatas de rayón tan cajetillas. Uno charla un rato, simpatiza, cómo no va a bailar esa pieza con la novia del hermano, oh, novia es mucho decir, Luis, supongo que puedo llamarlo Luis, verdad. Pero sí, me extraña que Nico no la haya llevado a casa todavía, usted le va a caer tan bien a mamá. Este Nico es más torpe, a que ni siquiera habló con su papá. Tímido, sí, siempre fue igual. Como yo. ¿De qué se ríe, no me cree? Pero si yo no soy lo que parezco... ¿Verdad que hace calor? De veras, usted tiene que venir a casa, mamá va a estar encantada. Vivimos los tres solos, con los perros. Che Nico, pero es una vergüenza, te tenías esto escondido, malandra. Entre nosotros somos así, Laura, nos decimos cada cosa. Con tu permiso, yo bailaré este tango con la señorita.

Tan poca cosa, tan fácil, tan verdaderamente brillantina y corbata rayón. Ella había roto con Nico por error, por ceguera, porque el hermano rana había sido capaz de ganar de arrebató y darle vuelta la cabeza. Nico no juega al tenis, qué va a jugar, usted no lo saca del ajedrez y la filatelia, hágame el favor. Callado, tan poca cosa el pobrecito, Nico se había ido quedando atrás, perdido en un rincón del patio, consolándose con el jarabe pectoral y el mate amargo. Cuando cayó en cama y le ordenaron reposo coincidió justamente con un baile en Gimnasia y Esgrima de Villa del Parque. Uno no se va a perder esas cosas, máxime cuando va a tocar Edgardo Donato y la cosa promete. A mamá le parecía tan bien que él sacara a pasear a Laura, le había caído como una hija apenas la llevaron una tarde a la casa. Vos fijate, mamá, el pibe está débil y capaz que le hace impresión si uno le cuenta. Los enfermos como él se imaginan cada cosa, de fijo que va a creer que estoy afilando con Laura. Mejor que no sepa que vamos a Gimnasia. Pero yo no le dije eso a mamá, nadie de casa se enteró nunca que andábamos juntos. Hasta que se mejorara el enfermito, claro. Y así el tiempo, los bailes, dos o tres bailes, las radiografías de Nico, después el auto del petiso Ramos, la noche de la farra en casa de la Beba, las copas; el paseo en auto hasta el puente del arroyo, una luna, esa luna como una ventana de hotel allá arriba, y Laura en el auto negándose, un poco bebida, las manos hábiles, los besos, los gritos ahogados, la manta de vicuña, la vuelta en silencio, la sonrisa de perdón.

La sonrisa era casi la misma cuando Laura le abrió la puerta. Había carne al horno, ensalada, un flan. A las diez vinieron unos vecinos que eran sus compañeros de canasta. Muy tarde, mientras se preparaban para acostarse, Luis sacó la carta y la puso sobre la mesa de luz.

—No te hablé antes porque no quería afligirte. Me parece que mamá...

Acostado, dándole la espalda, esperó. Laura guardó la carta en el sobre, apagó el velador. La sintió contra él, no exactamente contra pero la oía respirar cerca de su oreja.

— ¿Vos te das cuenta? — dijo Luis, cuidando su voz.

—Sí. ¿No crees que se habrá equivocado de nombre? Tenía que ser. Peón cuatro rey, peón cuatro rey. Perfecto. — A lo mejor quiso poner Víctor —dijo, clavándose lentamente las uñas en la palma de la mano.

—Ah, claro. Podría ser —dijo Laura. Caballo rey tres alfil.

Empezaron a fingir que dormían.

A Laura le había parecido bien que el tío Emilio fuera el único en enterarse, y los días pasaron sin que volvieran a hablar de eso. Cada vez que volvía a casa, Luis esperaba una frase o un gesto insólito en Laura, un claro en esa guardia perfecta de calma y de silencio. Iban al cine como siempre, hacían el amor como siempre. Para Luis ya no había en Laura otro misterio que el de su resignada adhesión a esa vida en la que nada había llegado a ser lo que pudieron esperar dos años atrás. Ahora la conocía bien, a la hora de las confrontaciones definitivas tenía que admitir que Laura era como había sido Nico, de las que se quedan atrás y sólo obran por inercia, aunque empleara a veces una voluntad casi terrible en no hacer nada, en no vivir de veras para nada. Se hubiera entendido mucho mejor con Nico que con él, y los dos lo venían sabiendo desde el día de su casamiento, desde las primeras tomas de posición que siguen a la blanda aquiescencia de la luna de miel y el deseo. Ahora Laura volvía a tener la pesadilla. Soñaba mucho, pero la pesadilla era distinta, Luis la reconocía entre muchos otros movimientos de su cuerpo, palabras confusas o breves gritos de animal que se ahoga. Había empezado a bordo, cuando todavía hablaban de Nico porque Nico acababa de morir y ellos se habían embarcado unas pocas semanas después. Una noche, después de acordarse de Nico y cuando ya se insinuaba el tácito silencio que se instalaría luego entre ellos, Laura había tenido la pesadilla. Se repetía de tiempo en tiempo y era siempre lo mismo, Laura lo despertaba con un gemido ronco, una sacudida convulsiva de las piernas, y de golpe un grito que era una negativa total, un rechazo con las dos manos y todo el cuerpo y toda la voz de algo horrible que le caía desde el sueño como un enorme pedazo de materia pegajosa. Él la sacudía, la calmaba, le traía agua que bebía sollozando, acosada aún a medias por el otro lado de su vida. Decía no recordar nada, era algo horrible pero no se podía explicar, y acababa por dormirse llevándose su secreto, porque Luis sabía que ella sabía, que acababa de enfrentarse con aquel que entraba en su sueño, vaya a saber bajo qué horrenda máscara, y cuyas rodillas abrazaría Laura en un vértigo de espanto, quizá de amor inútil. Era siempre lo mismo, le alcanzaba un vaso de agua, esperando en silencio a que ella volviera a apoyar la cabeza en la almohada. Quizá un día el espanto fuera más fuerte que el orgullo, si eso era orgullo. Quizá entonces él podría luchar desde su lado. Quizá no todo estaba perdido,

quizá la nueva vida llegara a ser realmente otra cosa que ese simulacro de sonrisas y de cine francés.

Frente a la mesa de dibujo, rodeado de gentes ajenas, Luis recobraba el sentido de la simetría y el método que le gustaba aplicar a la vida. Puesto que Laura no tocaba el tema, esperando con aparente indiferencia la contestación del tío Emilio, a él le correspondía entenderse con mamá. Contestó su carta limitándose a las menudas noticias de las últimas semanas, y dejó para la postdata una frase rectificatoria: «De modo que Víctor habla de venir a Europa. A todo el mundo le da por viajar, debe ser la propaganda de las agencias de turismo. Decile que escriba, le podemos mandar todos los datos que necesite. Decile también que desde ahora cuenta con nuestra casa».

El tío Emilio contestó casi a vuelta de correo, secamente como correspondía a un pariente tan cercano y tan resentido por lo que en el velorio de Nico había calificado de incalificable. Sin haberse disgustado de frente con Luis, había demostrado sus sentimientos con la sutileza habitual en casos parecidos, absteniéndose de ir a despedirlo al barco, olvidando dos años seguidos la fecha de su cumpleaños. Ahora se limitaba a cumplir con su deber de hermano político de mamá, y enviaba escuetamente los resultados. Mamá estaba muy bien pero casi no hablaba, cosa comprensible teniendo en cuenta los muchos disgustos de los últimos tiempos. Se notaba que estaba muy sola en la casa de Flores, lo cual era lógico puesto que ninguna madre que ha vivido toda la vida con sus dos hijos puede sentirse a gusto en una enorme casa llena de recuerdos. En cuanto a las frases en cuestión, el tío Emilio había procedido con el tacto que se requería en vista de lo delicado del asunto, pero lamentaba decirles que no había sacado gran cosa en limpio, porque mamá no estaba en vena de conversación y hasta lo había recibido en la sala, cosa que nunca hacía con su hermano político. A una insinuación de orden terapéutico, había contestado que aparte del reumatismo se sentía perfectamente bien, aunque en esos días la fatigaba tener que planchar tantas camisas. El tío Emilio se había interesado por saber de qué camisas se trataba, pero ella se había limitado a una inclinación de cabeza y un ofrecimiento de jerez y galletitas Bagley.

Mamá no les dio demasiado tiempo para discutir la carta del tío Emilio y su ineficacia manifiesta. Cuatro días después llegó un sobre certificado, aunque mamá sabía de sobra que no hay necesidad de certificar las cartas aéreas a París. Laura telefoneó a Luis y le pidió que volviera lo antes posible. Media hora más tarde la encontró respirando pesadamente, perdida en la contemplación de unas flores amarillas sobre la mesa. La carta estaba en la repisa de la chimenea, y Luis volvió a dejarla ahí después de la lectura. Fue a sentarse junto a Laura, esperó. Ella se encogió de hombros.

—Se ha vuelto loca —dijo.

Luis encendió un cigarrillo. El humo le hizo llorar los ojos. Comprendió que la partida continuaba, que a él le tocaba mover. Pero esa partida la estaban jugando tres jugadores, quizá cuatro. Ahora tenía la seguridad de que también mamá estaba al borde del tablero. Poco a poco resbaló en el sillón, y dejó que su cara se pusiera la inútil máscara de las manos juntas. Oía llorar a Laura, abajo corrían a gritos los chicos de la portera.

La noche trae consejo, etcétera. Les trajo un sueño pesado y sordo, después que los cuerpos se encontraron en una monótona batalla que en el fondo no habían deseado.

Una vez más se cerraba el tácito acuerdo: por la mañana hablarían del tiempo, del crimen de *Saint-Cloud*, de James Dean. La carta seguía sobre la repisa y mientras bebían té no pudieron dejar de verla, pero Luis sabía que al volver del trabajo ya no la encontraría. Laura borraba las huellas con su fría, eficaz diligencia. Un día, otro día, otro día más. Una noche se rieron mucho con los cuentos de los vecinos, con una audición de Fernandel. Se habló de ir a ver una pieza de teatro, de pasar un fin de semana en *Fontainebleau*.

Sobre la mesa de dibujo se acumulaban los datos innecesarios, todo coincidía con la carta de mamá. El barco llegaba efectivamente al Havre el viernes 17 por la mañana, y el tren especial entraba en *Saint-Lazare* a las 11:45. El jueves vieron la pieza de teatro y se divirtieron mucho. Dos noches antes Laura había tenido otra pesadilla, pero él no se molestó en traerle agua y la dejó que se tranquilizara sola, dándole la espalda. Después Laura durmió en paz, de día andaba ocupada cortando y cosiendo un vestido de verano. Hablaron de comprar una máquina de coser eléctrica cuando terminaran de pagar la heladera. Luis encontró la carta de mamá en el cajón de la mesa de luz y la llevó a la oficina. Telefonó a la compañía naviera, aunque estaba seguro de que mamá daba las fechas exactas. Era su única seguridad, porque todo el resto no se podía siquiera pensar. Y ese imbécil del tío Emilio. Lo mejor sería escribir a Matilde, por más que estuviesen distanciados Matilde comprendería la urgencia de intervenir, de proteger a mamá. ¿Pero realmente (no era una pregunta, pero cómo decirlo de otro modo) había que proteger a mamá, precisamente a mamá? Por un momento pensó en pedir larga distancia y hablar con ella. Se acordó del jerez y las galletitas Bagley, se encogió de hombros. Tampoco había tiempo de escribir a Matilde, aunque en realidad había tiempo pero quizá fuese preferible esperar al viernes diecisiete antes de... El coñac ya no lo ayudaba ni siquiera a no pensar, o por lo menos a pensar sin tener miedo. Cada vez recordaba con más claridad la cara de mamá en las últimas semanas de Buenos Aires, después del entierro de Nico. Lo que él había entendido como dolor, se le mostraba ahora como otra cosa, algo en donde había una rencorosa desconfianza, una expresión de animal que siente que van a abandonarlo en un terreno baldío lejos de la casa, para deshacerse de él. Ahora empezaba a ver de veras la cara de mamá. Recién ahora la veía de veras en aquellos días en que toda la familia se había turnado para visitarla, darle el pésame por Nico, acompañarla de tarde, y también Laura y él venían de Adrogué para acompañarla, para estar con mamá. Se quedaban apenas un rato porque después aparecía el tío Emilio, o Víctor, o Matilde, y todos eran una misma fría repulsa, la familia indignada por lo sucedido, por Adrogué, porque eran felices mientras Nico, pobrecito, mientras Nico. Jamás sospecharían hasta qué punto habían colaborado para embarcarlos en el primer buque a mano; como si se hubieran asociado para pagarles los pasajes, llevarlos cariñosamente a bordo con regalos y pañuelos.

Claro que su deber de hijo lo obligaba a escribir en seguida a Matilde. Todavía era capaz de pensar cosas así antes del cuarto coñac. Al quinto las pensaba de nuevo y se reía (cruzaba París a pie para estar más solo y despejarse la cabeza), se reía de su deber de hijo, como si los hijos tuvieran deberes, como si los deberes fueran los de cuarto grado, los sagrados deberes para la sagrada señorita del inmundo cuarto grado. Porque su deber de hijo no era escribir a Matilde. ¿Para qué fingir (no era una pregunta, pero cómo decirlo de otro modo) que mamá estaba loca? Lo único que se podía hacer era no hacer nada, dejar que pasaran los días, salvo el viernes. Cuando se despidió como siempre de Laura diciéndole que no vendría a almorzar porque tenía que ocuparse de unos afiches urgentes, estaba tan seguro del resto que hubiera podido agregar: «Si querés vamos juntos». Se refugió en el café de la estación, menos por disimulo que para tener la pobre ventaja de

ver sin ser visto. A las once y treinta y cinco descubrió a Laura por su falda azul, la siguió a distancia, la vio mirar el tablero, consultar a un empleado, comprar un boleto de plataforma, entrar en el andén donde ya se juntaba la gente con el aire de los que esperan. Detrás de una zorra cargada de cajones de fruta miraba a Laura que parecía dudar entre quedarse cerca de la salida del andén o internarse por él. La miraba sin sorpresa, como a un insecto cuyo comportamiento podía ser interesante. El tren llegó casi en seguida y Laura se mezcló con la gente que se acercaba a las ventanillas de los coches buscando cada uno lo suyo, entre gritos y manos que sobresalían como si dentro del tren se estuvieran ahogando. Bordeó la zorra y entró al andén entre más cajones de fruta y manchas de grasa. Desde donde estaba vería salir a los pasajeros, vería pasar otra vez a Laura, su rostro lleno de alivio porque el rostro de Laura, ¿no estaría lleno de alivio? (No era una pregunta, pero cómo decirlo de otro modo.) Y después, dándose el lujo de ser el último una vez que pasaran los últimos viajeros y los últimos changadores, entonces saldría a su vez, bajaría a la plaza llena de sol para ir a beber coñac al café de la esquina. Y esa misma tarde escribiría a mamá sin la menor referencia al ridículo episodio (pero no era ridículo) y después tendría valor y hablaría con Laura (pero no tendría valor y no hablaría con Laura). De todas maneras coñac, eso sin la menor duda, y que todo se fuera al demonio. Verlos pasar así en racimos, abrazándose con gritos y lágrimas, las parentelas desatadas, un erotismo barato como un carroussel de feria barriendo el andén, entre valijas y paquetes y por fin, por fin, cuánto tiempo sin vernos, qué quemada estás, Ivette, pero sí, hubo un sol estupendo, hija. Puesto a buscar semejanzas, por gusto de aliarse a la imbecilidad, dos de los hombres que pasaban cerca debían ser argentinos por el corte de pelo, los sacos, el aire de suficiencia disimulando el azoramiento de entrar en París. Uno sobre todo se parecía a Nico, puesto a buscar semejanzas. El otro no, y en realidad este tampoco, apenas se le miraba el cuello mucho más grueso y la cintura más ancha. Pero puesto a buscar semejanzas por puro gusto, ese otro que ya había pasado y avanzaba hacia el portillo de salida, con una sola valija en la mano izquierda, Nico era zurdo como él, tenía esa espalda un poco cargada, ese corte de hombros. Y Laura debía haber pensado lo mismo porque venía detrás mirándolo, y en la cara una expresión que él conocía bien, la cara de Laura cuando despertaba de la pesadilla y se incorporaba en la cama mirando fijamente el aire, mirando, ahora lo sabía, a aquel que se alejaba dándole la espalda, consumada la innominable venganza que la hacía gritar y debatirse en sueños.

Puestos a buscar semejanzas, naturalmente el hombre era un desconocido, lo vieron de frente cuando puso la valija en el suelo para buscar el billete y entregarlo al del portillo. Laura salió la primera de la estación, la dejó que tomara distancia y se perdiera en la plataforma del autobús. Entró en el café de la esquina y se tiró en una banqueta. Más tarde no se acordó si había pedido algo de beber, si eso que le quemaba la boca era el regusto del coñac barato. Trabajó toda la tarde en los afiches, sin tomarse descanso. A ratos pensaba que tendría que escribirle a mamá, pero lo fue dejando pasar hasta la hora de salida. Cruzó París a pie, al llegar a casa encontró a la portera en el zaguán y charló un rato con ella. Hubiera querido quedarse hablando con la portera o los vecinos, pero todos iban entrando en los departamentos y se acercaba la hora de cenar. Subió despacio (en realidad siempre subía despacio para no fatigarse los pulmones y no toser) y al llegar al tercero se apoyó en la puerta antes de tocar el timbre, para descansar un momento en la actitud del que escucha lo que pasa en el interior de una casa. Después llamó con los dos toques cortos de siempre.

—Ah, sos vos —dijo Laura, ofreciéndole una mejilla fría—. Ya empezaba a preguntarme si habrías tenido que quedarte más tarde. La carne debe estar recocida.

No estaba recocida, pero en cambio no tenía gusto a nada. Si en ese momento hubiera sido capaz de preguntarle a Laura por qué había ido a la estación, tal vez el café hubiese recobrado el sabor, o el cigarrillo. Pero Laura no se había movido de casa en todo el día, lo dijo como si necesitara mentir o esperara que él hiciera un comentario burlón sobre la fecha, las manías lamentables de mamá. Revolviendo el café, de codos sobre el mantel, dejó pasar una vez más el momento. La mentira de Laura ya no importaba, una más entre tantos besos ajenos, tantos silencios donde todo era Nico, donde no había nada en ella o en él que no fuera Nico. ¿Por qué (no era una pregunta, pero cómo decirlo de otro modo) no poner un tercer cubierto en la mesa? ¿Por qué no irse, por qué no cerrar el puño y estrellarlo en esa cara triste y sufrida que el humo del cigarrillo deformaba, hacía ir y venir como entre dos aguas, parecía llenar poco a poco de odio como si fuera la cara misma de mamá? Quizá estaba en la otra habitación, o quizá esperaba apoyado en la puerta como había esperado él, o se había instalado ya donde siempre había sido el amo, en el territorio blanco y tibio de las sábanas al que tantas veces había acudido en los sueños de Laura. Allí esperaría, tendido de espaldas, fumando también él su cigarrillo, tosiendo un poco, riéndose con una cara de payaso como la cara de los últimos días, cuando no le quedaba ni una gota de sangre sana en las venas.

Pasó al otro cuarto, fue a la mesa de trabajo, encendió la lámpara. No necesitaba releer la carta de mamá para contestarla como debía. Empezó a escribir, querida mamá. Escribió: querida mamá. Tiró el papel, escribió: mamá. Sentía la casa como un puño que se fuera apretando. Todo era más estrecho, más sofocante. El departamento había sido suficiente para dos, estaba pensado exactamente para dos. Cuando levantó los ojos (acababa de escribir: mamá), Laura estaba en la puerta, mirándolo. Luis dejó la pluma.

—¿A vos no te parece que está mucho más flaco? —dijo.

Laura hizo un gesto. Un brillo paralelo le bajaba por las mejillas.

—Un poco —dijo—. Uno va cambiando...



GRETA

Emilia Macaya Trejos, costarricense

*“La boga del **estilo Garbo** alcanzó a todas las mujeres, convocando bajo un mismo afán a la vendedora de tienda como a la dama aristocrática”.*

(John Bainbridge. **Garbo.**)

Caminaba por la calle con paso largo y descuidado, sombrero de ala ancha, anteojos oscuros y un aire de desgano curvándole la espalda, como si soportara un peso que nadie había podido descifrar con exactitud.

Estaba convencida de ser la más reciente encarnación de Greta Garbo. Conforme se fortalecía en su mente tal idea, moldeaba con empeño las formas del cuerpo y las líneas del rostro, de manera que el parecido resultase indudable. Pasó verdaderas hambrunas hasta conseguir una silueta que, por etérea, parecía destinada a un perpetuo estado de levitación. Con lágrimas y estornudos sin cuento afinó el arco de las cejas. Luego, delineó artísticamente la boca, aplicando a los labios un crayón color rojo profundo. Finalmente, la labor decisiva: obtener el dejo enigmático de la más hermosa mirada hecha carne en este mundo. Para lograrlo, alargó con empeño las pestañas y maquilló los párpados con tal esplendor, que el solo peso del cosmético languideció los ojos de manera casi perfecta: ya no se sabía a ciencia cierta si había en ellos tristeza, nostalgia, hambre o aburrimiento. La primera vez que encontró a Rodolfo, percibió en su expresión asombrada la evidencia de la revelación. Indudablemente, también él se había percatado de la semejanza. Y como deseaba enfatizar el hechizo, recurrió a la escena final de Reina Cristina: con dominio absoluto sobre las formas alzó la ceja izquierda, limpió aun más el azul de los ojos y dejó vagar la mirada por el horizonte encendido de la tarde. La persistente luz reflejada en la única mitad de la cara visible en ese momento, regalaba a su aspecto un brillo incomparable. Aferrándose al rubio rojizo del solitario mechón escapado a la cárcel del sombrero, un rayo agonizante se empeñaba en vencer la sombra de aquellos ojos inmortales.

Rodolfo tenía que sucumbir sin remedio a su encanto.

Aumentaron las visitas, se multiplicaron los paseos y a partir de ese momento, hasta las horas de estudio fueron compartidas. Con tanta actividad, ella quedó aún más delgada. El cansancio le afirmó el óvalo perfecto de la cara y la presencia continua del John Gilbert de dieciocho años, terminó de enmarcar el ensueño. Sin embargo, algunos detalles comenzaron a inquietarla. En una oportunidad fue la alabanza de una peca. Rodolfo, que miraba sus mejillas con gran detenimiento, alzó de pronto la mano y quitó un poco del maquillaje que las cubría.

-Tienes unas pecas encantadoras; no debías ocultarlas.

¡Pecas! Recordó la inmaculada piel de Greta y sus propios esfuerzos cada mañana frente al espejo, al tratar de eliminar esas odiosas manchitas que sus padres le habían dejado por herencia. Era preciso evitar cualquier descuido, por lo que redobló las atenciones a su aspecto: cortó los rizos Ana Karenina con el propósito de adherirse al estilo Ninotchka y con

polvos oscuros marcó una sombra en medio de ambos ojos, a fin de acentuar la curvatura en el puente de la nariz. Greta volvía a ser perfecta.

No pasó, sin embargo, mucho tiempo, antes de que Rodolfo introdujera una nueva distorsión en el cuadro aparentemente concluido. Deslizaba ella el cepillo por los cabellos que habían encontrado, al fin, el exacto tono rojizo, cuando el muchacho, con voz tímida y algo cohibida, pronunció las frases fatales.

— ¿Por qué no te recoges el pelo? Así, como si te lo sujetaras con descuido...

¡Un verdadero disparate! Buscó todas las fotografías a su disposición y en cada una de ellas aparecían las sedosas hebras de reflejos indescriptibles, siempre en su justo lugar, como si el movimiento, las prisas y el aire jamás hubiesen existido. Greta despeinada. Resultaba más fácil imaginar morena a Jean Harlow.

En otra oportunidad, al contemplarla el muchacho con enamorados ojos que todo podían presagiarlo menos tormentas, repentinamente la llamó Catalina.

¡Catalina! La representación tan afanosamente construida, se venía de nuevo al suelo. Buscó en su propia memoria y no encontró vestigios de tal nombre. Nadie en la familia, nadie entre los amigos. Tal vez había surgido por alguna asociación con la Literatura. Sí, la fierecilla, Shakespeare... Pero nunca interpretó Greta ese papel. Además, muy poco en común podía tener con aquella otra mujer indómita y vulgar. ¿Y en la historia? Catalina de Aragón... Catalina de Médicis... Retratos junto a los nombres arrojaban rasgos extraños, algo rudos y muy desagradables. Rodolfo debía estar volviéndose loco.

Otro día habló de Cuba. Muy interesado en la pesca, preguntó si le gustaría hacer con él un largo viaje por mar. El Caribe y los peces. Aquello no tenía sentido. Como para llevar a la culminación el desconcierto, una noche de especial calidez sobrevino la tragedia.

Rodolfo había estado inmejorable. Ella, reproduciendo la escena de la muerte en La Dama de las Camelias, se había desvanecido en sus brazos. La cabeza de diosa vencida, hacia atrás, dejaba al descubierto la curva admirable del cuello: en arqueada plenitud de armonías, era el cuerpo una imagen perfecta del cisne agonizante. Creía recuperar la fuerza que alguna vez le había infundido Stiller; en la respiración amada vibraban las sinfonías de Stokowsky y un susurro devolvíale la suave voz de Gilbert, al llamarla por el nombre secreto.

—Sueca, mi muchacha sueca.

Pero no. No era sueca lo que oía, sino Kate. Rodolfo la estaba llamando Kate. Al suelo cayeron, en pedazos, diccionarios y libros. Aquello no era literario, ni escandinavo, mucho menos cinematográfico. Parecía más bien el apelativo cariñoso de alguna costurera modesta, en un insignificante guión jamás filmado.

A pesar de lo mucho que se esforzó por comprender y aunque multiplicó la espesura del maquillaje, la oscuridad de los anteojos y las dimensiones del sombrero, el misterio no fue aclarado sino cuando, invitada por el mismo Rodolfo, conoció el santuario a Katharine Hepburn que él tenía por departamento.

A MEDIDA QUE NOS VAMOS CONOCIENDO

Alí Viquez, costarricense

Generación espontánea. Inadmisible explicación en casi todos los casos, que hube de aceptar para el que ahora me ocupo de contarles. Magia, sería la otra posible, pero ¿cómo hablar de magia si lo único que ocurrió fue un mirarse a medias? Para decir “magia”, para llenarme la boca con tan grave palabra, tendría que contar con mucha más pirotecnia. Lo siento pero seré modesto: aquí las miradas sólo podrán sazonzarse con esa vaga felicidad que vino con ellas, y que se fue con ellas, sin saber cómo ni por qué.

Generación espontánea, dije, que comenzó para mí pasadas las cinco de la tarde de un día lunes lluvioso, laboral y tumultuoso. Circunstancias habituales: retorno fatigado al apartamento, microbús llena, ánimo como para cagarse en la humanidad entera. Me percaté de repente: conozco a uno. Sí, no cabe duda, entre la multitud de viajantes estorbosos y fugaces que me rodean y casi diré me asfixian, hay uno diferente porque yo lo conozco.

Me permito abrir un paréntesis. Disculpen esta impericia, esta torpeza al escribir. Me atropello, nada va en orden. No soy escritor, y esta maldita tensión me pone tan tenso. El paréntesis se titula:

ACERCA DEL VERBO CONOCER

En primer término, aclaro que tengo mal carácter y por eso no me agrada contar con demasiados conocidos. No soy el más apropiado para hablar del tema. Ahora bien, es imposible quitarse de encima a todo el mundo, y así he tenido que cargar con unos cuantos que no podría decir me son extraños, y ellos han tenido que aguantarme. Por temporadas, eso sí.

Pongamos de ejemplos a Gerardo Arguedas y a mi hermana Lilieth. A Gerardo me lo presentaron hará dos años y meses. Cuestión de negocios. ¿Qué sé yo de él? Ingeniero agrónomo. Veintisiete o veintiocho años. Estatura media. Ojos grises. Sonrisa apagada. Tipo incapaz de cometer excesos y por ello aburrido en extremo. Mediocre y clase media. Sentimental pasadas las tres copas, y con ganas entonces de no controlar sus emociones, pero siempre frustrado ya que jamás bebe seis completas. Le gustan el tango y la milonga, como la mamita. Otra cosa: una vez, al salir de su oficina, se nos atravesó un gato negro; él se devolvió los tres pisos y sin ascensor. Diz que se le había olvidado un papel. Conque sí: supersticioso en secreto; lo que diría la gente de esta “debilidad”. Ha vivido con sus padres hasta ahora, y la semana entrante se casa. Según sé, estas son las horas en que su madre no aprueba a la novia. Me extraña profundamente su actitud. Para explicarme el que se atreva a actuar sin el consentimiento materno, y también para reírme un poco a su costa, he dado en imaginar que Gerardo ha recibido poderosas señales de lo oculto que lo instan a contraer matrimonio.

Eso fue acerca de Gerardo, un conocido. Ahora paso a otro tipo de conocido. Todo lo que sé del tema Gerardo, como ven, lo he sabido a la distancia, sin grandes confianzas de por medio. Pero con mi hermana Lilieth es otra cosa. Aparentemente, ya que la vi crecer, debía conocerla "íntimamente". Es menor que yo siete años; tiene veintitrés. Ha sido siempre esmirriada y paliducha; de niña tuvo el cabello hermoso, y ahora, de acuerdo con las exigencias de la moda rockera, se lo echó a perder. Muy notables ciertos ataques de cólera que tuvo o padeció periódicamente como hasta los quince años. Le venían unas veces muy bien fundados en las cosas de siempre de la dragona (our mother), pero otras sin el menor motive, sólo como si tuviera que descargar la rabia de estar viva. Mala estudiante. Muy miope. Tímida, escribía sus intimidades en un grueso diario. Quizá no propiamente un diario, solo un cuaderno de apuntes. Confieso haber tenido ya más de veinte años cuando lo hallé por casualidad y lo leí de cabo a rabo. Ella nunca lo supo. Hubiera dado igual; Lilieth me odia como si estuviera al tanto también de esa canallada. Ella piensa que soy indiferente a todo (cierto), por lo tanto, inmune (falso). Cree que no he tenido jamás un problema. Bueno, pero no se trata de hablar de mí. En el diario encontré una cantidad respetable de narraciones, plagadas de detalles soeces, referentes a las maldades cometidas por nuestra madre. Ningún relato es veraz, puedo asegurarlo, aunque no le hubiera faltado a Lilieth material verdadero para retratar a esa mujer como una arpía. Pero, caramba, ¿por qué habría de ser mi hermana una realista? Esa escuela anda muy de capa caída, sobre todo en lo que a diarios íntimos se refiere. También leí unas cuantas escenas eróticas, narradas en tercera persona, y que sólo reflejaban un desconocimiento supremo del asunto sexual por parte de mi hermana. En los últimos años, se aficionó al estridente rock, como si una feroz adolescencia no le hubiera comenzado hasta los veinte. Fui yo quien le presentó a Gerardo, una vez que se vio en la obligación, por órdenes de nuestra madre, de pasar a mi oficina. Ya he dicho que me odia, pero a partir de entonces ha fingido quererme y tomó por costumbre hacerme una visita semanal, procurando coincidir con mi cita con Gerardo. La semana entrante se casarán, y Lilieth ya no tendrá que ocultar cuánto me detesta. ¿Serán los colores azul y naranja del pelo de mi hermana las señales que los espíritus dieron a Gerardo para que la tome por esposa?

Si mal no recuerdo, yo quería llegar a esto: tengo dos casos; uno de un tipo que he visto casi solo en citas de negocios, otro de una muchacha con la que crecí. Pues bien, ¿diferencias fundamentales en cuanto al conocimiento que tengo de ellos? Ninguna. Yo no sé quiénes son realmente. Con mi experiencia anterior, mis pobres reflexiones, mis escasas lecturas de novelas, materialismo histórico, existencialismo, psicoanálisis (oh, sí, yo soy un tipo culto), con todo eso tan superficial y seguramente tonto, yo me armo y le asigno a cada uno sus nombres respectivos. Gerardo: edípico pequeño burgués. Lilieth: (Me callo porque antes debo consultar con un especialista. Pobre chica). También sé algunos calificativos que me convendrían a mí. No importa cuánto me precie de conocer a alguien, aunque sea yo mismo, ni cuánto esfuerzo invierta en ello, jamás paso del límite de los nombres. En breve diré: ese conocimiento es pura obra literaria.

Fin del paréntesis.

Fue distinto aquel lunes del que les cuento. Debería ser simple de expresar, y sin embargo me hago un embrollo tremendo. Sucede que apenas puede decirse, y siempre se dice mal: experimenté un conocimiento sin palabras. Allí había un tipo sentado delante, y yo con costos le veía medio rostro y el cuello y ya no recuerdo cómo eran, y no importa porque no se trataba de eso, de su aspecto, ni de su nombre, su profesión, su familia o

sus problemas. Nada de eso. Sólo unas cuantas miradas y la sensación. La certeza. Él también me miraba de vez en cuando y supe que también sabía. Nos conocíamos, estábamos juntos y era una vaga pero innegable felicidad. El viaje se hizo tan grato. Al llegar cada cual fue por su lado sin decir palabra. Nada más.

No pensé mucho en el asunto; mi vida siguió tan aburrida e insípida por unos días más. Hasta que. Esta vez sucedió mientras hacía fila en un banco. La otra persona era una mujer. Fue nada más llegar y sentirla conmigo, aquí tan cerca toda ella, completa, sin que le faltara nada. La mujer me sonrió; no había duda de que el conocimiento era recíproco y por él teníamos una pequeña amistad, unos minutos lejos de cualquier soledad, cualquier angustia.

El siguiente encuentro ocurrió en el parque, con un viejo que a pesar de la lluvia se sentaba en una banca con su paraguas enorme y su capa llena de agujeros. Ahí pasamos un rato; yo me mojaba sentado en la acera. Fue entonces cuando me enteré. El viejito se levantó y al pasar junto a mí dejó caer una nota: "Sartre se equivocó". Supe a partir de entonces que éramos un grupo, sí, un grupo de verdaderos amigos, y había que salir a la calle a encontrarse cada vez que se podía. Sí, lo hacían todos los miembros, comenzando por ese viejito para quien la lluvia no era obstáculo; salir y caminar y esperar, horas y horas con paciencia y disimulo porque los otros (no miembros) no entenderían, y así hasta dar con otro miembro, el reconocimiento vendría de inmediato.

Entonces se tenía una suerte de alegría y todo el esfuerzo había valido la pena.

Difícil precisar cuántos integrantes llegamos a formar el grupo; más difícil aún establecer sexos o edad promedio. Por lo que a mí respecta, creo haber sido un miembro entusiasta; le dediqué al grupo un rato todas las tardes y los fines de semana íntegros. Lo ideal hubiera sido hacer mis rondas en días hábiles, porque entonces las multitudes son más espesas y hay más posibilidades de éxito. No obstante, dadas mis condiciones laborales, esto era imposible. Aún así, mis encuentros, opino, no fueron escasos. Bueno, debo admitir que descuidé algo el trabajo. El promedio que me he calculado es de 0.85 por semana, o sea, más de tres encuentros al mes. Nunca participé en uno de más de veinte minutos. Nunca crucé palabra, a excepción de aquel papel, con ninguno de los otros miembros. Imagino que el silencio era la regla que todos respetábamos. Quizá un resguardo de nuestra felicidad, o la manifestación de nuestro miedo. Pero no, no filosofemos.

En fin, fue bueno mientras duró. Algunos dirán que cometo un abuso al llamarle a eso "grupo", que imagino sin fundamento lo de que los demás también andaban recorriendo la ciudad para encontrarse. Los invito a que piensen un poco y si no son ni muy tontos ni muy incrédulos, se convencerán de que lo ocurrido tuvo que ser parte de un juego con reglas idénticas para todos y en el que todos sabíamos de los demás.

Degeneración espontánea. Hace meses que no participo en ningún encuentro, y la verdad ya no los espero. Me he resignado; pero cuando recién noté que cesó he de admitir que me dolió profundamente. No tengo que negar que era muy aficionado a los encuentros y me gustaban los compañeros. De pronto, veintidós días y nada. Un mes. Cuatro. Quise hacer algo. No podía ser que todo se acabara así como así. ¿Desaparecería el grupo? Recuerdo una tarde en que, tras recorrer el centro por horas, desesperado, acudí a la guía telefónica, qué tontería. Incluso comencé a leer algunos nombres, y entonces...

idiota. ¿Acaso sabía cómo se llamaba uno solo, uno cualquiera? Pero, ¿a quién demonios buscaba? No recuerdo ninguna cara, ningún nombre y menos una dirección. Salgo a la calle y me paseo mirando cada rostro, y me digo que tal vez sí, que tal vez ese, como yo, es un exmiembro. Un par de veces he notado que alguien me devuelve una mirada penetrante y he estado seguro, el corazón agitado, de que sí, éste sí es, y éste está pensando lo mismo que yo. Inútil decir que no me he atrevido a hablar ni he hecho nada, como los demás. Es irónico, cualquiera de todos los desconocidos puede ser uno del grupo, pero también podría haber un exmiembro en cualquiera de los conocidos. ¿Quién me dice a mí si Gerardo no fue, o incluso Lilieth? ¿Acaso yo voy a preguntarles? No, claro que no, nunca haría semejante cosa, yo decir eso jamás, yo sólo felicidades, Lilieth, felicidades, Gerardo, me alegro mucho por ustedes, mi amigo y mi hermana, que sean muy dichosos, sí que fue una linda boda.



Poema 85 y Poema 87

Catulo de Verona

Poema 85

*Odi et amo. quare id faciam, fortasse requiris.
nescio, sed fieri sentio et excrucior.*

Odio y amo. Probablemente me preguntes por qué lo hago.
No lo sé. Pero yo siento que me ocurre y me tortura.

Poema 87

*Nulla potest mulier tantum se dicere amatam
vere, quantum a me Lesbia amata meast.
nulla fides ullo fuit umquam in foedere tanta,
quanta in amore tuo ex parte reperta meast.*

Ninguna mujer puede decir que ha sido amada tan
sinceramente como Lesbia ha sido amada por mí.
Ninguna fidelidad ha sido tan grande en un compromiso
como aquella mostrada de mi parte hacia tu amor.



Traducción de Guillermo González Campos, filólogo clásico, profesor de la Universidad de Costa Rica.

EN LA PLAYA

Claribel Alegría, salvadoreña

No ha sido nada
ven
voy a contarte un cuento si no lloras
pasa en la China el cuento
¿sabes dónde es la China?
dijo que no con la cabeza
y se acercó sin ganas
con la nariz mocosa
y el bañador azul
chorreando arena.
Hace mucho, le dije
mientras la sentaba en mi regazo
allá en la China
les ataban los pies a las mujeres
todo el cuerpo crecía
sólo el pie
se quedaba allí preso
entre las vendas
y las pobres mujeres
casi no podían caminar
las uñas de las manos
se las dejaban largas
más que uñas eran garras
y las pobres mujeres
apenas si podían levantar una taza
para tomar el té.
No es que fueran inútiles
es que así las querían
sus maridos
sus padres
sus hermanos
un objeto de lujo
o una esclava.
Eso sucede aún
en todo el mundo
no son los pies los que atan
es la mente, Carole,
y hay mujeres que aceptan

y mujeres que no.
Déjame que te cuente
de Rafaela Herrera
con tambores
con cohetes
con sábanas ardiendo
espantó nada menos
que a Lord Nelson.
Tuvo miedo Lord Nelson
creyó que el pueblo entero
se había sublevado
(llegaba de Inglaterra a
invadir Nicaragua)
y regresó a su patria
derrotado.
Tu dedito torcido
es como ser mujer
tienes que usarlo mucho
y verás cómo sirve.
Vuelve a jugar ahora
no acarrees arena
ayúdale a tus primos
a construir el Castillo
ponle torres
y muros
y terrazas
y destruye
y construye
y sigue abriendo puertas.
No acarrees arena
deja que ellos lo hagan
por un rato
que te traigan a ti
baldes de arena.

LOS JÓVENES

Vicente Aleixandre, español

I

Unos miran despacio.
Morenos, casi minerales, quietos,
serían vida, cual la piedra, y cantan.
Canta la piedra, canta el que ha vivido.
Los minerales quietos desconocen
qué es muerte, y su moreno ardor gime en la sombra.

Jóvenes son los que despacio pisan. Los hay tristes,
pues la tristeza es juventud, o el beso.
Son numerosos, como los besos mismos, y en el labio
el sol no quema, pero se desposa.
En el carnosos labio vive el día.
Ellos pasan despacio y roban aura.
La juventud, si quiere, desaloja.
Oh la absoluta juventud. Son muchos,
son como el mar, y llegan cual la ola.
Sus olas van llegando. Un mar continuo, sin final, aplaca
la sed del arenal o mundo. Y ellos
son aguas lentas, más seguras,
y quieren
como la arena besa a quien la arrasa.
La mar, la mar. La juventud no ha ardido, mas quemóse.
Y en las arenas queda el agua lúcida.

II

Otros, más invisibles, son quien vive,
quien ríe. Los cuerpos van pasando.
Solo la luz lo dice. Luz completa,
pues luz poblada. No es el rayo del sol que quema y huye,
sino el que demorado hay en la carne
con todo el hombre en su andar luciente.
Toda la vida es luz, y ella se ondula
en el rayo: son las generaciones luminosas
que fueron, pero aún viven, que aún existen.
Y ahí en la luz, hechas la luz, te llegan
como la misma juventud del mundo.

III

Más jóvenes se ven. Son los no muertos,
pues no nacidos.
Son los pensados.
No en la noche o idea,
en el alba, su imagen,
como su pensamiento
están o son. La luz
sigue feliz, ah, no tocada,
pues
quien no nació no mancha. Todo luces,
creídos: oh pensamiento immaculado.
Bellos, como el intacto pensamiento solo:
un resplandor.

EL ENCUENTRO: POEMA III

Isaac Felipe Azofeifa, costarricense

Distribuyes
direcciones, sonidos, luces, ángulos, imágenes.
Llegas como el secreto ejército del viento
que descarga su golpe arrebatando
y sin cesar girando.

Te pareces
al corazón sediento de un gran pájaro
que bebiera como un agua infinita
la infinitud del mundo.

Contigo nace joven
el universo.
Eres un árbol, —su alta copa ardiendo arriba—,
su savia como un río puesto en pie.

La vida empieza en la palabra tuya
y no se sabe a dónde fueron el dolor y la muerte.



LA PALABRA CREA OBJETOS

Yadira Calvo Fajardo, costarricense

A mi modo de ver, los mitos citados por Fromm refieren al momento en que, un desplazamiento histórico en el poder, se subraya simbólicamente con la imagen del varón cuya palabra ha adquirido la capacidad de crear y suprimir.

Un fenómeno paralelo, que posiblemente intenta explicar el mito de Marduk y Tiamat y el Génesis según la Biblia, es el hecho, observado por los lingüistas, de que el nombre de las cosas nos hace conscientes de su existencia. En virtud de que, para el ser humano, aquello de que no es consciente, en realidad no existe, la denominación primera de un objeto equivale a su creación, puesto que lo reconocemos como tal según que haya un vocablo para identificarlo. El hecho de que el nombre aparezca cronológicamente posterior al objeto, no contradice tal teoría: la denominación se origina en el momento en que le damos reconocimiento.

El valor del nombre radica en que proporciona a las cosas identidad, y facilita su manipulación, en el sentido de que nos permite evocarlas, definir las y establecer relaciones, tomándolas como punto de referencia.

Este fenómeno cobra mayor relevancia cuando se trata del nombre propio, el cual tiene la virtud de proporcionarnos existencia social, en cuanto que constituye el núcleo a partir del cual se establecen todas las relaciones que identifican al individuo. Su importancia aparece subrayada por el ritual con que suele rodearse la acción de dar nombre a los niños, a la cual se confiere incluso un carácter sagrado, a lo mejor porque prevalece la convicción, señalada por Freud en *Totem y Tabú*, de que el nombre de un individuo no es sólo una de las partes esenciales de su persona, sino quizás incluso de su alma.

A propósito de algunas sociedades primitivas, LeviStrauss se refiere al empleo de teknónimos y necrónimos que identifican a una persona por su relación con otra, ya sea viva, como en el primer caso, o muerta, como en el segundo; y los compara con el hábito lingüístico de la lengua francesa (que por otra parte, es el mismo de la lengua castellana), de incorporar la palabra “viuda” al nombre propio de las mujeres, sin que ocurra lo mismo con el de los hombres, cuyo patronímico permanece inmutable, independientemente de su estado civil, puesto que “les pertenece con todo derecho”.

Otra cosa ocurre con la mujer, que al perder a su marido se convierte en “viuda de”, porque, explica LeviStrauss, en vida de él ella era “esposa de tal”; o sea que ya había abandonado su autónimo por un teknónimo, señalándose así una relación que, sin cambiar de forma, pasa a llevar el signo negativo. El hecho es que, en ambos casos, la mujer casada se define por el nombre del esposo: la mujer no tiene derecho a su nombre.

Esto es sumamente grave, y su gravedad es socialmente reconocida cuando se trata de los varones a los que se impone como castigo la sustitución del nombre por un número, como ocurre en ciertas penitenciarias. El efecto que produce en ellos tal sustitución, es considerado como más nocivo que el mismo encarcelamiento, por cuanto no sólo daña,

sino que, además, con frecuencia, destruye su personalidad. Esto permite observar hasta qué punto nosotros somos nuestro propio nombre, y de qué modo, carecer de nombre equivale a no ser.

Los anteriores conceptos, proporcionados por la sociolingüística, nos inducen a reflexionar sobre el fenómeno de la sustitución, parcial o total, del nombre propio de las mujeres por el del marido, tal como ocurre en las sociedades civilizadas modernas.

Bajo toda fórmula lingüística, asoma una determinada concepción del mundo. Si aceptamos que el nombre contribuye a proporcionar existencia social, tenemos que conceder que el anonimato la niega, y que la pérdida o sustitución de nuestros apellidos, nos supedita a otra persona, restándonos significación individual e identidad propia.

El soporte cultural de este hábito, se confirma en la costumbre paralela de referirse a un matrimonio, sobre todo en las cartas y tarjetas de invitación, con el nombre completo del marido seguido de la frase y señora, o señora e hijos, con lo cual la esposa queda en calidad de subordinada, y en la misma categoría de los menores. Esto significa, en términos de sociolingüística, que las mujeres casadas pierden, para el grupo, individualidad, y por lo tanto, pierden también identidad social: en cierta manera, dejan de ser.

En Francia el *Código Civil*, y las legislaciones de los países modernos hasta casi la mitad de este siglo, dan prueba de que ese es el trasfondo de la realidad social, cuando concedían al marido el derecho de exigir de la esposa todos los deberes de sumisión debidos a un superior, de modo que ella no podía hacer ningún acto civil válido en tanto él no la autorizara, muchas veces incluso en contra de intereses económicos importantes para ella, como es el caso de las donaciones, cuya aceptación de parte de la mujer, era nula si su marido no la autorizaba para recibirlas. Quizás un texto del siglo XIX, escrito por el juriconsulto inglés Sir William Blackstone, constituya la mejor síntesis de lo que se acaba de afirmar: “Mediante el matrimonio se anula la misma existencia legal de la mujer, o al menos queda incorporada o consolidada en la del marido, bajo cuya ala, protección y cobijo ella realiza todo... Mi mujer y yo somos uno, y ese uno soy yo”.

Otra de las dimensiones a que es necesario referirse y sobre la que es útil reflexionar, es el escamoteo de responsabilidades que implica la carencia o la sustitución del nombre propio. Carecer de identidad, o tenerla adscrita a la de otra persona por cuyo apellido se nos reconoce, nos libera del riesgo que implican las determinaciones, la decisión y la respuesta: recompensa muy menguada por la pérdida de identidad, que exige además, a quienes la aceptan, recogerse discretamente detrás del nombre que las ampara.

También los esclavos libertos, en Roma, asumían el nombre de sus propietarios, en señal de que entraban a formar parte de la clientela, institución que sometía a las personas sin bienes materiales, a la obediencia y dependencia de sus patronos; quienes, a su vez, se encargaban de defenderlas y protegerlas. La base jurídica de esta “alianza” descansaba en la mutua prestación de servicios entre jefe y cliente; lo cual, no obstante, implicaba disparidad de posiciones, puesto que se basaba, fundamentalmente, en la debilidad económica del segundo.

La adopción del nombre de su antiguo dueño, consolidaba la posición del liberto en relación análoga a la del hijo con su padre, en reconocimiento a la existencia civil que le

debía. Del mismo modo, tenía que sujetarse a su patrón en ciertas obligaciones, tales como brindarle respeto, cuidarle la casa durante sus ausencias, o acompañarlo en sus viajes y reservar para él cierto número de jornales de trabajo; se le exigían casi tantas obligaciones como a la esposa en las sociedades civilizadas modernas.

Los patricios o amos, eran designados por su nombre individual: *praenomen*, el de su gens o familia ampliada: *nomen gentilium*, y el apellido, tomado del jefe de la familia limitada: *cognomen*, lo que equivalía más o menos en nuestros términos, al nombre de pila y los dos apellidos. Los libertos, hacia finales de la República, usaban el nombre de las gens de su señor y con frecuencia también el onomástico de aquel, exactamente del mismo modo que las ciudadanas “libres” del mundo actual lo hacen con respecto de sus maridos lo cual sugiere, entre ambos cónyuges, el establecimiento de una relación muy semejante a la de los libertos y otros romanos pobres con su patrón; y supone, por lo tanto, la idea de que la mujer se somete al esposo en condición de obediencia y dependencia.

De lo anterior se puede inferir la vinculación existente entre costumbres, al parecer inocuas, y un sistema de pensamiento esclavista, que tiende a establecer como válida la división entre opresores y oprimidos. Aunque tanto entonces como ahora, se le llame protección y defensa al dominio sobre los demás, es útil observar que entre cónyuges se mantienen vigentes ciertas estructuras de dependencia ya superadas (o al menos que resultan impopulares) en la relación entre varones. Cuando éstas se establecen intersexualmente, todavía se actúa según la idea de que la especie humana está compuesta por dos mitades desiguales, como decía el Arnolfo de Moliere, suprema la una, la otra subalterna y sin valor.





**Lecturas Recreativas de
autores costarricenses**

El buen SIBÚ sembró los árboles e hizo los animales, y le enseñó al bribri los oficios

Adela Ferreto

Plantó miles de árboles: plantó el surá de madera eterna, dura, manchada. Con esa madera mandó que cubriéramos *las sepulturas porque parece piedra y es como piedra.*

Otra vez estaban Juan grande y Juanito contemplando la corriente, sentados en las lajas de la orilla del río. Habían venido a pescar y tenían un puñado de peces en la jaba pequeña. El padre era hábil pescador, diestro con el arco y la flecha y para echar las redes; el niño iba aprendiendo.

Era temprano y no estaban lejos del rancho, podían quedarse un rato.

—Papá, hace días no me cuenta nada...

— Sí, dijo Juan, hace días quería contarte de cuando el Buen Sibú sembró los árboles.

Fue muy al principio, poco después de que Iriia, la Niña Tierra, se hizo polvo.

Bajó el Buen Sibú y Surá, el Bueno, Surá la Madre, subió a acompañarlo. Acuérdate que Surá vive debajo, cuidando las cosas que crecen hacia arriba, y que Sibú tiene su país al otro lado del sol.

Se encontraron los dos: Sibú traía una jaba llena de arbolitos y matas de toda clase. Se pusieron a sembrar la tierra de los bribris.

Surá abría hoyos con su bastón de awá; Sibú iba poniendo los palitos y las matas, una en cada hueco, después, apretaba la tierra. Sibú sembró la tierra como sembramos nosotros el maíz y los frijoles, el plátano y el cacao, así la sembró: Él nos enseñó a sembrar.

Dicen que lo primero que nació fue el platanillo que da semillas para hacer maracas; que esa mata nació de primerita, ¿quién sabe por qué? Y el sahinillo que conoce las enfermedades y las cura, también nació desde un principio.

Nacieron la yuca, el tiquisque, la papa y el ñampí para nuestro alimento, el maíz que es un rey santo, y el cacao que nos da la bebida sagrada que es como sangre de la tierra.

Las manos del Buen Sibú plantaron el tuete que cura las hemorragias de los niños y que anuncia el verano porque sólo florece cuando se acaban las lluvias; en ese tiempo es que se llena de flores perfumadas. También la cañuela echa sus flores cuando el año nace. Las flores de la cañuela nos dicen que es Año Nuevo, que todo empieza otra vez.

Y nos dio la bijagua de hojas anchas y fuertes que nos sirven de platos y de tazas...

y que se usan para envolver a los muertos. ¡Esa es la bijagua!

Y la pita, y la majagua, y el algodón blanco y de color que usamos para sacar fibras, para hacer mecates y redes, telas de vestirse y jabas y hamacas. Todo lo que el bribri necesita lo sembró Sibú el Bueno y nos enseñó a usarlo.

Nos enseñó a sacar tintes de colores del kakamá y del fruto del achiote.

Plantó miles de árboles: plantó el surá de madera eterna, dura, manchada. Con esa madera mandó que cubriéramos las sepulturas porque parece piedra y es como piedra.

Y plantó los árboles de fruta que no se acaban, porque la fruta cae, y de las semillas nacen nuevos árboles iguales en todo a los que Sibú plantó al principio.

Y puso en su huequito a las palmeras: el coco y el pejibaye que se cargan de ricos frutos que son el pan del bribri, y la palmilera del palmito, ¡tan delicioso!, y la chonta que nos sirve para hacer el rancho.

Sibú, nuestro Benefactor, nos enseñó a construir el rancho: Él nos hizo el primer rancho: sencillo, pequeño como el nido de los pájaros; pequeño pero fuerte contra el viento y la lluvia. La armazón la hizo de troncos delgados de guachipelín; las paredes y el tabanco de tallos de chonta partidos por el medio, a lo largo; el techo, de paja bien prensada. Así el rancho puede durar hasta cien años. Y esa es nuestra casa que no es de lujo, que nos sirve para el reposo y para dormir y nos protege de lo malo que hay afuera.

Sibú nos enseñó junto con Surá, su amigo, a sacar la fibra y a tejerla de distintas maneras; a trabajar el barro en cacharros útiles; a labrar la piedra y a fundir los metales; a hablar en lengua bribri y a cantar y a bailar.

Ellos hicieron la primera maraca con las semillas del platanillo, y la primera flauta de caña y el bastón del cacique; y cantaron y bailaron adornados con las plumas de kuká, la guacamaya, que son de todos los colores.

Bebieron el cacao en la primera jícara y enseñaron a las mujeres cómo debían preparar esa bebida sagrada.

Todo lo que el bribri sabe ellos se lo enseñaron: enseñaron al usékar, y al awá los cantos mágicos y les dieron las piedras de colores que tienen poderes adivinatorios y que conocen las enfermedades y su curación. Y dijeron cómo han de ser las ceremonias de purificación en los nacimientos, y para enterrar a los muertos...

Todo lo enseñaron con amor y paciencia para que el bribri viva y cumpla la ley y pueda volver, cuando se muere, al lugar de su origen en Suré, allí donde Sibú nos espera.

Juanillo oyó a su padre, muy conmovido por las bondades del Buen Sibú.

Al rato preguntó:

—¿Y los animales?

—También a ellos los hizo Sibú, aunque muchos nacieron de las lágrimas de la Gran Madre, de la Abuela Surayibi.

Pero los animales fueron según Él quiso, y a todos les dio voz, menos a las mariposas, a esas no.

Al zorro pelón lo hizo de una maraca, al cuyeo de un awá que no sabía curar, y las mariposas fueron, antes, mujeres.

Y a cada uno le dio voz adecuada... Pero, ¿sabes por qué el mono congo tan pequeño, tan inofensivo, tiene un grito tan estridente? ¿No lo sabes?

Pues Sibú le había dado al congo su caracol, su voz; y al tigre le dio otro caracol que sonaba terrible, que estremecía el monte. El tigre estaba contento con su caracol, pero el congo, no, el congo envidiaba al tigre. Por eso lo buscó y le dijo:

—Cambiemos de voz.

—No, contestó el tigre, Sibú me dio mi caracol, no me dijo que lo cambiara, no puedo cambiarlo.

El mono se puso a pensar en cómo haría para quitarle su caracol al tigre. Por fin le dijo:

—Hagamos un trato: Dejemos nuestros caracoles aquí en esta piedra, y vayámonos corriendo hasta la ceiba grande. El que vuelva primero, coge el caracol que quiere.

—Bueno, dijo el tigre, está bien.

Dejaron los caracoles en la piedra y echaron a correr: el tigre por tierra, el congo de rama en rama.

El mono era malo, engañoso. A medio camino se devolvió, llegó a la piedra y cogió el caracol del tigre, su voz.

Cuando el tigre regresó a la piedra, cansado de la gran carrera, tuvo que contentarse con el caracol del mono y se puso muy triste.

Sibú lo consoló:

—Está bien que hayas cambiado tu caracol por el del mono, está bien así. Pero haré que el mono te dé su camisa pintada y se quede con la tuya que es negra.

Y así fue: el mono se quedó con el caracol del tigre, con su terrible voz, pero tuvo que cambiar de camisa. La linda camisa pintada del mono, la usa el tigre desde entonces; el mono quedó vestido de negro. Sibú es justo.

-Muy justo... ¡Eso me gusta!, murmuró Juanillo.

De *“La creación de la tierra y otras historias del buen Sibú y de los bribris”* (1982)

LAS ESTRELLAS DE MI PARAGUAS

José Marín Cañas

Como vendí la finca, compré un paraguas. Cualquier avisado lector que leyera lo escrito hasta aquí, debe pensar, si ha pensado otra cosa, que lo único que el gacetillero declara, es que “compró un paraguas”, lo que, en buen romance, equivale a manifestar positivamente y sin recato, duda o reserva alguna, que él como cualquier mortal, está en capacidad de comprar un paraguas. El hombre, pues, puede comprar un paraguas. Pero este “poder” no ha sido siempre. Los romanos, galos, germánicos, que es decir godos, sajones, lapones, árabes, eslavos, chinos, y griegos, (amén desde luego de los “indios occidentales”, nuestros antepasados) no pudieron hacer, en sus épocas remotas, lo que el hombre de hoy hace, aunque sea una cosa tan sencilla como lo es el “comprar un paraguas”.

Con todo este engorroso introito, lo que estoy pretendiendo decir, es que el hombre está capacitado para hacer muchas cosas, pero que al mismo tiempo que se afirma esta cualidad inalienable del hombre, se le niegan otras, en forma irreversible. Por ejemplo, el hombre solo, sin ayuda de artefactos, no puede mirarse la espalda, ni morderse una oreja, ni volar sin aparatos complicados, como lo hacen hasta los diminutos gorriones, tan fresca y sabrosamente; ni brincar con el ímpetu y agilidad de una pulga. Por lo que se ve, somos unos animales altamente diferenciados, para bien y para mal.

Cuando el mandril agarró el garrote, concedió a sus hijos, los hombres, esta envidiable virtud física de poder sujetar con las manos las cosas mediante el desarrollo del pulgar. Pero aun siendo esta cualidad de importancia inusitada, no lo es todo. Decimos esto, porque el hombre llevado por su petulancia infinita ha venido a creer que nada le es negado, no por la infinita bondad del Creador, sino por la astucia, talento y voluntad que posee para inventar lo necesario y alcanzar, con ello, un poder casi parecido al del Ser Supremo.

No obstante tan infortunadas circunstancias de engreimiento, la verdad es que existen fenómenos invencibles, contra los cuales lo mejor que podemos hacer es no entablar batalla alguna, si no queremos exponernos a un fiasco de padre y muy señor mío.

Y para citar un caso que está a la vista, tangencialmente podemos hacer referencia al deseo del hombre-pájaro, de volar sin ayuda de artefacto alguno. Sería injusto de nuestra parte no reconocer que ha llegado muy cerca a su antiguo y venerable deseo, pues fácilmente logra sostenerse en el aire mediante el alzamiento de una pierna. Como es inevitable comprender, lo único que le falta es sostenerse en el aire alzando las dos. El día que lo logre habrá realizado su sueño de volar, o por lo menos, sostenerse en el aire sin artefacto alguno. Pero esta prueba tiene más de 150 millones de años de ser ejecutada y todavía el hombre —que descubrió el bacilo, auscultó el microcosmos, desató el átomo, inyectó el hongo, construyó la armazón política de las sociedades, creó las leyes, aprisionó el rayo, surcó los mares, predijo el tiempo, hizo brotar la semilla, descubrió ignotas tierras y el subconsciente tan ignoto como las tierras: huyó hastiado de la perfección e introdujo en el arte la borrasca de su espíritu; cantó con sonidos ordenados matemáticamente; amansó las ondas y viajó hecho voz por las distancias; circunvaló la Tierra en cuestión de horas, tras de medirla, dividirla simétricamente y ubicar sus zonas y sus estaciones; cubrió al ser de

abrigo y alimentó e inventó los semáforos, unos aparatos que si se les invierte el orden del entendido, como los nuestros, producen desesperantes apretazones— no ha podido alzar la segunda pierna sin que se lleve un costalazo de los que hacen época.

Estoy, como Uds. lo habrán visto, tratando de decir que hay cosas negadas al hombre, irreversible e inexorablemente.

Por eso es que afortunadamente por primera vez, el autor está de acuerdo, de completo y unánime acuerdo, con el querido y simpático colega, don Konstantin P. Feotktistov a quien el gacetillero no ha conocido nunca y sigue sin conocer, no obstante abundar en sus mismas ideas, expuestas en el periódico “Komsomolskaya Pravda”, en una de sus últimas ediciones.

Lo que aseveramos el científico ruso y el gacetillero nacional es que el hombre no podrá nunca volar a las estrellas, como nunca podrá despegar las dos piernas del piso, sin riesgo de dar con su humanidad, cuan largo es, en el duro y santo suelo.

El vaticinio del ilustre camarada señor Feotktistov lo ha hecho con motivo del 15º aniversario del lanzamiento del primer “Sputnik”, con el que se inició hace ya varios años, la era espacial, equivalente esta expresión, al inicio de la temporada de viajes a la Luna y demás brillantes y enternecedoras estrellas del firmamento.

Con una razón digna de un santo, el científico asegura que lo que ha dañado la mente de los jóvenes optimistas actuales, es la “ciencia ficción”, expresión muy en boga en la actualidad y cuyos lectores están a punto de superar el número de los que leen las historietas de las cintas cómicas. “Ciencia ficción” es en sí, una controversia que se destruye. Pues a poco que le lancemos el ojo a este binomio descubriremos que “ciencia” es exactamente el término contrapuesto a “ficción”. Podríamos asegurar que basta con que una cosa sea “ficción” para que ya, ¡de ya!, no pueda ser ciencia, habida buena cuenta de que para ser ciencia requiere, fundamental y sustancialmente, no ser ficción.

Estas entelequias que los periódicos inventaron para imbecilizar, junto con la televisión, a la humanidad, son las culpables de que el hombre se haya venido a creer más importante que el bicho que en realidad es.

Existe pues, como aseguran el sabio soviético y el escritor cimarrón, un límite intramontable, cuya existencia fue puesta por Dios, exactamente en el sitio en el que convierte al hombre en un animal más del reino de la Naturaleza, pero nunca un ser ilímite, cuya exclusividad, la tiene, con todo derecho, el Creador.

Esto que aquí se afirma, no es la negación de esos sorprendidos instrumentos a los que, provisionalmente, los científicos han llamado “ovni” (objetos voladores no identificados). Los “ovnis” pueden existir tal y como la imaginación humana los ha identificado. No tiene nada de extraño que sean “platillos voladores”, de color ámbar o violeta, de velocidades extraterrenas, que echan fuego o un haz luminoso, y cuya tripulación, lo mismo puede ser de enanos simpáticos como los de Blanca Nieves, o bichos raros, como arañas de las que el hombre llama de “picacaballo”.

Aquí no se le está negando nada a los habitantes de otros planetas, si los hubiere. Lo que se está diciendo es que el hombre terrestre, ese que todos conocemos por estarlo

viendo actuar, pensar, proceder; cuyos patrones de conducta han sido ya calificados y encasillados antropológicamente; cuyas reacciones hemos probado en el tubo de ensayo de la vida diaria; cuyos arrebatos de locura, cuya esquizofrenia constituyen plato de todos los días; sus endiosamientos, caídas y payasadas, es la función diaria; no puede ni podrá nunca ir a las estrellas. A lo más que ha de llegar, es a la Luna. Pero en la luna ha habido muchos grandes políticos, enorme y casi inconmensurable suma de “padres de la patria”, descomunal contingente de empleados de gran categoría, que han vivido en ella, de la que descienden el día 28 de cada 30 días, según la división solar del tiempo anual, para cobrar el sueldo. Ello, pues, no lo está negando nadie, y por ello, no debe ofenderse nadie.

Tratamos, como es fácil intuir, el hacer ver que las estrellas colocadas, silentes y cansinas, en el ámbito infinito, caminan silenciosas, flotantes y calladas, desde un insondable misterio que se inicia en Dios, rumbo a otro insondable enigma hermético, que también se llama Dios. Nada conturba el marchar despacioso y solemne de estos monstruos en la noche de los siglos. Las separan de nosotros cantidades de locura de millones de años o de siglos luz, la velocidad que se requerirá para interferir en los vacíos interminables de las distancias, quemaría al hombre por los años y el roce. Este animalito que se viste de casimir, que anda en automóvil, que bebe whisky y habla inglés, no pasa de ser un inofensivo microbio que por dentro vale poco, aunque por fuera, cree que pesa más o tanto que el oro. Su destino es, a lo sumo, apretar el acelerador para “rayar” a un bus de pasajeros.

La aseveración del colega Konstantin, posiblemente de la Academia de Ciencias de la (hoy extinta) Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, nos ha llenado de satisfacción. Ya hay alguien que se haya dado cuenta de su modestia y pequeñez. Hablando en ese tono, quizás algún día los hombres lleguen a entenderse. Y eso ocurrirá, en la lejana fecha en que el ser mortal se percate de la verdad de su tamaño, de la pequeñez ante lo infinito de su volumen humano, y de lo limitado de sus fuerzas. Y entonces hará, como el autor, cosas que estén teñidas de un profundo sentido de realidad y de modestia. Es posible, como el que escribe, que se compre también un paraguas.

De *“Realidad e imaginación”* (1974).



La lagartija de la panza blanca

Yolanda Oreamuno

(Un cuento para hombres-niños de imaginación grande)
Para Kiko Quirós.

Dicen que había una vez doña Anacleta. Doña Anacleta dicen que escondió a Morazán. En una cueva. Así negra, seguramente grande, con pedruzcos enormes. En el corazón de una montaña. Porque las montañas tienen corazón; de eso estoy segura; de lo que no estoy segura es de conocer a doña Anacleta y mucho menos a Morazán. La cueva desgraciadamente está en Tres Ríos y no en Guanacaste. Tenemos el hábito de buscar todo lo bonito, todo lo pictórico y típico en Guanacaste; pero yo lo siento mucho: la cueva está ciertamente en Tres Ríos. Allí no hay seguramente llanuras que se llenen de barro y agua en invierno y que se rebosen de sol en verano; no hay inmensidades ni montañas que se derramen chorreadas sobre la maravilla de la planicie. No hay todo eso. Pero hay árboles azules con el tronco morado y hay montañas, sí, seguramente. Y hay bonitos rincones de sombra y caminitos pincelados sobre el pasto.

Pero esto es ahora. En “esos tiempos”, yo no sé. Porque todo esto sucedía en “esos tiempos” en Cartago. Esto quiere decir una época que se puede situar en el lugar de la historia que nos guste más; podemos vestir a las señoras de crinolina y tontillo, o ponerles camisas de gola. Había, pues, una señora venida a menos. Ahora caigo en la cuenta de que la señora como vino a menos, debió usar primero crinolina y tontillo y luego, camisa de gola. Bueno, no importa. La señora tenía también hijas.

Las hijas estaban en inminente peligro. Desde luego. No había plata en la casa. Su equilibrio moral... Bueno, su equilibrio moral amenazaba. Ya se ve. Eran lindas y así... dulzonas, lechosas. Debía ser muy lindo todo aquello. Pero así, o por eso, la señora sufría. Sí. Sufría mucho. Tenía mucho miedo por sus hijas ñatonas y buenazas. Seguramente las rondaban a caballo, y les cantarían serenatas y las muchachas debían mover mucho las enaguas. Y lavaban el piso, porque una debía cocinar, la otra hacía la casa y la otra... Bueno, yo no sé si se puede repartir el oficio sin saber cuántas eran... La señora se fue entonces a la cueva a pedirle al er... Se me olvidaba decir que la cueva tenía un ermitaño. Y era muy bueno, y estaba muy flaco, y hablaba despacito, y en las tardes veía ángeles blancos. La cueva tenía piedras grises y el ermitaño soñaba con Dios.

La señora fue y le pidió. El ermitaño rezó. Siempre rezaba, y rezaba con gran fe. Le dijeron los ángeles blancos...

Y entonces el ermitaño estiró la mano. Una mano de brujo, flaca y pálida, con grandes uñas como ríos en una tierra morena, con tilintes nervios como grandes costuras, para darle lo primero que viera. Antes había estado con los ojos al cielo, muy celestes y muy iluminados, y luego los había bajado resbalando sobre las paredes, sobre toda la tierra, sobre el musgo, sobre las hojas secas, y allí, estaba una lagartija.

Aquello era, no había duda, lo que él tenía que darle a la señora. No se le ocurrió seguramente pensar el ermitaño en el poco valor de una lagartija, porque estiró su mano de

brujo y la lagartija se puso quieta, agarró con su mano de brujo y la lagartija se puso tiesa, dura, fría y pesada.

La señora hizo con las suyas un nido de recogimiento y credulidad para recibir. Puso los dedos entrelazados. Así... Uno sobre el otro y las dos palmas se ahuecaban cascarosas y rajadas, y los ojos miraron el nido, hechos despabilamiento de admiración.

El ermitaño entonces vació la extraña joya: la lagartija cubierta de esmeraldas por encima y por debajo, porque todavía no tenía la panza blanca.

Y ella se fue. Por el camino pincelado en el pasto, por la verja de árboles estatuados contra el caminito.

Y fue a valorar la joya donde el viejo avaro que tenía manos de santo. Pero la señora no quería tantos doblones, u onzas, o la moneda de “aquel tiempo”. Le bastaba con menos; con muchísimo menos. Ella se avergonzaba de la cantidad que se negaba a oír. Entonces el viejo arrancó las esmeraldas de la panza. De la panza para que no se viera mucho y pagó.

La señora puso casa. Las hijas buenazas, ñatonas y que movían las enaguas se casaron seguramente con el caballero que las rondaba a caballo y que les cantaba serenatas por la noche. Y la señora pensó que no iba a necesitar más. Era mucho lo que tenía su humilde felicidad. ¿Para qué más? Subió al día siguiente por el senderito de la montaña con el nido de las manos hecho unciosa y amorosamente. Un nidito de fe hecho con pajitas de cariño y calentado con lágrimas de agradecimiento.

Dicen que el ermitaño cogió la lagartija con sus manos de brujo, y la lagartija dejó de ser fría, inerte y pesada y dicen también que la puso en el suelo y la lagartija echó a andar.

Y también cuentan que desde “aquel tiempo”, todas las lagartijas allí en los alrededores de la cueva de piedras grises y musgo verde, por los caminitos de la cuesta de la montaña, entre los árboles azules de tronco morado y por donde la señora subió y por donde la señora bajó, tienen la espalda verde y la panza blanca.

Esto lo cuenta un viejo. De manos de brujo. Y dice que es cierto.

Todo es sencillo y arrullón y tembloroso. Así... Bueno..., suave y tranquilo como debía de ser todo en “aquel tiempo”.

De ***“A lo largo del corto camino” (1961).***

LA CLASE DE MATEMÁTICAS

Eunice Odio

El maestro recostado en un coseno
tira entre un lirio un radical pequeño,

y el lirio eleva a quintas dimensiones
su número impreciso en la madera.

Mil números tirados en el aire
forman letreros, sumas, alfabetos,

letreros de clavel desintegrado,
alfabetos de química en bandera.

Un seis y otro seis equivocados,
juntan su atroz figura en un cuaderno,

lápices,
lapiceros y compases

sufren entre las puntas de los dedos
un luto de ecuaciones y vergeles,

y por la sien resbala como un eco
un cataclismo roto de papeles.

Gestos de sí, de no,

anotaciones hechas en la niebla,
aclaración mayor en las pizarras,

duda tenaz entre la ceja izquierda
y la esperanza en puntas desvistiéndose.

Cambia de sitio el nueve contra el cuerpo,
el cero sulfuroso se apresura,

aguijonean al uno los escépticos,
se alegran de su forma las esferas,

y se descuelga el rombo a la pirámide.
El pentaángel tiembla detrás de los quebrados,

y un dos de nieve pierde sus cándidas potencias
a la orilla perfecta de su doble.

Corre la dimensión hasta su borde.
Gestos de sí, de no,

lamen la lengua de las espirales,
refractan los azules sus dos piernas,

los poros duelen, queman las pestañas,
onces de alambre acuden por el aire,

sietes desconocidos se adelantan
con dulce pie de átomo de siete,

igual a gota de uno, igual a cero niños,
a tres nubes multiplicadas por el oro.

Los noventas escapan viento adentro
hacia las mariposas y las tardes,

el corazón de un dígito
se para en el cuaderno

y un diez redondo clama contra el muro
aclaración mayor en las pizarras;

mueren de atroz blancura las paredes,
alisan su furor las progresiones,

cambia el cielo de rumbo,

de corazones las equivalencias,

de dueño el día,

de longitud los átomos.

¡Qué fracaso tan alto contra el sueño!
¡Qué sueño tan metódico el del caos!

De *“Territorio del alba”* (1974)

ENSUEÑOS DE NIÑO

Luis Ferrero

A Carlos Luis Sáenz

No hay duda que la lectura deslumbra. Es como mecerse entre espadas: exige equilibrio para evitar todo desplome e irse de cabeza en la destrucción. Si el lector se entrega con incauta pasión, corre el peligro de salir abrasado. Pero... también es benéfica si se le ama y para ello no es necesario ser devorador de conocimientos.

En los libros hay generosa fuente de goces. ¡Oh Keats, no renuncio ni renunciaré a ningún objeto de belleza, engendrador de goces! Contemplar la belleza de las cosas es sumergirse en ellas, con total olvido de las demás.

Y esto, precisamente lo que algunos compañeros de escuela solíamos hacer. Al no colmar el deseo de tener todos los libros ambicionados, entonces, ¡a la Biblioteca Nacional! Las bibliotecarias, muy atentas, muy serviciales, muy gentiles... Siempre nos atendieron con deferencia. Algunos no íbamos a buscar datos para las tareas escolares. ¿Nos creerían seres raros? Otros intereses más universales para la generalidad de los **habitués** a la Biblioteca, nos llevaban a consultar sabiduría, erudición, emoción humana, invicto donaire. En vez de pedir literatura infantil, biografías. En vez de cuentos, ¡la vida de grandes hombres! Romain Rolland, nuestro biógrafo predilecto. Su objeto de “hacer respirar a los hombres el soplo de los héroes” convence por su prosa cálida y conmovida. Sus vidas de Tolstoi, de Beethoven, de Gandhi y de Miguel Ángel... (¡Ah, cuánto desearía escribir libros como éstos!).

No sé de mis compañeros. Entonces, me detenía en hechos cotidianos. Y lo más agradable, sacar el contraste de la íntima nobleza y grandeza de los biografiados con el presente. Los efectos de la emoción, -puedo asegurarlo- fueron poderosos.

Arturo o Miguel, -no recuerdo cuál compañero fue-, encontró jubiloso algunos tratados acerca del periodo prehispánico, entre ellos las obras de Alva Ixtlixóchitl. ¡Qué míticos paraísos! Luego, otros de antropología con ilustraciones encantadoras. Al contemplar las láminas echábamos a volar la imaginación. Gracias a ellas, pudimos ir adiestrándonos en la contemplación de las obras de arte.

Sin embargo, nuestros libros preferidos en aquella época fueron los que exaltan la naturaleza. **Walden, La vida de las abejas, Noa Noa, Mansiones verdes** supieron de nuestros anhelos. Los dejamos tan manoseados que, -supongo-, la Biblioteca debió adquirir nuevos ejemplares. Éramos algo así como aprendices de brujo, incapaces de dominar las fuerzas desatadas y más con tales lecturas...

Si alguien me preguntase si el niño debe leer mucho, no sabría qué contestarle. El dilema es tremendo, muy fuerte: ¿Debe el niño ir a jugar con los muchachos de igual edad? ¿Debe sentarse a contemplar el atardecer como flores que caen cuando comienza a morir el día, cuando las estrellas van apareciendo? ¿Debe ir a disfrutar con un buen libro, en un rincón, alejado del ruido? Posiblemente le diría, -recordando mi experiencia de lector empedernido-, que las hojas impresas tienen una magia de la cual nadie escapa.

Pero es conveniente guardar el término justo: ni excesiva e impenitente lectura, ni el desentenderse del todo de los libros. La afición extremada lleva a ser libresco, meditabundo, ratón de biblioteca, con los ojos fijos en el suelo. Por ello, algunos sabios sostienen algo tan extremo como cierto: los soñadores miran hacia la tierra y no al cielo, como pareciera natural.

Se nos había despertado la pasión por la lectura impresa con sus tres vías: el saber, la belleza y el amor. Especialmente, cuatro compañeros de escuela podíamos decir como Cervantes: “Soy aficionado a leer aunque sean los papeles rotos de la calle...”.

Y en efecto, devorábamos cuánto papel nos caía. Íbamos en pos de nuestra **verdad**. “La verdad, -afirma don Quijote-, es cosa revelada o soñada; es todo lo que el alma quiere, si de verdad lo quiere”.

Al buscar el ritmo propio de la verdad, la lectura nos fue decisiva amiga. Inquietarse con el cómo, el cuándo, el dónde, el por qué, el qué somos, el adónde vamos, es plantearse los problemas del hombre. En mi caso, luchaba lo piemontés contra lo costarricense, pues descendiendo de un italiano. La salvación, mi salvación, estaba en sentirme religado a algo. “La Patria es la infancia”, dijo Baudelaire. “La tierra natal es como la raíz profunda para el árbol”, escribió Ibsen.

Al inquietarme, sentí el desgarramiento del hombre decidido a pasar de las tinieblas a la luz. Tanto, que hallé el camino bifurcado: debía tomar rumbo. El sentimiento ata fuertemente a la comarca. Por un lado, la raíz orotinense, el paisaje, el hombre y el pasado americanos. Por el otro, el terrible deseo de apartarme de las cosas pequeñas y vulgares. Ambas fuerzas arrastran al reino de ninguna parte. ¡Doloroso estado! Soy individuo, es decir, indiviso, uno. Al pisar falsamente comprendí mi angustiosa situación. Entonces, los latidos íntimos apresuraron la comprensión de mi naturaleza hasta sentirme no cosa inerte sino persona de carne y hueso. Apresuraron un frenético deseo de dejar sobre la tierra una cicatriz. Aprendía que es hombre en quien una idea, -por elemental que sea-, compromete y ordena la vida. Descubrir el destino del hombre, luchando por nuestra existencia, rehusando vivir a nivel de la nada. ¡Y en esto, los libros me hablaron con claridad!

Al hacer estas confidencias, reconozco que entonces sentí azoro. ¿Ir al futuro con dudas? ¡No! Con impulsos de ganar una hazaña interior y no estar más en el reino de ninguna parte. ¡Ir en busca de un paraíso presentido o anhelado! Este estuvo a veces en soñar ser un gran erudito, rodeado de discípulos a quienes generosamente confiar lo sabido. O ser Beethoven, luchando con su sordera y obrando bondadosa y lealmente para sobrellevar el infortunio. O revivir la vida santificada de Mahatma Gandhi, remanso tranquilo, ideal, lleno de heroicidad. O, a veces, anticipar la realidad. Y no eran raras las ocasiones en que por la fantasía escapaba a la montaña virgen.

Al fantasear, por ventura, comportábame como un niño. Las lecturas quizás no eran las más apropiadas para la edad. No obstante, no caí en lo truculento. Mi impetuosa alma, al recibir el mensaje de los textos, lo cambiaba en fermentos. Estos, en ensoñaciones. Y aún persisten los estímulos brindados.

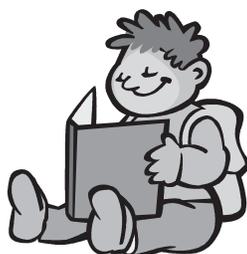
Cuento todo lo anterior porque, a menudo, la tristeza y el desencanto de la vida asedian al joven. Pero si este ha descubierto la lectura, puede salvarse. Cuando quiere huir

del mundo circundante que no comprende, allí están los libros de los “héroes” con quienes se identifica. No lo hace por una leyenda dorada, pues no busca en el pasado una serie de actos ejemplares: busca allí la estupenda grandeza del hombre. Todos los testimonios, todo cuanto ha sido conquistado por el hombre; y sabemos que el mundo de las palabras, de los sonidos y de las formas le pertenece. Lo logra, porque la conciencia de las cosas se nos da con la palabra. Esta conciencia es identificación, esta identificación se alcanza porque descubrimos también el mundo a través de la forma verbal. Y, al conseguirlo, el joven puede posesionarse mentalmente de la heroicidad. Lo dicen los sabios y esto hice en aquellos tiempos.

Cuando redactaba estos recuerdos me zambullí en un extraño mundo de fantasías, algo así como en un retorno a los ensueños de chiquillo rotos de pronto por el tañido de la campana o la voz grave de algún adulto que ordenaba traer alguna cosa. El timbre del teléfono ha interrumpido este hechizo: me ha devuelto a otro círculo del tiempo. Antes, el regreso a la realidad ambiente, a la decorosa y humilde pobreza, me obligaba a ser tímido. Ahora, al regresar del maravilloso mundo del recuerdo, oigo un disco con una grave voz que canta ***Carmina Burana***. Estoy traspasado de exquisita sensibilidad; sensible, sensible, sensible a todo, pródigamente organizado para registrar, padecer, sentir el mundo.

Debo advertir que cuando viví aquellos años babélicos de mi adolescencia fue por un tiempo corto que me sentí estar a la deriva. La fatalidad no me arrastró. El destino risueño, entrevisto, me alentaba. Encontré en la lectura una trama, un modo determinado, un ritmo, una oculta armonía que me incitaba avanzar... ¡Realmente había aprendido a leer!

De “**Árbol de recuerdos**” (1991).



ESTANCIA I

Graciela Moreno

No sé cómo empezar, cómo abrir mi Caja de Pandora, para explicarles el porqué de mi relación contigo.

Sé que me has atisbado por días que se convirtieron en meses, luego en años, vigilante serena, guardaespaldas que no acepta trabajar horas extraordinarias.

Todo lo tienes medido: el espacio, el tiempo, la circunstancia. Me has robado el tiempo porque me ocupas en adivinar tus signos, tus atisbos, tus amenazas.

Te he visto en otras caras, caras tan queridas que quedaron con tu sello: frías, indescifrables. No te temo en mí. Te temo en los que amo y llegaste a los que amo.

Tenía una hermana que se llamaba Flor. Tenía un padre que arrastraste, no con el dulce beleño con que a veces cierras los ojos, sino con la guadaña con que cortas la cosecha antes de tiempo. Se llamaba, se llama Ricardo. Porque a pesar de tu violencia no lograste hacerlo tuyo. Sigue presente en los que rezan, los que prenden constantes veladoras y colocan una flor roja para pedir su ayuda.

Conviviste un largo, corto tiempo, con la que también, se llamó Graciela, la hija de la abuela Delia, la hermana de Arabela. Hoy en la casa de mármol guardas así cuatro mujeres: Delia, Flor, Graciela y Arabela, cuatro cartas que no encontraron al destinatario, y pienso si ahora después de tantos años aceptan que no tuvieron ninguno.

Y llegarás más y más, hiriéndome a muerte, robándome lo que más se ama: la presencia cordial de sentirme humana en otros y reconocida en la plenitud del testimonio.

No te temo, ya te lo he dicho. Más bien te amo y para amarte con la fe del amor, he construido estancias que son siempre crónicas de los encuentros a que te invito.

No me temas por no temerte. Acepta esta invitación amorosa, que encierra un pacto de sensaciones y un diálogo de secretos que no se dicen en voz alta.

Te espero.

PRIMER LUNES DE AGOSTO DE 1964

Carmen Naranjo

¡Qué relativo es el relato absurdo de lo que sentimos! Sólo sirve para medir la falta de amor por el prójimo, pariente muy cercano del yo.

Detesto que me toquen los hombros. Lo detesto hasta la más absoluta repugnancia, casi al límite de las náuseas.

Eso de que me pongan las manos encima de mi estructura vertical, sólo dispuesta

a inclinarse cuando el cansancio o la impotencia vencen, porque decidimos agotarnos o minimizarnos o escondernos. Mis hombros son el orgullo de esforzarme al máximo, dar lo que está a mi alcance, desde mi tarea de cocinar arroz, tender la cama y mantener al día los papeles que crecen con voracidad burocrática. Por supuesto que en la práctica hago engaños, mis propios engaños de mi propia miseria. Y entonces cocino lo ya cocinado y jalo sábanas y cobijas en un afán de esconder arrugas, barro hacia sitios cómplices la basura y organizo un archivo de papeles inconclusos en esa clave que no me permite reencontrarlos. Soy devota de lo inconcluso, y lo concluso lo destruyo en partes para dejarlo al infinito de la revisión y de la posible conclusión.

Y, sin embargo, te tocan los hombros. Claro que no sería tan funestamente notorio si hoy no fuera lunes, un lunes de saludos con esas irónicas frases de qué bien te ves, no pasan los años, tienes el bonito encendido. Por dentro la destructiva autocrítica, ese mejor no me diera cuenta de su recabada hipocresía y de ese saber que alegra la desgracia ajena y ese adivinar que están tropezando con la debilidad a punto de hundirse en cavernas de hermetismo y de asombros sobre la crueldad humana. ¿Es que no notan la miseria disfrazada de dignidad con que me visto sólo para no dar ventajas y desnudar lo feo que tengo?

Aprendo a respirar el cansancio. Los lunes son el cansancio en sí, la cuesta empinada, el repetir en silencio ese necesito fuerza, calmar los nervios y adelante con la rutina.

Y la soledad de la boca se cierra ante la palabra dura, que se quiere decir para mandar todo al diablo, y siento de nuevo esa voz que me espera en algún lugar del mundo para oírme protestar de lo que me molesta y así conformarme, asegurarme la existencia de refugios que curan.

Casi veo el lugar, es pequeño, un campanario alto se ve desde cualquier esquina, también se oye una huella de río. Los hombres llevan pantalones sin acento en las rayas y las mujeres llevan blusas sin engomar y faldas planchadas hace mucho tiempo. Es Europa, claro Europa, donde no importa el detalle, importa la esencia y la gente ríe a carcajadas sin temor a las muelas que faltan o a las caries que se exhiben.

Además un olor a pan que se enorgullece de ser casero y migoso, me hace pensar en las casas pequeñas, esas mesas humanas con manteles de cuadros que tienen el turno del derecho y del revés, para alojar platos y cubiertos de muy diferentes vajillas incompletas a lo largo del tiempo de servicio. Sólo en continentes que se abren a la sinceridad de ser, las cosas son simples sin mucha importancia.

Quizás esté sentado en una cafetería y hable solo y gesticule rabias, alegue en monólogos la victoria de su terquedad.

Me acerco. Su barba es rubia, florentinamente dorada. Sus ojos se han entrecerrado como si hubieran leído noches y días las enciclopedias de geografía, historia y cómo vender lo que no se quiere comprar.

Me invita a sentarme. El mantel está en el turno del revés: blanco sucio. Le contesto que no, estoy de prisa, pero la verdad es que no le digo nada, tal vez buenos días, sigo

adelante y busco una mesa en que sólo veo su espalda, su suéter de todas las mañanas y quizás algunas noches. Quisiera llamarlo, venga y veamos juntos el periódico, revisemos la cartelera de los cines y tal vez en la tarde decidamos si es mejor meternos en una sala o caminar por la orilla del río, por donde sí habrá a esa hora un olor de azahares.

ESTANCIA IV

Graciela Moreno

Hoy, tomadas de la mano, salimos de los cuartos oscuros para entrar en el terreno cercado del jardín. Desconozco tu juego, que no parece concordar con los colores aterciopelados de las begonias, con los encajes verdes de los helechos que se me enredan en el pelo. Trato de encontrar tus ojos y miro cómo te alejas lentamente, situándote en la distancia en que empiezas a desdibujarte, donde apenas si presiento las cosas.

Siento el suelo húmedo en mis pies desnudos y cómo algunas pequeñas hierbas los hieren. He perdido la brújula, no logro encontrar la razón oculta que te hizo traerme a este lugar, para luego abandonarme, precisamente en el sitio en que menos me has hecho desearte.

¿No sabes acaso que la tierra es mi bastión de apoyo?

¿Cómo puedes quitar tu mano de la mía, en el lugar en que mil semillas revientan a la vida, donde veo cómo crecen y se multiplican las plantas, cómo cada pequeño agujero es un mundo agitado de vida?

Es verdad que mi pie aplasta sin querer a un abejón verde, pero cuando me agacho a recogerlo, con mi rostro a nivel de las raíces, veo los miles de insectos presurosos con su vida perfectamente determinada, sin variar uno solo de sus patrones: el ir y venir de siempre. La muerte no se siente en la colmena, hay cientos para ocupar cada puesto vacío y la tarea se hará igual.

¿Es esto lo que quieres que aprenda? ¿Mientras más igual sea a los que me rodean, más segura será mi supervivencia?

Una vez más te equivocas. Me has hecho recorrer más de la mitad del camino sola, así he confirmado esta noción de ser diferente, casi en todo, a los que permanecen en este lugar seguro, semi-muerto. Pienso que tal vez has querido que este jardín interior que recorro siempre que me lo propongo, simplemente con cerrar los ojos, esté amenazado.

Quizás, sin que sepa en qué lugar lo escondes, has dejado uno de tus huevos podridos en mí con la esperanza de que crezca con mi propio calor y estalle como una granada.

Si ésta es tu enseñanza, vacía enseñanza. Cualquier Tarot de segunda lo diría para mí.

Todavía no comprendes que no me importa el término, porque tampoco me importa el inicio. ¿No ves que por tu culpa nada me importa?

Tú misma me has colocado fuera de tu alcance.

MIÉRCOLES DE AGOSTO DE 1981

Carmen Naranjo

Ya estoy bien. La larga crisis se ha superado. Se acabaron las arañas. Camino firme, duermo bien, no necesito un andamio para levantarme, ni agotarme en cansancios para dormir.

Me miro en el espejo sin importarme la figura que refleja, sin identificarme con sus rasgos. El espejo es un juego denso que nos dicta inventario y nos niega vida.

No hablo mucho, muy poco, apenas monosílabos, pero me embriago de palabras y de sensaciones que destrozan los lunes y hacen lunes todos los días de mi tiempo.

He construido ventanas en el cielo raso y he clausurado las paredes. No abro la puerta, no reconozco los pasos en las escaleras, no es necesario, he desconectado el teléfono y no recojo la correspondencia.

Voluntariamente sola, mi esterilidad recoge el lenguaje de la noche, del viento y de la lluvia. Hay un sonido que me encanta, el de la gota de agua que persiste en caer. Descompongo tubos o medio cierro los grifos. Estoy aprendiendo a no herirme con los ruidos.

¿Qué seguirá después? No sé si me importa. Siempre vendrás, siempre estarás, aunque yo no lo quiera, ni tampoco te lo propongas. Hay destinos que se unen para siempre, sin que importen las voluntades, los temperamentos y las decisiones, las caídas y las subidas. Descubren que son energías desconcentradas que se mueven en palabras. Y se vinculan con la vida-muerte todos los días. Agonizan desde el amanecer y reviven cuando la noche profunda reabre sus heridas.

Recogidos en los ocasos tienen los ojos sobre los ojos y viven sólo distancias de sí mismos, en el juego transparente de la desmemoria. Te olvido y me olvidas y ya no me acuerdo de nada porque hay algo de inexperiencia en la experiencia.

Es como la evidencia de que me muero de calor en los veranos y me congelo de frío en los inviernos. El hondamente triste testimonio de ser humano: enamorarse del viento, ser viento y quemarse en el fuego, con la conciencia de la verdad y de la mentira, sin balanza de juicio, pero sí de la testimonial balanza sobre su testimonio subjetivo de la decisión final.

No habrá fallo, porque es testimonio de falsedades y de inseguridades. Por eso te quiero confesar mi amor tejido en puras basuras y mezquindades. Es horriblemente feo, pero hermosamente humano.

Adiós. He aprendido a despedirme de lo hermoso.

De *“Estancias y días” (1985)*.

RUBÉN DE AMÉRICA

Carlos Rafael Duverrán

1

Escancia ya tu vino, Rubén, el dulce vino
amable, pensativo y antiguo de tu verso.
Y déjame que encienda con su divino fuego,
en un cristal reciente, mis labios y mi espíritu.

Estás entre nosotros: para ti no hay olvido.
Algunos han negado lo claro de tu sueño
sin sentir en lo hondo el dolor de tu vuelo,
pero tu luz es alta y es humano tu ritmo.

He aquí que innumerables tus huestes en camino
te invocan y reclaman tu presencia y tu signo,
Capitán de la nueva poesía española.

Con la verdad celeste no podrán ni contigo.
Allá en el Sur Neruda y Vallejo enarbolan,
invencible de azules, el pabellón Darío.

2

Rubén, río celeste,
tu incesante rumor, tu melodía,
el metal donde beben los astros su vigilia,
es dulzura que fluye transparente.
La inmortal armonía de tus signos nevados,
ese dolor fulgente y sonido de fiesta
que se agita en tus aguas elementales, viven,
y el aire de diamante que penetra tu bosque
es eterno, y se mueve por nosotros su luz.

Río celeste y terrestre, tu alfabeto radiante,
el eco de las voces
que en tu lago de cisnes resuenan hondamente,
y esa dulce nostalgia de luces que se apagan

a lo lejos, aún viven y son. Nadie
negará el sortilegio de tus islas celestes,
el grito americano de esperanza salvaje,
las sílabas humanas cayendo en el nocturno,
las duras gotas de tu melancolía...

Si las áureas princesas en abril se marcharon
y en orientales nimbos el alma ya no sueña,
allí quedan los brillos de tu dolor humano,
allí flota el nocturno de tu reino perdido,
la nostalgia de tu alma, ebria de flores,
y el duelo de tu corazón, triste de fiestas.

Oh líquido dolor, río divino.

3

Padre, danos la rosa
que tú llevaste por el mundo, de aire en aire,
la luz de tu combate melodioso,
los ojos alumbrados por crepúsculos antiguos...

Danos la fe, la luz, la poesía
de cada día. Debes ayudarnos.
En América estamos construyendo:
se crea lo que se puede en medio
del fulgor y la sombra,
en medio de la ola combatida
de falsa luz y abolida grandeza.

Pero la luz más joven necesita el aliento
de sombras estelares para vencer los límites,
para encontrar el alba en sus propias raíces
y regresar cantando a los bosques más vírgenes,
y bautizar los ríos y redimir la llama
del tiempo acumulado,
el perfume salvaje,
la rosa nueva y elemental de América.

Tú debes ayudarnos.
Que en ti vean los jóvenes poetas
cómo creció temblando la semilla en la noche,

se informó de la tierra,
hasta ser árbol, bosque, cordillera nevada,
pasión de las estrellas.

4

Un día, al otro lado del Atlántico, Padre,
hiciste arder la noche de los símbolos. Era
la aurora modernista,
la revolución augusta de los cisnes,
el amanecer de los pavones luminosos.
Y se oía la risa de Cyrano
en los parques de España,
y el sollozo de Verlaine en las fuentes nocturnas.

Tu amor cosmopolita,
tus ojos de nocturno capitán
robaron el crepúsculo del romántico lago,
y en tu cauce radiante cayó sol de Occidente:
se mezclaron vibrando
el oro de tu América
y el metal de tu Sueño...
¡Oh salto prodigioso que trasvoló los Andes!
¡Oh Pegaso en el Alba sobre los Pirineos!

El dulce corazón de Garcilaso,
la trágica sonrisa de Quevedo, la sabia
luz de Luis de León
y el ensueño de Bécquer cristalino,
todo estaba en tu idioma amaneciendo
como una flor salvaje y luminosa
de América en el mundo.

De "Vendaval de tu nombre" (Poema
a Rubén Darío), 1967.

AQUÍ TIENES, SEÑOR

Rodrigo Quirós

A José Miguel Rodríguez

Aquí tienes, Señor, tu flamante criatura.
Llena de espejos,
donde sangra mi imagen azorada.
Cadáveres de besos, despedidas,
reinicios, postraciones.
Infantil y lascivo me prolongo,
me caigo,
me sostengo en tus venas,
lloro los desperdicios de la calle,
amo como una ciega tromba devastadora,
estoy sucio, me ensucian,
manipulo sonrisas,
ordeno mis miserias.
A veces el crepúsculo
me somete dulzuras demasiado lejanas,
demasiado serenas
mientras mi sexo acecha
y mis huesos se encogen asustados.
Todo corre y trabaja, sin embargo.
Todo sonrío, Señor. Yo estoy de acuerdo.
No hay hueco ni carroña donde tú no alientes.
Y esta noche, Dios mío, mis ojos se han caído
en mi viscoso corazón
donde tu imagen parpadea su lumbre.
Yo te asisto, te aprieto,
te vislumbro un instante como un rastro dorado,
te adoro, te maltrato...

(Es suficiente)

Vuelvo a mi carne viva.
Te rezaré esta noche.
Te espero en mi taza de café a las 7 a.m.
Cuida mis ojos, mis pasos, mi trabajo.
Tengo mucho que amar todo el día de mañana.
Voy a caer. Un rato. A olvidar mi cabeza.
Voy a ser un silencio cariñoso de huesos.

A respirar albricias de la fruta.
Padre nuestro, posterga los hechizos.
Ponme peso de siembra en las pupilas.

EL FONDO DE LA CRUZ

Rodrigo Quirós

¿En qué piensas tú muerto, Cristo mío?
Unamuno.

Ya has pasado por toda mano y sueño.
Sólo trapos con sangre te atestiguan
en el despedazado huerto de tus años.
No te reclama el cuerpo.
Allá, muy adentro, despunta un horizonte.
Es mañana en tu sangre desfondada.
Esta noche supongo que es de día para siempre,
que vela la alborada consumida en tu pecho,
donde ya no desfilan los verdugos.

Te hemos acompañado todo el viernes,
tropezando sin tregua con tu sangre,
todo el mundo, sin tregua,
toda el alma.

Pronto tu abrazo iniciará la brisa.
Te curarán los pies con amapolas,
y el pajar con el Padre.

Pero todavía es viernes.
No sé qué hacer contigo hasta el domingo.

De *“A tientas en la luz”* (1982)

Mauro Fernández

Mario Alberto Marín.

**“Y para sus contemporáneos del grupo liberal
fue seguro un trasunto del Hidalgo Manchego,
en fiera lucha contra los Molinos de Viento.”**

**José Abdulio Cordero Solano,
El ser de la nacionalidad costarricense.**

Quijote fiero, anticlerical y místico,
don Mauro subió la cuesta del siglo XIX
con el aplomo de un superhéroe.
Y no vislumbró más que escuelas y escuelas,
sobre las colinas patrias,
donde el futuro se teje en los cachetes de los niños
como cosecha de naranjas en rociado asombro.
No confió don Mauro en la purpurina bendición episcopal
que se arrellanaba en el cómodo sillón oligárquico,
ni en los tinterillos que tramaban sus insidias
amparados a la sombra del café.
El Liceo y el “Seño” se alzaron como bastiones de oro,
zanjando brechas insospechadas en los jóvenes,
hombres y mujeres enfrentados a un mañana,
sin ninguna concesión al retroceso.
Hoy te lo reconocemos, Mauro de la Parsimoniosa Figura,
excomulgado de la conciencia de muchos,
a cien años de tu muerte y a poco más de tu Reforma,
que todavía palpita y nos ordena
seguir reformando y transformando,
a pesar de la conciencia liliputiense
de aquellos que sólo vigilan por sus intereses
mezquinos y sectarios.
Henos aquí, Mauro Fernández,
recordando tu gesta de aulas
y de vuelos.

CAUTIVO

Mario Alberto Marín.

**“Y pues no ha criado el cielo ni visto el infierno
ninguno que me espante ni acobarde.”**

Quijote I, XLVI

Una profecía te sostuvo,
Caballero de la Triste Figura,
figura cabizbaja, ensimismada,
mas nunca abyecta.

Una profecía te sostuvo,
marinero en tierra de sablazos,
los barrotes extraídos del bosque
no lograron sepultarte
en el quicio del desaire.

Una voz desconocida, oculta y manifiesta,
te ratificó eterno entre las honduras
de los caminos.

Una profecía te sostuvo:
“Habrá una Tercera Salida.”

02 de octubre de 2008.

SOY UNA MOSCA

Uriel Quesada

Para Mario Marín, a quien le gusta este cuento.

Soy una mosca. No importa que no puedan imaginarme ni creerlo. Me preocupa más mi propia incredulidad. No sólo soy capaz de comprender este lenguaje, mi vida se amplió: puedo identificar objetos más complejos que los ricos excrementos y la comida. Me lleno de cosas nuevas: el placer de volar en medio de música bella, la risa irónica cuando molesto a las personas en el almuerzo y ven con desesperación que ni los aerosoles, los manotazos, o la amenaza seria de un matamoscas, me amedrentan. No puedo asegurar que todas las moscas sean valientes, pero me enorgullece mi arrojo, mi gusto por los desafíos.

Estas virtudes se ven empañadas por un horrible problema: ninguna mosca me comprende. Si en la mesa me topo alguna, y trato de saludar, ella me responde sorprendida con un siseo, yéndose molesta. Puedo comprender sus mensajes primitivos, sin embargo, ellas no captan el de mis palabras y ruidos. He llegado a una conclusión: mi zumbido no es de mosca sino humano. Es la única forma de explicar esta incomunicación. Porque mis hermanas no son racistas, ni hay marcado egoísmo por esas cosas del territorio y la invasión de basuras privadas.

Para mi desgracia empiezo a angustiarme. Un nuevo elemento humano: la sensación de ser diferente. Mis hermanas no me rechazan: simplemente me ignoran. No me reconocen, no me ven como una mosca más. Debo seguirlas, ninguna se atreve a seguirme. ¿Quién confiaría en un ser muy similar a uno, pero con un alboroto extranjero? Conozco los sonidos de advertencia, de seducción, los que dicen hay una telaraña, huele a insecticida. No me he apareado: no puedo pasar de ruidos elementales porque una sola palabra de amor asusta a las otras moscas y huyen.

No estoy segura: tal vez mis hermanas me han dedicado un pensamiento en su delicadísimo cerebro. Ojalá fuera así. De ese modo, esta amiga que revolotea muy cerca tendría salvación, de otra forma afrontará su destino con la mediocridad típica de nuestra especie.

No me explico cómo pudo suceder. Volábamos con toda tranquilidad por este dormitorio cuando dejé de verla. Como la edad me ha vuelto desconfiada, busqué un sitio en el techo para tratar de oír. Estaba segura de que había sido atrapada por una araña. Me fijé en cuanto objeto se encontraba al alcance de mi vista, sin éxito. Claramente percibía su zumbido ahogado en alguna parte. Me acerqué a los roperos, a la biblioteca, al escritorio, a la cama. Nada. Me posé sobre el tocadiscos y allí la descubri: por encima de mis ojos, en el tornamesa. No estaba perdida bajo la tapa plástica. Peor aún: sus desesperados zumbidos venían debajo del plato giratorio.

A duras penas atravesé la tapa tratando de no resbalar. Palpé con mi trompa, inclinándome hasta ver sus patas sobresalir desde el otro lado de la pared de metal. Quise tranquilizarla con un siseo amable, pero estaba demasiado nerviosa, completamente fuera

de sí. La idiota no comprendía ninguno de mis esfuerzos por comunicarme, sin embargo, decidí no perder la calma. Buscaría una salida.

Estos intentos de salvación desafían cualquier intelecto. No logré hallar una abertura lo suficientemente grande para que cupiera. Empezaron las dudas: si ignoro la cosa y me largo como lo haría cualquiera... voy por ayuda (¿cuál ayuda, pues?)... ¿cómo habrá hecho la bruta para cruzar entre los bordes del plato?

Algo sí era definitivo: yo no iba a entrar. No quería arriesgarme a su misma suerte. No solo topa una con el terrible momento en que alguien pone un disco.

Volé en busca de alimento, pero en vano: no entendía mis intenciones. Revoloteaba con desesperación dentro del hueco del plato. Yo le decía: “agachate y pasá arrastrando el cuerpo”, pero las moscas no tenemos memoria (por lo menos mis hermanas) y la idiota ni siquiera comprendía por qué no alzaba vuelo alto. Era intento tras intento empujando la superficie fría.

A pesar de mis posibilidades de optar por otras aventuras más estimulantes, me apoyé en el cielo raso unas horas más. Inevitablemente mi hermana iba a morir, pero no perdí las esperanzas de que, por algún desliz del azar, pudiera salir campante y sin recordar nada de lo ocurrido. Pero en la noche, alguien puso a girar el plato con esa música hermosa que siempre me invita a volar. Egoístamente lo hice por un rato, deslumbrándome en la bombilla del techo, meciéndome hasta topar contra los espejos de la ventana, contando las mil formas de ese mundo. Hasta al rato recordé a la prisionera: estaba enloqueciendo dentro de su oscura celda, cuyo techo giraba y giraba hasta marear. La amenazaban el ruido y el movimiento aterrador de las poleas, los tabiques del techo constantemente golpeaban.

Soy una mosca. Como tal tengo conciencia de mis limitaciones, de la propia muerte que debo esperar. Sé cuándo se acerca. A mi compañera la rondaba. La encontré silenciosa. No sé si sobrevivió al concierto, pero su resistencia había cedido. Con gran esfuerzo pude verla: tranquila, serena, posada en un extremo de su prisión, como resignada a ese destino sin explicación ni paz verdadera. Al tiempo seguía igual, la misma expresión, la misma postura, así supe de su muerte.

Todavía no me he ido del cuarto. La historia no acaba. El humano de los discos le nota un ruido extraño a su tornamesa, como si el plato rozara constantemente algún objeto. Ya lo limpió, lo revisó sin levantar las piezas correctas. Según entiendo, piensa llamar a un experto.

Regresa mi angustia, porque no puedo comunicarle el verdadero motivo de la descompostura. Me acerco a hablar y me espanta con la mano. Le confieso todo cuando duerme, pero piensa que sueña. Le grito desde la seguridad del techo, no cree lo que pasa. Por suerte mi vida se acaba pronto: no quiero aprender más absurdos humanos. Para eso tengo bastante con mi especie.

De “**Larga vida al deseo**” (1995).

Nuestros autores seleccionados
Datos bio-bibliográficos

Investigación y redacción:

Prof. Mario Alberto Marín González

Adela Ferreto (1903 – 1987)

Desde 1922, maestra de la reconocida Escuela Normal, de sólida formación pedagógica y humanista; baste con citar a algunos de sus formadores: Omar Dengo, Carmen Lyra, Joaquín García Monge, Carlos Gagini y Anastasio Alfaro. Editora durante 11 años, junto con su esposo el maestro y escritor Carlos Luis Sáenz y la maestra y activista Luisa González, de la Revista Infantil **“Triquitraque”**. Autora en equipo de libros de texto pioneros en la formación del costarricense del siglo XX, tales como **“Mi pequeño Mundo”, “Leer y Hacer”, “Nuestro País”, “Patria Grande” y “La Tierra y el Hombre”,** entre otros.

Como caso curioso e insólito en la historia de la literatura costarricense, doña Adela Ferreto empezó a publicar sus libros a la edad de 75 años. Su primer libro es un verdadero hito del género autobiográfico: **“Crónicas de un tiempo”** (1978). Y de allí, como el soplo de una flor de diente de león, se esparcirían: **“Aventuras de Tío Conejo y Juan Valiente”** (1982), **“La Creación de la tierra y otras historias del buen Sibú y de los bribris”**(1982), **“Novela de las Aventuras de Chico Paquito y sus Duendes”**(1983, Premio Nacional de Novela “Aquileo J. Echeverría”), **“Tolo, el Gigante Viento Norte”** (1984, Premio Carmen Lyra de la Editorial Costa Rica), **“Las fuentes de la Literatura Infantil y el Mundo Mágico”** (1985), **“Las palabras perdidas y otros cuentos”** (1986), y en su lecho de muerte vería las pruebas finales de su último libro **“Mundo Maravilloso”** (1987). De manera póstuma, en 1991, la Editorial Costa Rica le editó dos libros más: **“Cuentos del Niño Dios y de la tradición cristiana”** y **“Cuentos y leyendas de animales”**.



José Marín Cañas (1904 – 1980)

Escritor, periodista e hispanista, Premio Nacional de Cultura “Magón” 1968; uno de los grandes representantes de la llamada “Generación de los Cuarentas”, en la cual nuestra novelística dio un giro radical, del costumbrismo rural y urbano, a la novela social y existencial. La narrativa de Don Pepe Marín, como lo llamaban sus coetáneos, adquirió un ribete innovador cuando algunos de sus textos narrativos partieron del testimonio periodístico, tal es el caso de su relato **“Coto (La guerra del 21 con Panamá)”** (1934), sobre el problema de límites entre Costa Rica y Panamá, y de su novela **“El Infierno Verde”** (1935), acerca de la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay. No obstante, su novela cúspide será para la posteridad **“Pedro Arnáez”** (1942), de quien el filósofo Constantino Láscaris se atrevió a escribir que **“Pedro Arnáez”** era superior a **“Cien años de soledad”**.

Lastimosamente en las historiografías literarias costarricenses, no se ha consignado a Marín Cañas en su faceta de articulista brillante y ensayista. Publicó en vida dos compilaciones de sus trabajos en este género: **“Ensayos”** (1972) y **“Realidad e imaginación”** (1974). Su paso por la página 15 del periódico **“La Nación”**, al igual que en casos como los de León Pacheco y Cristián Rodríguez, realmente dejó una estela de orfebrería que aún no se ha aquilatado ni recuperado. De allí nuestro interés en rescatar al ensayista ameno y “enjundioso” que fue. (Aplicando para él mismo, entre comillas, uno de sus adjetivos preferidos).

Yolanda Oreamuno (1916 – 1956)

Mito encarnado de belleza e inteligencia preclara. En esta sencilla pero elocuente frase podríamos sintetizar el paso de esta narradora por las letras nacionales. Al igual que Marín Cañas, forma parte también de la llamada “Generación de los Cuarentas”, y aportó una obra que se catapultó por encima de las del resto de sus colegas, en osadía y experimentación. Teniendo como modelos a Marcel Proust y James Joyce, entre otros, Yolanda Oreamuno produjo la “Novela del siglo XX en Costa Rica”: me refiero a **“La ruta de su evasión”** (1949). El resto de su obra, conformada por relatos y artículos de variada temática, quedaron desperdigados en revistas y periódicos de su época, en especial, en el **“Repertorio Americano”**, nuestra primera gran revista cultural de proyección internacional, que produjera durante cuatro décadas nuestro apóstol cultural don Joaquín García Monge, Benemérito de la Patria.

Algunas de las antologías que recogen la obra de Yolanda Oreamuno son: **“A lo largo del corto camino”** (1961), **“Relatos escogidos de Yolanda Oreamuno”** (1977) y **“La narrativa de Yolanda Oreamuno”** (1995), las cuales cuentan con la selección y sendos estudios preliminares, respectivamente, de Lilia Ramos, Alfonso Chase y Rima de Vallbona.



Eunice Odio (1922 – 1974)

Para no quedarse atrás de Yolanda Oreamuno, Eunice Odio ha sido otro de los mitos encarnados de la literatura costarricense. Y por antonomasia, la poeta costarricense del Siglo XX, cuya obra tiene una trascendencia universal por el osado tratamiento de sus imágenes y su visión cosmopolita. Su **“Tránsito de Fuego”** (1957), poemario de 300 páginas, es un monumento a la lírica universal del siglo XX, tal fue su tránsito personal por este mundo, como lo escribió el guatemalteco Augusto Monterroso, donde fue terriblemente incomprensida por cometer el pecado de adelantarse a su época, al igual que Yolanda Oreamuno. Ambas escritoras hicieron su vida intelectual en México, y allá murieron.

Otros poemarios dignos de mención son: **“Los elementos terrestres”** (1948, Premio Centroamericano “15 de Septiembre” 1947) y **“Zona en territorio del alba”** (1953). Poco antes de su muerte, acaecida en mayo de 1974, Eunice Odio preparó para EDUCA (Editorial Universitaria Centroamericana) una antología de su producción poética, a la que tituló **“Territorio del Alba”** (1974).

Luis Ferrero (1930 – 2005)

A Luis Ferrero Acosta, el último de los grandes humanistas costarricenses, nunca se le perdonó que fuera un autodidacta, es decir, que nunca obtuviera un título universitario, y que se diera el lujo de publicar más de cien libros en vida. Premio Nacional de Cultura “Magón” 1987, don Luis Ferrero fue un insigne investigador de la historia precolombina de Costa Rica, de la historia de las artes plásticas en Costa Rica, de la literatura vernácula costarricense, entre otros campos. Fue también un biógrafo acucioso y ameno. Ensayista de combativos criterios, preocupado siempre por exaltar las artes y los artistas nacionales, así como el entusiasmo por la lectura. Discípulo incondicional del maestro Joaquín García Monge.

Empezó a publicar libros a los 17 años, y desde ese momento, nadie lo detuvo salvo la muerte. Entre sus títulos más celebrados tenemos: “**La clara voz de Joaquín García Monge**” (1963), “**Árbol de Recuerdos**” (1968), “**Ensayistas costarricenses**” (1971), “**La escultura en Costa Rica**” (1973), “**Costa Rica Precolombina**” (1975), “**Sociedad y arte en la Costa Rica del siglo XIX**” (1986), “**¿Por qué prehistoria si hay historia precolombina?**” (1986), “**Entre el pasado y el futuro**” (1987) y “**Confesiones de un lector**” (2004), su última publicación previa a su fallecimiento en octubre del 2005.



Graciela Moreno (1927 – 2003)

Bailarina, coreógrafa y animadora cultural costarricense, hija del eminente médico costarricense, ícono popular durante el siglo XX, Dr. Ricardo Moreno Cañas (1888 – 1938). En 1973 regresó de México, donde había desarrollado una carrera profesional en el campo de la danza. Desde 1974 y hasta el 2002, por espacio de casi tres décadas, fue la directora del Teatro Nacional. Su paso por el campo de las letras fue circunstancial: en el primer lustro de los ochentas, decidió escribir sus impresiones poéticas en relación con la muerte a lo largo de toda su vida. Y tituló estas impresiones con el nombre de “**Estancias**”. Su gran amiga, la narradora y ensayista Carmen Naranjo, le propuso que publicaran en conjunto un libro de prosas poéticas, en el cual pudieran intercalar textos de su respectiva autoría. Fue así como surgió el libro “**Estancias y días**” (1985), en el cual Graciela Moreno se encargó de escribir las “estancias”, y Carmen Naranjo, los “días”.

Carmen Naranjo (1928)

Narradora, poeta, diplomática y animadora cultural costarricense. Ex Ministra de Cultura, Juventud y Deportes; Premio Nacional de Cultura “Magón” 1986. Fue la segunda mujer en obtener este galardón, después de Lilia Ramos en 1978.

Como narradora ha sido más que prolífica. Algunos de sus títulos más conocidos son: **“Los perros no ladraron”** (1966, Premio Nacional de Novela “Aquileo J. Echeverría”), **“Camino al mediodía”** (1968), **“Memorias de un hombre palabra”** (1968), **“Responso por el niño Juan Manuel”** (1971, Premio Nacional de Novela “Aquileo J. Echeverría”), **“Diario de una multitud”** (1974), **“Hoy es un largo día”** (1974, Premio Editorial Costa Rica), **“Ondina”** (1983, Premio en Narrativa Certamen Latinoamericano EDUCA 1982), y **“Nunca hubo alguna vez”** (1984). No tan conocido es su libro de prosas poéticas que escribiera en colaboración con doña Graciela Moreno: **“Estancias y días”** (1985).



Carlos Rafael Duverrán (1935 – 1995)

Poeta y profesor universitario, Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Costa Rica, donde impartió lecciones de Lengua y Literatura de 1972 a 1988. Perteneciente a la “Generación poética de los Cincuentas”, Duverrán evolucionó de una poesía más tradicional, formalmente hablando, a un versolibrismo existencialista, casi hermético, producto de las aportaciones vanguardistas posteriores al período de entre guerras. De su autoría, se conserva una de las antologías más completas de la poesía costarricense del siglo XX, titulada **“Poesía Contemporánea de Costa Rica”** (1973), donde además de la selección poemática viene como insumo un gran apéndice donde varios y varias poetas externaron lo que para ellos era la poesía, es decir, la definición particular de sus respectivas **“ars”** poéticas.

Algunos de sus poemarios más conocidos son: **“Paraíso en la tierra”** (1953), **“Ángel salvaje”** (1959), **“Vendaval de tu nombre. Poema a Rubén Darío”** (1967), **“Redención del día”** (1971), **“Tiempo grabado”** (1981, Premio Nacional de Poesía “Aquileo J. Echeverría”), y su propia antología poética **“Talvez en dura tierra, Obra Recobrada 1953 – 1989”** (1993).

Rodrigo Quirós (1944 – 1997)

Poeta, traductor y profesor de inglés. Hizo algunas incursiones en el género narrativo, pero después de su muerte, no se ha hecho una labor de recopilación y publicación de éstas. Su poesía se centra en un existencialismo de matiz religioso, pero sin encallar en el dogma religioso como tal. Pertenece a una generación de poetas cuyos trabajos poéticos empezaron a salir publicados en la segunda mitad de los sesentas, a la que pertenecen, entre otros, Jorge Debravo, Laureano Albán, Marco Aguilar, Julieta Dobles, Jorge Charpentier, Alfonso Chase, Leonor Garnier y Ronald Bonilla.

Entre los poemarios más conocidos están: **“Después de nacer”** (1967), **“Abismo sitiado”** (1973), **“En defensa del tiempo”** (1977), **“Del sueño a la jornada”** (1979), **“A tientas en la luz”** (1982, Premio Certamen “UNA Palabra” 1981), y el poemario póstumo **“Altura de la sangre”** (1998). Sus poemas místicos, donde interpela a Dios y a Jesucristo, son testimonio de una fe que mira primero hacia la realidad cotidiana, y de allí sube hasta la experiencia de Dios, es decir, se trata de una poesía mística “anti-levitación”, bien arraigada a la tierra y a las circunstancias conaturales al ser humano.



Mario Alberto Marín (1962)

Profesor de secundaria en la asignatura de Español, amante de las letras y de las artes en general, con especial predilección por la música y la literatura. Cantante lírico por pasión y docente por vocación. De 1984 a 1991 dirigió la página **“Taller Literario”** del periódico **“CONTRAPUNTO”**, del Sistema Nacional de Radio y Televisión Culturales (**SINART**), periódico ya discontinuado que, en sus últimos años, se siguió editando en formato de revista. En 1983, ganó un Primer Premio en el **Certamen Literario “Roberto Brenes Mesén”** de la **Escuela de Filología, Lingüística y Literatura de la Universidad de Costa Rica**, en la rama de poesía, cuyo jurado estuvo compuesto en esa oportunidad por los poetas Leonor Garnier y Carlos María Jiménez, y por el académico Jorge Andrés Camacho.

Su poesía, publicada en periódicos y revistas, oscila entre la interpelación existencial y el escaqueo amoroso. En estos poemas seleccionados rescata la figura del Quijote, desde dos ángulos diversos: la metáfora quijotesca en la persona y obra educativa del visionario costarricense Mauro Fernández, y la figura del antihéroe cervantino que no se conforma ni se adosa a la derrota ni a la desesperanza ante las adversidades.

Uriel Quesada (1962)

Nació en San José. Estudió en la Universidad de Costa Rica, New Mexico State University y Tulane University, donde obtuvo un doctorado en Literatura Latinoamericana. Es autor de los libros **“Ese día de los temblores”** (cuentos, Editorial Costa Rica, 1985), **“El atardecer de los niños”** (cuentos, Editorial Costa Rica, 1990; Premio Editorial Costa Rica y Premio Nacional “Aquileo J. Echeverría” 1990), **“Larga vida al deseo”** (cuentos, EUNED, 1996), **“Si trina la canaria”** (novela, Editorial Cultural Cartaginesa 1999), **“Lejos, tan lejos”** (cuentos, Editorial Costa Rica, 2004; Premio Áncora de Literatura 2005), **“El gato de sí mismo”** (novela, Editorial Costa Rica, 2005; Premio Nacional “Aquileo J. Echeverría” 2005) y **“Viajero que huye”** (cuentos, Uruk Editores, 2008). Actualmente vive en Baltimore, Maryland, y enseña en McDaniel College. Su sitio de Internet es **web.me.com/vquesad**



